



**FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA
OSCAR LOYOLA VEGA
ARNALDO SILVA LEÓN**

CUBA Y SU HISTORIA

CUBA Y SU HISTORIA

**FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA
OSCAR LOYOLA VEGA
ARNALDO SILVA LEÓN**

 **EDITORIAL
FÉLIX VARELA**

La Habana, 2003

Edición: Ricardo Gómez López
Realización de cubierta: Marcelino Fernández Acosta
Diseño interior: María Elena Cicard Quintana
Corrección: Mirta Andreu Domínguez
Composición: Armando Quintana Gutiérrez

Primera edición: Editorial Gente Nueva, 1998

Segunda edición: Editorial Félix Varela, 2003

© Francisco López Civeira, Oscar Loyola Vega
y Arnaldo Silva León, 1998

© Sobrer la presente edición:
Editorial Félix Varela, 2003

ISBN 959-258-516-4

EDITORIAL FÉLIX VARELA
San Miguel No. 1111
e/ Mazón y Basarrate, Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba.

Presentación

Cuba y su historia debe cumplir el propósito de presentar, en un texto breve, los elementos esenciales del decursar histórico del pueblo cubano. Como toda obra de síntesis, deja fuera de sus páginas numerosos detalles de ese acontecer de más de cinco siglos y, por supuesto, los elementos analíticos no pueden alcanzar toda la extensión que los propios autores desearían. Pero se trata de ofrecer un libro que permita a cualquier lector acercarse a la historia de Cuba y a los cubanos, que le posibilite conocer mejor a la gran Antilla y a sus habitantes, en su pasado y en su presente. Al plantearse una obra de esta naturaleza, es imprescindible definir algunas cuestiones metodológicas esenciales, tales como la periodización asumida y el hilo central que debe conducir todo el discurso.

Los autores dividieron la obra en tres partes, atendiendo a un criterio de periodización basado en los grandes cortes históricos que definen la evolución de la nación cubana. Es justamente este último asunto el hilo conductor de toda la exposición: el problema nacional cubano, es decir, el surgimiento, desarrollo y consolidación de la nación cubana y su lucha por concretarse en nación

independiente y preservarse como tal. En torno a este eje central se mueven las estructuras sociales y las proyecciones ideológicas, así como el combate por la justicia social, que ha sido, históricamente, parte consustancial de los más consecuentes y raigales proyectos nacionales cubanos. Obra concebida como una unidad, sin embargo, identifica al autor que se responsabiliza con la parte que elaboró de manera individual, aun cuando los elementos directrices son frutos de la discusión colectiva. Aunque cada uno hubiera agradecido un espacio mayor para exponer los problemas históricos que aborda, todos esperamos que, en su brevedad, este libro sea útil a quienes se interesan por Cuba, por su historia y por su gente, hayan nacido en este archipiélago o no. Y quizás —ojalá así sea—, contribuya a acrecentar la comprensión y el amor hacia este “largo lagarto verde”, como le llamó uno de sus más auténticos poetas.

DOCTORA FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

Primera parte

La sociedad criolla

Doctor Oscar Loyola Vega

El archipiélago cubano

El 27 de octubre de 1492, con la llegada a Cuba, por el norte de la región oriental, de la expedición comandada por Cristóbal Colón, la Isla se incorporó al patrimonio de los conocimientos geográficos del mundo europeo. Sean o no ciertas las palabras del Gran Almirante, que reflejan su admiración por las bellezas naturales de la gran Antilla, la "tierra más hermosa" constituía un universo muy diferente del que existía en la península ibérica.

La entidad denominada hoy Cuba, se compone de una isla grande, de varias islas más pequeñas (Isla de Pinos, Cayo Romano, Cayo Coco, cayo Sabinal, cayo Largo, etcétera) y de cientos de islotes; Cuba es, por tanto, un archipiélago situado entre los 19º y los 23º de latitud norte, y los 74º y los 85º de longitud oeste. El golfo de México, el océano Atlántico y el mar Caribe, de cálidas y azules aguas, bañan sus desdibujadas costas. Un clima subtropical, de grandes calores en verano,

retrescado en invierno por las masas de aire frío que descienden desde el polo, y cuya temperatura oscila entre los 0,6° y los 38,6° Celsius, con media anual de veinticinco grados, determina una exuberante naturaleza que no podía dejar de impactar a un marino europeo.

La extensión territorial —110 922 kilómetros cuadrados— se concentra de manera mayoritaria en la isla de Cuba, con cerca de 105 000. Si bien esta no presenta grandes diferencias orográficas internas, la región occidental, de estrechez notable entre el norte y el sur (cuarenta kilómetros en cierto lugar), muestra colinas como el Pan de Guajai-cón, que no superan los ochocientos metros de altitud. La llanura Habana-Matanzas cede el paso a las montañas de la región central, las cuales alcanzan poco más de mil metros en el pico de San Juan. Después de la extensa sabana de Camagüey-Tunas, el oriente insular, tanto en la Sierra Cristal como en la Sierra Maestra, muestra elevaciones de cierto relieve que culminan en el pico Arquino, muy cercano a los dos mil metros. La estrechez señalada determina la existencia de ríos de corta longitud, tales como el Zaza, el Sagua la Grande y el Sevilla, en la zona central, y el mayor de todos, el Cauto, de poco más de trescientos kilómetros, en la parte oriental.

Para el hombre europeo, la lujuria de la vegetación tropical constituía un hecho involuible. Los bosques cubanos, de enorme extensión, cubrían la Isla desde oriente hasta occidente. Bellísimas playas de arenas blancas cedían el paso a copudos árboles, que se entrelazaban con lianas y bejucos cuajados de flores. Por entre ellos se movía una fauna absolutamente original, caracterizada por sus fuertes colores, de la cual las aves —especialmente, los llamados papagayos por los españoles— llamaron poderosamente la atención de los invasores. La abundancia de bahías, la benignidad del clima —recuérdese que el desembarco se efectuó ya en otoño, con los rigores del verano mitigados— y los contrastes entre cielo, mar y árboles, conformaron la impresión colombina de extraordinaria belleza, completada al paso de los días con la bondad de carácter y apostura física de la población insular.

La población aborigen

Los primeros habitantes de Cuba tienen, en este archipiélago, una antigüedad de alrededor de diez mil años a.n.e. En medio de muy diferentes condiciones climáticas, con mayor cantidad de tierras emergidas en el área de Centroamérica que en la actualidad, diversos grupos de indios de la Gran Isla de Bahamas, existente en aquel período, y, luego, del sur

del Mississippi y la Florida, bajaron hacia Cuba, asentándose en ella. Más tarde, oleadas procedentes de Venezuela, ya fuese vía Nicaragua-Honduras, o a través del archipiélago antillano, arribaron a la Isla, trayendo sus costumbres araucas originales.

Resulta bastante compleja la denominación asignada a cada grupo aborigen por los estudiosos de diferentes épocas. En líneas generales, puede decirse que estos han sido llamados guanahatabeyes, ciboneyes o taínos, según algunos; taínos o subtaínos, según otros; y cazadores, pescadores-recolectores, protoagricultores y agricultores, en estudios más veraces y recientes, en función de su estadio de desarrollo. Lo importante, en verdad, estriba en precisar que los primitivos pobladores del archipiélago no llegaron a este de una vez por todas, sino que aún continuaban asentándose en el mismo a fines del siglo xv, y la conquista y colonización españolas paralizó su evolución cultural en Cuba.

Dichas culturas estuvieron muy lejos de alcanzar el grado de desarrollo y complejidad observables en Tierra Firme. Ciertos grupos conocían de antiguo la agricultura y la cerámica; todos utilizaban el fuego y se ocupaban de la caza, la pesca y la recolección de alimentos. El maíz, el tabaco, y, sobre todo, a yuca, constituían parte fundamental de su producción agrícola. Los más avanzados vi-

vían en aldeas de pequeño tamaño, en casas construidas en lugares firmes, o a orillas del mar y de los ríos. Estos grupos estaban llegando, en 1492, a un grado superior de vida anímica, con una superestructura que ya incluía enterrar a sus muertos, y una incipiente división interna de las funciones dentro del grupo, entre el jefe (cacique) y el resto de la población, de la cual se destacaba el individuo encargado de las funciones religiosas, llamado behique. La elaboración de pictografías y ciertos juegos (batos) y bailes (areitos) reflejan la complejidad anímica que muy lentamente alcanzaba la sociedad aborigen de la región oriental cubana a la llegada de los españoles. Cinco siglos después, la toponimia insular debe mucho aún a estos primeros pobladores.

El proceso de conquista y colonización

Articulada a través de las conocidas Capitulaciones de Santa Fe, firmadas por Cristóbal Colón y los Reyes Católicos, la empresa colombina pretendía llegar al Asia (Cipango, Catay) dando la vuelta a la Tierra, que en las "modernas" concepciones del Almirante genovés no era plana, sino redonda. En el documento señalado se estipulaba la proporción de riqueza que a los contratantes, marinos y monarcas, correspondería de todo lo descubierto.

En el caso de Cuba, la riqueza —oro, plata, anhelados largamente por un capitalismo europeo en despegue— casi no existía, lo cual hizo, entre otros factores, que Colón priorizase a Santo Domingo a la hora de establecer el primer asiento de españoles en América. Ya en su segundo viaje, en 1494, recorrería el sur cubano, llegando muy cerca del cabo de San Antonio, al este; por razones sólo por él conocidas, hizo firmar a la tripulación una declaración de que se encontraban en Tierra Firme, lo cual hubiese sido desmentido con sólo navegar unas pocas decenas de millas más. Su regreso a La Española y la prioridad otorgada a esta Antilla, trajeron un relativo desinterés de la monarquía por Cuba, que se mantendría durante quince años más.

Ya en 1508, la preocupación del trono español tomó visos manifiestos al trasmitírsele a Nicolás de Ovando, gobernador de La Española, la disposición referente a bojear (explorar por mar) la isla grande. Este bojeo fue realizado por Sebastián de Ocampo, quien demostró la insularidad de Cuba. Poco después, en 1510, las pugnas internas entre Castilla y Diego Colón, hijo del Almirante y nuevo gobernador de La Española, hicieron que se prefiriese a Diego Velázquez, por encima de Bartolomé Colón, para iniciar el proceso de conquista y colonización insular.

Velázquez llegó a Cuba, procedente del territorio vecino, por la región de Maisí. Sus instrucciones —incorporar a la mayor de las Antillas a la órbita de la Corona— no eran difíciles de cumplimentar, dada la poca resistencia efectiva que los indios cubanos podían ofrecer. El militar español fundó la primera villa de Cuba (Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa) a fines de 1510 o principios de 1511, y con rapidez organizó la expansión por el resto del territorio. Un bergantín por la costa norte; una columna al mando de Pánfilo de Narváez, deudo de Velázquez, y quien sustituyó a Francisco de Morales, que no lo era, por el centro-norte; y el propio Velázquez, por el sur, iniciaron la penetración española en tierras cubanas. Este proceso, si bien dificultado a veces por los débiles intentos aborígenes de resistencia, en particular la oposición del cacique dominicano Hatuey —primera víctima española en Cuba, quemado en la hoguera—, fue relativamente fácil de concluir.

Descontando la villa de Baracoa, entre 1512 y 1515 el territorio cubano fue incorporado a los nacientes dominios españoles en el Nuevo Mundo mediante las seis villas creadas: San Salvador del Bayamo, La Santísima Trinidad, San Cristóbal de La Habana, Sancti Spiritus, Santa María del Puerto del Príncipe y Santiago de Cuba. Esta última desplazó a Baracoa, en 1515, como sede del gobierno

insular. Un reacomodo de los sitios fundacionales trajo como consecuencia que La Habana, Trinidad y Puerto Príncipe cambiasen de emplazamiento, hasta llegar finalmente a su ubicación actual.

La concepción española traída por Velázquez a Cuba —desarrollo de una colonia por poblamiento— facilitaba la penetración en la Isla, pero, al mismo tiempo, creaba las bases para enfrentamientos posteriores entre el máximo órgano de dirección local, el Cabildo, constituido por regidores que elegían de entre ellos a un alcalde, y la propia monarquía, por medio de sus funcionarios. El Cabildo, formado por vecinos de cada villa, constituyó, con el paso de los años, una oligarquía cada vez más cerrada, con intereses propios, específicos de cada región, que en múltiples ocasiones chocaron con los intereses metropolitanos. Los funcionarios españoles en Cuba, descontando al gobernador, eran, principalmente, el veedor (factor), el contador y el tesorero. Además, fue creado el cargo de procurador, o representante del Cabildo en la Corte. Paralelo a esta estructura, se sentía, de manera enormemente fuerte, la presencia de la Iglesia Católica, ya que una (o la más importante, según se decía) de las obligaciones de España era catequizar a los aborígenes. Funcionarios reales, Cabildo e Iglesia constituyen así una tríada sin la cual no pue-

de entenderse la estructura inicial gubernativa aplicada en Cuba.

El interés fundamental de los conquistadores, la búsqueda de oro, no fue satisfecho en Cuba. La Isla no poseía grandes yacimientos de este metal; por el contrario, su escasez era notoria. Solamente se pudo obtener un poco gracias al lavado de arenas de los ríos, arduo trabajo realizado por los indios y que no fue más allá del año 1542, si bien desde mucho antes ya se había desplazado la explotación aurífera por la cría de ganado vacuno, porcino y caballar, con vistas tanto al consumo como a la exportación a los nuevos territorios españoles del continente, especialmente a la Nueva España. Traído de Europa, en las condiciones boscosas del clima tropical cubano, el ganado prosperó tremendamente y constituyó el renglón fundamental, sustituto de la minería, en la naciente y precaria economía insular. Junto a esto, la necesidad de subsistir obligó a los españoles a adaptarse a consumir plantas propias de la agricultura aborigen, tales como la yuca, con la cual se elaboraba el casabe, torta que podía sustituir al pan; y el tabaco, que, lenta, pero constantemente, aumentaría su importancia económica. Fuese para salarlo en tasajo, o para utilizar los cueros, el ganado fue la vía de escape productiva de los españoles que no abandonaron la Isla para participar en la conquista de Tierra Firme.

Estos españoles no vinieron a América para trabajar, en sentido estricto, sino a enriquecerse para repatriarse, cuando lo hubiesen conseguido. Por eso Velázquez, sin estar autorizado para ello, repartió la tierra cubana, vale decir, la tierra de los indios, a su hueste guerrera conquistadora, lo que implicó desposeer a sus legítimos dueños. Así, ya en 1536, queda la prueba histórica de que el Cabildo de Sancti Spiritus otorga tierras (merceda la tierra) de su *hinterland*, práctica realizada desde años atrás. Este otorgamiento no implicaba la propiedad jurídica sobre la tierra, sino el derecho a su utilización, pagando a los monarcas y a la Iglesia los derechos correspondientes. A largo plazo, dentro de la historia nacional, el proceso señalado traería, siglos después, gravísimos problemas para el desarrollo del capitalismo en Cuba.

— Junto al hecho del reparto de mercedes, el cual podía hacerse bajo distintas formas, tales como estancias, y luego hatos y corrales, se hizo el reparto de los indios que la trabajarían. Estos repartos, conocidos con el nombre de encomiendas, vinculaban al indio a un español, no bajo la forma de la esclavitud clásica, sino en un carácter similar al del siervo. Los aborígenes debían trabajar a veces catorce horas diarias, desarraigados completamente de su modo de vida original. En sus comienzos, los indios encomendados se ocuparon del lavado de las arenas de los ríos para

la obtención de oro y, con posterioridad, pasaron masivamente a labores agrícolas, imprescindibles para la subsistencia de los europeos.

Mucho se ha escrito sobre la desaparición de los indios cubanos, debida a los maltratos sufridos a manos de los encomenderos. Esto, históricamente, es válido. Pero también lo es el hecho de que el sistema de trabajo en encomiendas rompió el ciclo de reproducción natural aborígen, cuya natalidad disminuyó de manera inconcebible. La ausencia de mujeres blancas provocó, desde la arrancada de la colonización, un gran mestizaje de españoles y nativos, que fueron siendo absorbidos racialmente. A ello se unen las enfermedades llegadas de Europa, desconocidas en América, las cuales mermaron grandemente a los naturales, así como los suicidios de estos, incapaces, lógicamente, de adaptarse al régimen de trabajo y a las características de la civilización española.

Para resolver los problemas de la fuerza de trabajo, desde la primera década de la colonización, los españoles introdujeron negros africanos, mucho más resistentes que los indios a los rigores de la explotación. Primero, en pequeñas partidas esporádicas, luego, más establemente, los negros llegaron a Cuba desde muy temprano, incorporándose al proceso de mestizaje, que incluía, así, a indios, blancos y negros. A la par, trajeron sus universos cul-

turales (dada la heterogeneidad de etnias que atravesaron el Atlántico), los cuales también se comenzaron a mezclar, con prontitud, en el mosaico español-aborigen. A mediados de los años cincuenta del siglo XVI, ciertos rasgos futuros, definitorios de la nacionalidad cubana, entre ellos el crisol racial, comenzaban a florecer hermosamente.

Economía y sociedad criollas

Una vez culminado el proceso de conquista y colonización, y establecidos en su forma inicial los mecanismos de poder españoles sobre la Isla, la evolución económica de esta transcurrió de manera lenta, de acuerdo con la priorización que España imponía a los nuevos territorios americanos. Sin reservas de oro o metales preciosos, Cuba sufrió un despoblamiento inicial, en función de la conquista de México y de expediciones, como la de Hernando de Soto a la Florida. Los españoles que no abandonaron la Isla fueron adaptándose a ella con mayor rapidez de lo que se hubiera podido esperar. A mediados del siglo XVI, una nueva generación de pobladores, cuya mayoría era ya nacida en la gran Antilla, se hacía notar en el naciente mundo colonial.

Ya ha sido explicado que, al lavado de las arenas de los ríos para la búsqueda de oro, lo sustituyó la cría y el monte de ganado como renglón productivo fundamental. La im-

portancia de la ganadería vacuna, tanto en su función económica hacia adentro (alimento para la población), como hacia afuera (exportación de cueros y carne salada), se mantuvo a todo lo largo de los siglos XVI y XVII, y llegó, incluso, a abarcar una buena parte de la primera mitad del XVIII. Enormes haciendas ganaderas, muchas de las cuales habían sido repartidas en forma de hatos,¹ componían el panorama determinante de apropiación del territorio insular. Sin embargo, muy pronto dichas haciendas comenzaron a sufrir la competencia de la agricultura comercial, la cual llevaría a la disolución de una gran cantidad de ellas.

El tabaco, sembrado en vegas a orillas de los ríos, constituía un cultivo especializado que los españoles aprendieron rápidamente a producir, cosechar y procesar en la forma elemental de los propios aborígenes, lo cual no demandaba grandes extensiones de tierra ni un desembolso sustancial de capital. El incremento de su consumo, tanto en la Isla como en Europa, trajo un constante aumento de su producción. Si a esto se suma el cultivo de plantas alimenticias para los habitantes de las villas, sobre todo de La Habana, centro del comercio español en las Indias, se comprende que la hacienda ganadera sufriese con rapidez los embates de otras producciones de mayor rentabilidad. La estructura

de gobierno español y, sobre todo, el Cabildo en cada villa, trataron de proteger a los hacendados, quienes constituían, desde los primeros tiempos de la colonización, el grupo social de mayor poder y capacidad de presión. Pero las necesidades crecientes de la Corona, en lo referente a la alimentación de las tropas y marinos reunidos en La Habana durante meses, y la ganancia proporcionada por los impuestos derivados de la exportación de productos relacionados con la agricultura comercial, hicieron que la legislación colonial fuese muy irregular, y que los pleitos entre hateros y agricultores, sobre todo los vegueros, establecidos en el interior de las haciendas ganaderas, llenasen todo un gran capítulo de la historia inicial de Cuba.

El monopolio comercial español, establecido desde el principio de la colonización a través de la Casa de Contratación de Sevilla, se dejó sentir con especial fuerza en Cuba, que, no siendo una región priorizada para España en la primera mitad del xvi, no recibía apenas los productos europeos imprescindibles. Ya en 1566, con la creación definitiva del sistema de Flotas para el comercio entre España e Indias, estos comenzaron a reunirse en el puerto de La Habana, el cual se convirtió, así, en el principal del continente. Si bien los galeones sólo debían permanecer en la rada habanera unas pocas semanas, los atrasos

habituales determinaban la prolongación de la estancia por varios meses, lo que representó para la villa y para la zona rural de los alrededores un aumento considerable de población y un enorme estímulo para la producción de artículos diversos, que quienes esperaban para marchar hacia Europa consumían ávidamente. Asimismo, el número de posadas y tabernas citadinas creció de manera extraordinaria, al igual que la prostitución, sobre todo de negras esclavas, autorizadas por sus dueños para trabajar, "a ganar". según frase de la época. El interés metropolitano en proteger las fabulosas riquezas de América reunidas en La Habana, trajo como consecuencia la fortificación de la bahía. Allí, sucesivamente, se construyeron los castillos de La Real Fuerza, La Punta, y los Tres Reyes del Morro, convirtiéndose así la ciudad en el enclave más y mejor fortificado del Nuevo Mundo. Lentamente, el sistema de Flotas permitió, al Cabildo habanero y a las familias con él relacionadas, una acumulación de capital que se haría ostensible en el siglo XVIII.

La Isla, en su conjunto, no se benefició con el sistema de Flotas: sólo representó un adelanto para La Habana. Las villas del interior, abandonadas a su suerte y carentes de recursos elementales necesarios a sus pobladores, desarrollaron con rapidez un comercio irregular, fuera de los moldes coloniales, cono-

cido con el nombre de comercio de contrabando o comercio de rescate. Este se efectuaba utilizando los ríos y los múltiples accidentes costeros cubanos, con corsarios y piratas ingleses, franceses y holandeses, cuyas naciones disputaban a España el dominio del mar Caribe. Entregando productos "de la tierra", los habitantes de las villas cubanas recibían aquellas mercancías que el régimen colonial no les suministraba. En este comercio participaban, por igual, el Cabildo local, los vecinos y las autoridades españolas de la zona, porque las necesidades eran semejantes para todos los grupos sociales. España hizo fuertes intentos por prohibir, vigilar y condenar el contrabando, con muy poco éxito. Designado por el gobernador Pedro Valdés, su asesor Melchor Suárez Poago trató de controlar la situación del contrabando en Bayamo, a principios del siglo xvii, ya que dicha zona constituía el foco principal de este comercio. Prevenidos, los vecinos (posiblemente ayudados por los rescatadores extranjeros) hicieron imposible la prosecución del expediente judicial iniciado, que al ventilarse en la Audiencia de Santo Domingo, de la cual Cuba dependía, fue suspendido. Este hecho constituye una muestra fehaciente de las contradicciones primarias que ya se veían entre los gobiernos locales compuestos por insulares, y el gobierno de la Metrópoli.

España trató de estructurar cierto control sobre los habitantes de la Isla que impidiese la pérdida de riquezas por vía del contrabando, y al mismo tiempo permitiese readecuar los mecanismos de dominación a la creciente importancia de La Habana. En 1607, una Real Orden convalidaba algo que desde 1553 había sucedido: el establecimiento de la capital insular en la propia ciudad, a la par que se dividía a Cuba en dos gobiernos: el de La Habana, y el de Santiago de Cuba, subordinado este al primero. El desconocimiento que de las realidades cubanas tenía España, cien años después de la conquista, provocó un suceso simpático: las villas de Trinidad, Remedios y Sancti Spiritus no fueron adscritas a ninguno de los gobiernos, con lo cual sus habitantes pudieron autogobernarse durante largos años.

Los corsarios de las naciones enemigas de España, en sus depredaciones por las Antillas, desembarcaron no pocas veces en Cuba. En distintas épocas, Francis Drake, Francisco Nau o Henry Morgan visitaron el territorio cubano, ya fuese para arrasar determinada villa, o para "rescatar".² La cultura insular, aunque parezca increíble, se benefició con esto. No sólo los pobladores entraron en contacto con otros pueblos y naciones, diferentes por supuesto a la civilización española, sino que, del ataque del pirata Gilberto Girón

a la región de Bayamo, en 1604, donde tomó de rehén al obispo Juan de las Cabezas Altamirano, y de su rescate por los habitantes de la villa surgió, en 1608, la primera gran composición poética de tema cubano escrita en la Isla, *Espejo de Paciencia*, del canario Silvestre de Balboa, buena muestra de ciertas inquietudes culturales ya presentes en la población. Si bien la Paz de Ryswick, en 1697, no resolvió por completo para España el problema del contrabando, sí lo redujo a proporciones aceptables.

Dentro del marco de controles que la Metrópoli trata de establecer a lo largo de la etapa, se inscriben las Ordenanzas confeccionadas por el oidor Alonso de Cáceres, en 1574, una vez estudiada por dicho funcionario la realidad cubana. Los Cabildos locales ganaron con las mismas al recibir, de hecho, la facultad de mercedar tierras, si bien la superficie territorial de Cuba ya estaba casi por completo repartida; pero los Cabildos reforzaron su autoridad ante el gobernador, representante de la Corona. A su vez, Cáceres legisló sobre problemas inherentes a la fuerza de trabajo (la esclavitud), y sugirió la creación de algunos nuevos funcionarios. Las Ordenanzas, cuya verdadera importancia es difícil de precisar, reflejan, con su promulgación, los intentos de una sociedad naciente por organizarse y consolidar su desarrollo.

La influencia del sistema de Flotas obligó a introducir algunas mejoras en las condiciones urbanas de la capital. La edificación de la Iglesia Parroquial Mayor, comenzada en 1550 y terminada en 1574, así como de los conventos de Santo Domingo, de tablas y guano, en 1578, reconstruido en 1587, y San Francisco, iniciado en 1584, contribuyó a darle aires ciudadanos a La Habana. La construcción de la Zanja Real en 1592, vale decir, del primer acueducto, por Juan de Texeda, que desde el río Almendares hasta la actual Plaza de la Catedral surtía de agua al vecindario y a la Flota, mejoró sustancialmente la imagen urbana, al igual que el Real Decreto que la convertía en ciudad. En el interior, la lenta ocupación poblacional del espacio geográfico se materializó en la fundación de algunas parroquias rurales, esfuerzo eclesiástico evidente en las visitas periódicas que hacían los obispos a diferentes regiones y, sobre todo, en la fundación de las villas de Santa Clara, al centro de Cuba, y Matanzas, en la costa norte, cercana a La Habana, a fines del siglo xvii.

A pesar de los relativos progresos alcanzados, la vida era muy difícil para los habitantes de Cuba, que oscilaban entre los cincuenta y los cien mil pobladores. A los ardores del clima y el aislamiento del resto del mundo en que se encontraban en las villas del interior, se sumaba la marcada escasez en cuanto a

bienes materiales que no fuesen de primerísima necesidad, y aun estos eran obtenidos del contrabando. No existía la menor posibilidad de acceso a una educación ni tan siquiera elemental, para la gran mayoría de los habitantes residentes fuera de La Habana y, en la capital, sólo los muy pudientes podían educar a sus hijos. Las casas, de manera abrumadora, eran de guano y tablas, o de embarrado; muy pocas comenzaban a edificarse de piedra o mampostería. Su mobiliario era conventual: mesas, arcones, sillas y catres para dormir revelaban la dura existencia de los moradores. Sin embargo, esta misma rigidez de la vida, unida al aislamiento de cada villa y la seguridad de sus pobladores de que sus vidas se enmarcaban en aquel entorno, y no en un hipotético retorno a España (algo que apenas se plantearon los residentes en Cuba), fueron estableciendo algunas diferencias en relación con la Península, y creando ciertos gustos y hábitos que devendrían, desde fecha muy temprana, en germen de cubanía. Entre ellos se encuentran el gusto por el baño, ya fuese en los abundantes ríos o en tinas domésticas; la afición por el tabaco, compartida por ambos sexos; el abandono de muchas formas de utilización del castellano, enriquecido por localismos, modismos y americanismos; la naturalidad y llaneza en el trato entre las personas, sobre todo en áreas

urales; profesar una religión común, la católica, pero grandemente mezclada con elementos africanos, poco institucionalizados en estructuras eclesiales; el desarrollo de una entereza de carácter, resistencia a los avatares de la vida, y una picardía natural, heredera directa del sustrato andaluz que le dio origen, y un gusto desmedido por la música y el baile, todo lo cual sería reflejado por los extranjeros que visitaran la Isla ya en el siglo XIX. La idiosincrasia nacional, el futuro "ser cubano", avanzó mucho en el largo parto representado por los primeros siglos coloniales.

Esto se reflejó en toda su dimensión en los sucesos relacionados con el estanco del tabaco y la sublevación de los vegueros. Entroniada la dinastía de los Borbones en España desde 1701, los cambios gubernamentales comenzaron a sentirse en Cuba rápidamente. La importancia, ya ostensible, de la agricultura comercial, sobre todo el tabaco, por su mucha demanda, hizo que la Corona, mediante la Real Hacienda en La Habana, "estancase" la compra de tabaco, ya fuese en puro o en picadura; vale decir, monopolizase la comercialización de la aromática planta. Los vegueros deberían, desde 1717, vender el tabaco producido en la cuantía en que la Hacienda estimase, y, algo terrible, destruir la parte de la cosecha no adquirida por España. En desacuerdo con tales medidas, los cose-

cheros protestaron fuertemente, llegando a manifestarse en los años de 1717 y 1720, con sus machetes frente a las autoridades, quienes debieron emplear la fuerza para reducirlos. Tres años después, las contradicciones subieron al punto máximo, al anunciar los vegueros la destrucción del tabaco almacenado en la capital. Con celeridad, el gobernador Gregorio Guazo Calderón mandó una tropa de más de doscientos hombres a combatir a los amotinados, cuya cifra era cercana al millar. Decidida la sublevación a favor del gobierno, más de diez vegueros fueron ahorcados, y sus cabezas exhibidas como escarmiento en los caminos que conducían a La Habana, sobre todo en Jesús del Monte. La contradicción expresada entre cosecheros de tabaco y gobierno español, si bien no tiene en su centro el problema nacional, queda como testimonio histórico de los antagónicos intereses ya existentes entre los "hombres de la tierra", los criollos, y la monarquía peninsular.

Mediado el siglo XVIII, el sistema de monopolio comercial dio un nuevo paso en Cuba, al crearse la Real Compañía de Comercio de La Habana, con capitales insulares y españoles. Estos le dieron a la monarquía una cuota de participación en los beneficios. La Compañía fue facultada para importar y exportar todo género de artículos, entre ellos esclavos, en Cuba, aunque sus promotores sólo se intere-

saron, en realidad, por la villa de La Habana. Comprando poco, vendiendo mucho, alterando los precios, creando falsas escaseces y adulterando las mercancías, los miembros de la Compañía obtuvieron, durante más de veinte años, jugosos dividendos. Los accionistas cubanos, no pocas veces, engañaron a sus colegas de España. La creación de la Compañía, y el largo período en que esta pudo actuar, revelan, por una parte, la fuerte acumulación de capitales que los dos primeros siglos permitieron al Cabildo habanero (las otras villas no participaron en la génesis de la misma); y, por otra, la avenencia de intereses entre la oligarquía antillana de la capital y ciertos sectores pudientes de Madrid, la cual se haría mucho más efectiva a fines del propio siglo y comienzos del siguiente.

La importancia que La Habana había ido adquiriendo, el aumento constante de su población, y el valor agrícola y comercial de su *hinterland* se ponen de manifiesto, en la primera mitad del XVIII, con el establecimiento del Real Tribunal del Protomedicato, para estructurar las labores de médicos, dentistas y farmacéuticos; el inicio de la imprenta, con la llegada de esta en 1723; y, sobre todo, la creación definitiva de la Universidad de La Habana, en 1728, viejo anhelo de los moradores cubanos. Sólo en Santiago, con la creación del Seminario de San Basilio el Magno (1722),

... algo por la educación y la cultura locales. El resto de las villas continuó en total indigencia espiritual.

El progreso y la fama capitalinos eran notables. A tal extremo que, en 1762, y durante la guerra desatada como resultado del Pacto de Familia hispano-francés, Inglaterra decidió apoderarse de La Habana. Una gigantesca escuadra al mando de George Pocock, quien comandaba a más de diez mil hombres, desembarcó por Cojímar, para atacar El Morro una vez tomada la loma de La Cabaña, lo cual se logró, no sin una encarnizada resistencia por parte de sus defensores. Finalmente, el occidente de Cuba cayó bajo el dominio británico durante cerca de once meses. Los habitantes criollos de La Habana no aceptaron de buen grado el gobierno inglés, si bien debe señalarse que este se limitó a introducir muy pequeñas reformas en el curso habitual de los mecanismos gubernamentales. Por una parte, los criollos entraron en estrecho contacto con una civilización virtualmente desconocida, y pudieron comerciar libremente con las trece colonias de Norteamérica, inicio de un contacto de incalculables consecuencias históricas. Por otra, los ingleses aumentaron el número de esclavos que ingresaba anualmente en La Habana, con el consiguiente beneficio para los demandantes de fuerza de trabajo.

Ha sido tradicional, desde los tiempos de Francisco de Arango y Parreño (1765-1837), magnificar la importancia de la toma de La Habana, y convertir a 1762 en un año paradigmático en la historia nacional. Realmente, la dominación inglesa sólo aceleró procesos y tendencias ya en ciernes dentro de la sociedad y la economía cubanas y dentro de los mecanismos del Estado español, abocado ya al llamado Despotismo Ilustrado. Si se fuese a establecer la verdadera importancia de la presencia inglesa en Cuba, el acento debe ponerse en un hecho singular: la ciudad no fue en verdad defendida por las tropas españolas, una vez perdido El Morro; fueron los habitantes de la capital y de los pueblos vecinos quienes se encargaron de demostrar la combatividad y el empuje criollos. De entre ellos, sobresale el alcalde de Guanabacoa, José Antonio Gómez, quien, al frente de blancos, negros y esclavos, hizo feroz resistencia a la victoria británica. El naciente pueblo cubano, altamente identificado con su ciudad y su religión (no debe olvidarse el protestantismo inglés, como elemento de separación y distanciamiento de los naturales), hizo frente a la invasión extranjera y luchó, calle por calle, contra las tropas invasoras. Más aún, habitantes del interior de Cuba se ofrecieron a batallar en favor de la liberación de "su" capital, y vinieron hasta esta en son de combate. Mientras a los representantes de España en

Cuba les importó fundamentalmente la bahía, desde donde comerciaban, y los fuertes en los cuales se almacenaba la riqueza real, a los ciudadanos simples les importó su ciudad. Poco a poco avanzaba sólidamente el sentir nacional; de ahí que las alusiones a "mi" tierra se hagan comunes después de la devolución de La Habana a la Corona española. Y que en los años finales del siglo XVIII, la realidad insular cambiase de manera inconcebible, al compás, tanto de su dinámica interna, como de la situación coyuntural internacional.

La plantación esclavista.

Factores de un despegue

La existencia de la plantación esclavista constituye la característica socio-económica más importante del siglo XIX cubano, y sus consecuencias se observan rápidamente en la economía, la sociedad y la cultura nacionales en la actualidad. Para entender cómo pudo la mayor de las Antillas convertirse en un gigantesco campo de explotación de negros esclavos, el estudioso debe situarse en el último cuarto del siglo XVIII y tener presente ciertas realidades nacionales e internacionales que acilitaron el despegue de la plantación. Entre ellas se encuentran:

) El proceso lento y constante de acumulación de capitales, experimentado por la oli-

garquía, principalmente habanera, que permitiría la inversión sostenida en trapiches e ingenios.

b) El hábito de consumo de azúcar y café, ya arraigado en Europa.

c) El advenimiento de nuevas concepciones sobre la manera de gobernar dentro de la monarquía española, es decir, la implantación de lo que se ha dado en llamar el Despotismo Ilustrado por los Borbones de Madrid.

d) La revolución de Haití, que destruyó la producción azucarero-cafetalera de esta isla, y dejó un lugar vacío para ser rápidamente ocupado por otra región caribeña, en lo que a exportación al naciente mercado mundial se refiere.

e) La existencia, dentro de la oligarquía habanera, de ciertas figuras de amplísima cultura y proyecciones económicas, capaces de actuar como "grupos de presión" en la Corte de Madrid, para obtener grandes ventajas que permitiesen echar a andar el sistema de plantación, y cuyo animador inicial fue Francisco de Arango y Parreño (1765-1837).

f) El hecho de que España hubiese promulgado, en 1778, el Reglamento de Libre Comercio de España e Indias, liberador, en cierta medida, del intercambio comercial hasta entonces regido por el sistema de monopolio.

Los factores señalados no hubiesen permitido la conversión de la economía cubana en una economía típica de plantación, si se hubiera mantenido la crónica escasez de fuerza de trabajo existente para una producción en gran escala. Pero el Cabildo de La Habana, por medio de Arango, su apoderado en las Cortes, pudo resolver este problema. En 1789, la Corona permitió la libre introducción de esclavos en Cuba, por un plazo de dos años, prorrogable. Así, los dueños de fábricas de azúcar, o aquellos propietarios interesados en tenerlas, contaron con la fuerza de trabajo indispensable para el establecimiento de un ciclo plantacionista en gran escala. Mercado, existencia autóctona de capitales y fuerza de trabajo barata proveniente de África se dieron la mano como elementos consustanciales de la nueva realidad socio-económica, y determinaron los rumbos nacionales del siglo entrante.

Características de la plantación

Acercarse a las singularidades que asumió la plantación esclavista en Cuba, implica tener presente un universo altamente complejo, desarrollado en el tiempo por más de un siglo. Desde la segunda mitad del XVIII, hasta 1886, fecha de la definitiva abolición de la esclavitud, la plantación azucarero-cafetalera desplegó múltiples características, tanto de or-

den interno, como determinadas por el régimen socio-económico que le dio origen. Inicialmente, debe precisarse que las características de la plantación, relacionadas más adelante, se señalan en función de los elementos histórico-concretos que dicha plantación asumió en Cuba; es decir, no son, necesariamente, características comunes presentes en igual forma en otros países de agricultura de plantación, como fueron los casos de Brasil, el sur de los Estados Unidos y las islas del Caribe. Cada una de estas regiones, a más de los elementos estructurales comunes, tuvo aspectos coyunturales, propios de la evolución específica de cada cual. En el caso cubano, un estudio riguroso de la plantación no puede olvidar los aspectos que a continuación se relacionan:

a) La plantación esclavista es, desde el punto de vista del análisis teórico, un subsistema del sistema capitalista mundial, y, por tanto, es generada por dicho sistema, en su etapa mercantil-manufacturera. En la misma medida en que el capitalismo despliegue sus potencialidades internas, es decir, cuando su desarrollo traiga el advenimiento de su fase industrial, la plantación, en tanto subsistema, dejará de cumplir sus funciones a nivel "macro", y será, por ende, eliminada. La plantación esclavista no tiene, en un análisis generalizador, apenas ningún punto de con-

tacto con la esclavitud clásica de la Antigüedad; antes bien, cumple una función muy necesaria en la génesis del mundo moderno. El propio sistema capitalista que le dio vida la reabsorberá o eliminará cuando le sea necesario. Subsistema anómalo desde su génesis, la plantación está históricamente condicionada a desaparecer.

b) En lo fundamental, la plantación se caracteriza por la producción de materias tropicales para el mercado mundial. Estas materias, en múltiples casos, pueden ser o no más elaboradas, como sucedió en Cuba con el azúcar. La plantación cubana no fue sólo azucarera, como a veces se piensa. Por el contrario, hasta la década de los años treinta del siglo XIX, el café compitió favorablemente con la caña en importancia económica, pero su producción masiva casi desapareció debido a factores climáticos y a la priorización por los Estados Unidos de otras áreas productoras, lo que a largo plazo especializó a Cuba en la extracción de la sacarosa. La plantación algodonera norteamericana se realizaba, en medida apreciable, dentro del propio territorio estadounidense. Pero la plantación en Cuba siempre existió en función del creciente mercado mundial, a cuyos vaivenes se halló sujeta, no para resolver necesidades del muy exiguo mercado interno. La dependencia del actor externo trajo a la economía cubana,

debido a esta singularidad de la plantación, no pocos sinsabores.

c) La característica determinante de la plantación viene dada por su fuerza de trabajo: en un mundo tendente al desarrollo impetuoso del trabajo asalariado, la plantación funciona con mano de obra esclava. Esta, que en el caso cubano apenas se reproduce por vías naturales, debe ser traída desde África, con el consecuente encarecimiento del costo de producción. La trata de esclavos, lucrativo negocio de la época, permitió el desarrollo de enormes fortunas en Cuba y en España, reñuentes a todo cambio en el régimen colonial. Los africanos, desarraigados de su región natal, trajeron a la Isla el complejo mundo espiritual que los caracterizaba, y convirtieron a Cuba, en sus intentos biológicos y culturales por adaptarse y sobrevivir en las terribles condiciones que les fueron impuestas, en un maravilloso laboratorio tropical de sincretismo cultural.

d) El horroroso régimen de explotación al cual fueron sometidos los esclavos, trajo consigo que la esperanza de vida dentro de la plantación no superase, en el mejor de los casos, los veinte años de trabajo. Este hecho determinó que cada cierto tiempo existiese una imperiosa necesidad de restablecer las pérdidas, aumentándose así la trata, y, por supuesto, el costo per cápita del esclavo. En la mis-

ma medida en que Inglaterra y Francia aboliesen la trata y luego la esclavitud en sus colonias, aumentaría el precio de los esclavos. Un sistema productivo extensivo, como fue la plantación, implicó la constante llegada a Cuba de negros africanos, después de atravesar en condiciones infames el Atlántico, los cuales provenían de diferentes regiones, complicando así el complejo étnico-cultural de la Isla, pues, en mayor medida, los dueños de esclavos componían sus dotaciones con elementos llegados de diferentes zonas, para que no se entendiesen entre sí, y evitar posibles sublevaciones. Junto a ello, se prefería la adquisición de hombres fuertes, resistentes al calor tropical de los cañaverales; así se deformaba, de manera sistemática, la composición por sexos de la raza negra, con la mutilación anímica que representaba la imposibilidad de una vida sexual normal y la creación afectiva de una familia. La evolución de la población insular puede apreciarse en el cuadro número 1.

e) Aunque la imagen que se proyecta de Cuba durante ocho décadas del siglo pasado es la de una colonia de plantación, debemos destacar un elemento: el régimen productivo plantacionista no ocupó por igual todo el espacio geográfico cubano. Antes bien, ni siquiera preponderó en un cincuenta por ciento del territorio insular. La plantación fue un

Población de Cuba: 1774 a 1887

Años	Blancos	Negros y mulattos libres	Esclavos	Total
1774	96 440	30 847	44 355	171 620
1817	239 830	114 058	199 145	553 033
1846	425 767	149 226	323 759	898 752
1862	764 750	221 417	573 071	1 359 238
1887	1 080 277	528 798	-----	1 609 075

Fuentes: Elaborado a partir de la información de los censos y cuadros estadísticos correspondientes los años señalados.

fenómeno del occidente de la Isla, con algunos enclaves dispersos en otras zonas. A partir del espacio habanero, la plantación se extendió a la región sur de la capital, a la actual provincia de La Habana. Así, Güines se convirtió en un emporio azucarero, y se determinó, en los años treinta, el establecimiento del primer ferrocarril. De ahí pasó a la cercana Matanzas, aprovechando las facilidades del puerto yumurino. Con el decursar de los años, las necesidades de expansión, dado su carácter extensivo, llevaron el azúcar al triángulo Cárdenas-Colón-Banagüises, verdadero centro de la plantación a mediados del siglo. El advenimiento de las luchas de liberación nacional provocó, junto a la ya ostensible crisis del sistema, la paralización en su expansión, que se detuvo en un eje situado desde Sagua la Grande, en la hoy provincia de Villa Clara, hasta el puerto de Cienfuegos, al sur. El Valle de los Ingenios, circundando a Trinidad, muy decaído ya en los años sesenta; los partidos de Caonao y Maraguán, en el Camagüey, y las zonas que rodeaban a Santiago de Cuba y Guantánamo, en las jurisdicciones de igual nombre, sólo constituyeron enclaves secundarios del régimen plantacionista. El occidente cubano aportaba más del ochenta y cinco por ciento de la población de la colonia, con muchísima mayor abundancia de esclavos y españoles que el resto del país. Por el contrario,

El centro-oriente contaba con una mayor cantidad de nacidos en Cuba, y de negros y mulatos libres, y mantuvo, hasta muy entrada la segunda mitad del siglo, características productivas basadas en enormes haciendas ganaderas, similares a las de los primeros tiempos coloniales. La plantación fue, por tanto, un fenómeno occidental, y, por su importancia, determinó toda la vida nacional.

A tal extremo la determinó, que su universo fue el más complejo que ha existido en Cuba. La férrea explotación de los negros no fue sólo un fenómeno de la plantación. Toda la sociedad cubana participó de las concepciones establecidas por el régimen esclavista. Las capas intermedias urbanas y rurales, el campesinado, y con posterioridad, el naciente proletariado, asumieron criterios y actitudes generadas por el universo de la plantación. Desde el vocabulario hasta el gusto nacional por el color trigueño de la piel, la plantación marcó indeleblemente a la sociedad cubana. Y legó, para el futuro, a su término, un enorme porcentaje de analfabetos que era, al mismo tiempo, un heterogéneo conglomerado de fuerza de trabajo no calificada, cuya única realización laboral venía dada por el trabajo en la agricultura, por lo menos a mediano plazo. Junto a esto, los siglos de considerar al negro como una cosa y no como un ser humano, trajeron, después de 1886, la proliferación de

cristerios muy racistas en una sociedad típicamente mestiza. Sociedades por raza, creadas al efecto, ahondaron tal división. El problema de la integración definitiva dentro de la nación cubana de todos sus componentes étnicos pasaría de la plantación esclavista al siglo xx.

g) Dentro de la división de clases de la sociedad, el impetuoso desarrollo de la plantación provocó la polarización de los esclavos como máxima clase explotada, y de los dueños de estos. Los propietarios de esclavos han sido definidos por la historiografía nacional de múltiples maneras: sacarocracia, plantadores, hacendados esclavistas, plantocracia, terratenientes esclavistas y burguesía esclavista, son los conceptos más comúnmente utilizados. Sin serlo por completo, dado el carácter anómalo del sistema, el concepto más real parece ser el de burguesía esclavista. Esta no fue homogénea, ni siquiera en los momentos de su aparición histórica; por el contrario, la misma se componía de un sector comercial-industrial y de otro industrial-comercial, sin que la división pueda ser tajante. El primero de los sectores descritos, por su potencialidad económica, fue desplazando, con el paso de las décadas, al segundo, estando ambos integrados lo mismo por capitalistas cubanos como por propietarios españoles. La sectorialización reseñada se complica con la mayor o menor pertenen-

cia nacional —cubana o española— de sus componentes, que puede dar —y de hecho lo dio desde afuera—, una imagen nacionalista o no de las contradicciones entre ambos grupos, las cuales nunca fueron antagónicas, como es necesario señalar. Las capas intermedias, dadas las características de la economía cubana, siempre fueron relativamente débiles; de entre ellas, el grupo de los intelectuales, muy valioso en lo que a formación cultural se refiere, se destaca por su activa participación en la vida nacional, ya sea apoyando el régimen de plantación, o combatiéndolo, hasta llegar a la maduración suficiente como para luchar por la creación del Estado nacional. El campesinado, disperso y muy heterogéneo racialmente, sólo comenzó a participar en forma activa de la vida social mediante las luchas anticolonialistas, en la segunda mitad del siglo XIX; y el proletariado, en una sociedad de un capitalismo anómalo, no tuvo el peso social que de él podía esperarse, no obstante las transformaciones ocurridas a partir de los setenta, aunque su membresía no cesó de aumentar dentro de la industria tabacalera y el trabajo agrícola. La burocracia española, enviada a América con el objetivo de intensificar los controles metropolitanos e impedir el ascenso de los naturales, y el ejército madrileño, constituían sectores importantes en el complejo universo socio-clasista cubano, en formación aún a todo lo largo del siglo.

n) Los momentos de auge de la plantación esclavista en Cuba corresponden, en líneas generales, a las primeras cuatro décadas del siglo XIX. Desde su propia arrancada, como fenómeno productivo generado por el capitalismo, la plantación se vio inmersa en múltiples problemas de tipo técnico, es decir, de tecnología. Si se tiene en cuenta que el azúcar cubano se encarecía sobremanera por la lejanía de su mercado (en los primeros momentos fue Europa y, poco a poco, los Estados Unidos), y se valora el alto costo de la fuerza de trabajo, más los impuestos que obliga España a pagar una vez independizada la América continental, puede comprenderse que la aplicación de tecnología de punta en la fabricación del azúcar era imprescindible para los productores de Cuba. El trapiche, el ingenio y el central, marcan momentos tecnológicos diferentes, aunque todos ellos coincidieron en el tiempo. La burguesía esclavista hizo sus más grandes esfuerzos por aplicar la revolución industrial a la producción azucarera, pero la plantación llevaba en sí misma los elementos de su fracaso. No era posible, con mano de obra esclava, implantar determinados adelantos científicos que el esclavo ni estaba en condiciones de asimilar, ni le interesaba hacerlo, por razones obvias. Máquinas de vapor, centrífugas, aparatos especializados, abonos, infraestructura, se convirtieron en un sueño casi

imposible para la gran mayoría de los productores. Con el agravante de no poder promover, a pesar de los intentos realizados, la colonización o implantación de familias blancas en el territorio insular para impulsar el trabajo libre. La no existencia de un ejército industrial de reserva debido a la abundancia de tierras, entre otros factores, impidió el desarrollo de la mano de obra asalariada. Con esclavos, ya en la segunda mitad del siglo, no se llegaba muy lejos.

i) A lo anteriormente expresado se suma un elemento que complicaría, de manera creciente, la situación de la plantación esclavista en Cuba, y que viene dado por el desarrollo de áreas geográficas y productos competidores. El auge del azúcar en Indonesia, India y otras regiones asiáticas bajo el dominio de Inglaterra y Holanda, que producían con mano de obra asalariada, y las campañas en Europa a favor de la abolición de la esclavitud, trajeron el rechazo del azúcar elaborado por los esclavos de Cuba, en medio de los postulados liberales que caracterizaron al siglo. El mercado europeo se fue constriñendo hasta casi desaparecer. A ello debe unirse el desarrollo, lento y constante, del azúcar de remolacha en el Viejo Continente, a todo lo largo del siglo. Producida en el mismo lugar donde se consumía, con mano de obra asalariada y con la mejor tecnología de la época, la remolacha

azucarera fue desplazando a la caña, dada la mayor calidad terminal del producto. Si a esto se suma el estatismo del mercado azucarero español, el cual apenas aumentaba su consumo, se comprende que la plantación esclavista en Cuba mostraba graves síntomas de crisis a mediados de la centuria.

j) Por último, el mercado norteamericano, devenido en fundamental para el azúcar cubano, fue adecuando, durante el siglo XIX, la producción azucarera de la Isla en razón de sus necesidades capitalistas en rápido desarrollo. Si bien en los inicios de la plantación casi toda el azúcar que Cuba exportaba era refinada (procesada industrialmente con cierta elaboración compleja), los refinadores norteamericanos, para abastecer su industria nacional, dejaron de adquirir este producto. Realizaban cada vez más compras de azúcar crudo, sin procesar, con el agravante de que estas compras eran realmente grandes; luego, al productor insular, en rápida pérdida de otros mercados, le era imprescindible mantener una producción elemental, no procesada, para asegurarse un mercado en rápida expansión. Esto significó la pérdida de una posibilidad, aunque fuese sobre la base de un solo artículo, de un desarrollo técnico-industrial en la Isla, la cual dependía casi absolutamente de las exportaciones de azúcar. Al correr de los años, la industria refinadora cubana casi cedió su lugar a la producción

de una materia prima bruta, frente a las exigencias del mercado. Los productores azucareros en Cuba, de dueños absolutos del sistema productivo a principios de siglo, devinieron en simples integrantes de una burguesía cada vez más dependiente, dispuesta a conformarse con un papel histórico no precisamente nacionalista.

Toda la realidad reseñada no puede oscurecer un hecho fundamental: en las condiciones en que se realizaba el ciclo productivo en Cuba, el esclavo, considerado como unidad y no como un subsistema, continuó representando un beneficio productivo hasta muy avanzado el siglo XIX. De ahí las trabas con que la burguesía esclavista obstaculizó cualquier proyecto de abolición no elaborado por ella, cada vez que la problemática de la liberación del negro surgía con fuerza. Tema recurrente en la realidad nacional, la abolición, así como la plantación en su conjunto, generaron un *corpus* de ideas harto complejo, manifestado a través de no pocas variantes, tanto en la ideología política como en los marcos generales, mucho más amplios e igualmente representativos, de la cultura nacional decimonónica.

Las ideas en el universo de la plantación

Las características tan singulares del régimen productivo en Cuba sólo podían dar lugar a

un riquísimo universo ideológico, que no cesó de ampliarse a todo lo largo del siglo XIX. En muy buena parte, la producción de ideas responde, y se corresponde, con las necesidades del mantenimiento de la esclavitud; pero también surgió, con fuerza creciente, un cuerpo ideológico —entendido en su exacto sentido de conjunto elaborado de ideas— que repudiaba, desde muy temprano, la existencia de la sociedad basada en el trabajo esclavo, y que culminaría en la eclosión de un sólido cuerpo de concepciones anticolonialistas.

De manera tradicional suele considerarse a la plantación esclavista como acompañada, en la superestructura —en lo referente a las relaciones Cuba-España— de un cuerpo ideológico que ha sido calificado de reformista. Esto es una verdad a medias. Una sociedad esclavista, ubicada cronológicamente en momentos de despegue del sentimiento nacional cubano, no sólo generó un cuerpo ideológico reformista, sino también, dentro de ella, se desplegaron los gérmenes del nacionalismo independentista que caracterizó la segunda mitad del siglo. Las concepciones reformistas, mayoritarias en la etapa comprendida entre 1790 y 1868, no fueron en lo más mínimo homogéneas; el reformismo tuvo múltiples variantes que permiten concebirlo como un cuerpo general ideológico con serias diferencias en su interior. Dicho de otra manera, más

que del reformismo, debe con justeza hablarse de los reformismos.

Un análisis exhaustivo del reformismo burgués decimonónico en Cuba, debe necesariamente partir del régimen esclavista imperante, así como de la dominación española sobre la gran Antilla, pero no debe soslayar las fuentes nutricias internacionales de dicho reformismo, que lo animaron y conformaron. Entre ellas, deben destacarse los mejores elementos del pensamiento liberal español, desde Gaspar Melchor de Jovellanos³ hasta Francisco Pi y Margall;⁴ el pensamiento latinoamericano desarrollado después de culminado el ciclo independentista; las concepciones liberal-burguesas de los Estados Unidos, cuya influencia no cesa de aumentar a todo lo largo del siglo, en la misma medida en que se aflojen los vínculos económicos con Madrid; y, por encima de todo, el *corpus* teórico del liberalismo burgués europeo, estructurado a raíz de la Revolución Francesa de 1789, el cual, ya sea en forma "pura" (llegado directamente de Francia) o asumido desde su versión española, imprime un fuerte tono burgués a las concepciones reformistas cubanas.

Se hace necesaria una aclaración: desde su propio surgimiento, el reformismo burgués cubano no copió de manera mecánica los elementos que le eran imprescindibles. El cuerpo de ideas incorporado por los reformistas

antillanos fue reprocessado, reelaborado y readaptado a las necesidades internas, anómalas, de un régimen de plantación en un área geográfica colonial. Lo expresado queda mucho más claro si se entiende que, para ejemplificar con algo sencillo, el clásico lema de la burguesía francesa de "libertad, igualdad y fraternidad" era imposible de aplicar en Cuba; sobre todo, sus dos primeros términos. Por esto, el reformismo burgués cubano se vio obligado, desde su surgimiento, a deslindar críticamente, y no a asimilar de manera mecánica, los elementos que podían incorporarse a su cuerpo de ideas.

Con toda justeza, puede declararse que Francisco de Arango y Parreño fue el primer y principal ideólogo del reformismo burgués en Cuba. Amplio concededor y defensor del universo teórico de la Ilustración europea (en sus escritos, las referencias a las "luces" y al monarca "ilustrado" son abundantísimas), Arango fue el burgués esclavista e intelectual más representativo de la arrancada de la plantación. Sus concepciones, que ya implicaban un ligero y creciente orgullo por su pertenencia a la isla de Cuba (la expresión "mi patria" suele aplicarla tanto a España como a La Habana), muestran los rasgos fundamentales que asumiría el reformismo a todo lo largo de su trayectoria. El problema histórico capital al cual se enfrentó Arango fue el del despegue

de la plantación. Y a él dio cabal respuesta, sobre la base de que Cuba era sólo de blancos, los cuales constituían únicamente la naciente nacionalidad, y de que la trata de esclavos y el régimen de plantación, siempre creciente, eran imprescindibles para el mejor desarrollo antillano y la consolidación de la burguesía esclavista, cuyos intereses representaba. Todo esto en los marcos de la monarquía española, que ejercería un régimen protector y paternalista sobre Cuba, muy conveniente para ambas partes.

El reformismo de Arango dio muy buenos resultados, hasta la culminación del ciclo independentista continental. Las relaciones del reformista habanero con Madrid eran irreprochables, y la monarquía española concedió a Cuba ventajas no soñadas en otros territorios. Pero el desarrollo del siglo trajo la liberación de América y la desaparición de la supuesta Ilustración de la monarquía española, con el rey Fernando VII. La necesidad de obtener de Cuba las riquezas imposibles de arrancar a Tierra Firme, provocó la adopción de medidas, por parte del gobierno español, que dieron al traste con la alianza entre los reformistas y la Metrópoli. El otorgamiento al capitán general de facultades omnímodas en 1825, y la expulsión de los diputados cubanos a las Cortes de 1837, indican sobremanera los nuevos tiempos que se avecinaban y

que pueden resumirse de la siguiente manera: ya en los años treinta, Cuba deja de ser considerada como parte integrante de la monarquía, para ser vista como una simple, si bien valiosa, colonia de España, a la cual era lícito explotar sin misericordia. Esto, unido a la maduración del sentimiento de pertenencia a la Isla por parte de sus habitantes, hizo que el reformismo burgués de los grandes esclavistas fuese desplazado, en el segundo tercio del siglo, por el reformismo propugnado por otros sectores de la población.

José Antonio Saco (1797-1879), excelente científico social del siglo XIX, representa cabalmente los nuevos aires del reformismo. Tenaz defensor de la nacionalidad cubana, firme exponente de las lacras del colonialismo, Saco encabezó a jóvenes intelectuales, de entre los cuales resalta con valía excepcional José de la Luz y Caballero (1800-1862), que ya no expresaban los intereses de un reformismo al estilo de la gran burguesía esclavista, sino que, continuando la línea trazada por el obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa (1756-1832), se enmarcaba en las concepciones de las capas intermedias de la población insular. Aunque no se abogase por la abolición de la esclavitud, el hecho de luchar por eliminar la trata negrera ya cortaba a la institución esclavista su única fuente de renovación. Y las constantes críticas al sistema

de gobierno de España en Cuba, contribuyeron mucho a una toma de conciencia entre diferentes sectores sociales en relación con los males del colonialismo. La salida de Cuba, casi definitiva, de Saco, en 1834, destierro que duraría toda su vida, en líneas generales, y la progresiva enfermedad de José de la Luz y Caballero, mermó la eficacia del reformismo burgués (pequeño-burgués) de los años treinta.

Ya en la década de los sesenta, en su vertiente proespañola, el reformismo burgués vuelve a manifestarse con fuerza, aprovechando que el capitán general Francisco Serrano, duque de la Torre, es esposo de una cubana de la burguesía. Con síntomas de crisis la plantación, y cada vez más dependiente del mercado norteamericano, los esclavistas de Cuba usan, en sus demandas a España, un tono muy distinto del que empleaban sus predecesores. Pidiendo reformas económicas diversas, abolición indemnizada de la esclavitud y haciendo grandes protestas de "fidelidad", el grupo reformista, ahora dirigido por José Morales Lemus (1808-1870), en lo referente a la conducción de las acciones por realizar, no está a la altura ideológica de sus antepasados. Convocados a una Junta de Información en Madrid, durante los años 1866-1867, sus demandas no encontraron eco en los marcos de la monarquía, la cual implantó un nuevo impuesto generalizador, sin abolir

los anteriores, con la ironía de sugerir que dicho impuesto ha sido solicitado por los propios reformistas. Ignorados por la Metrópoli, los reformistas antillanos ven pasar su última oportunidad histórica antes de que una nueva visión del futuro insular, mucho más enérgica y radical, domine en el campo de las ideas: el independentismo.

Dentro de la vertiente reformista, un caso especial debe analizarse. Se trata de la tendencia, fuerte en algún momento histórico, de la incorporación de Cuba a los Estados Unidos. El anexionismo, nombre que la misma recibe, no puede ser valorado partiendo de premisas ideo-políticas contemporáneas, sino enmarcándolo en las realidades histórico-concretas de su momento. Debe entenderse que en el siglo pasado el régimen republicano de gobierno de Norteamérica, expresado a través de sus documentos programáticos, era un caso único a escala continental, como único era el fabuloso desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado por los Estados Unidos. A esto deben sumarse la falta de experiencia política de un pueblo como el cubano, en formación aún, y la creciente dependencia, en todos los órdenes, del país norteamericano. Si a esto se añade que los Estados Unidos, hasta 1865, poseía en su mitad sur un régimen de plantación similar al cubano, que podía servir de salvaguarda de los intereses plantacio-

nistas de Cuba, en momentos en que Gran Bretaña aumentaba sus presiones sobre España para que esta nación, débil frente a Inglaterra, aboliera la esclavitud en sus colonias, puede entenderse sin dificultad que ciertos sectores de la burguesía esclavista insular mirasen a los Estados Unidos como el país al cual había que pertenecer, en mezquina defensa de sus intereses de clase.

Esto explica el auge de la anexión en determinados grupos del occidente insular, en los años que van de 1840 a 1854, en cifras redondas. El recién creado Club de La Habana, puesto en contacto con el general del ejército español, ahora residente en Trinidad, Narciso López,⁵ trató de evitar una posible abolición de la esclavitud, con tres intentos expedicionarios, durante 1850-1852, capitaneados por López, y financiados por los esclavistas sureños de los Estados Unidos, a los cuales convenía romper el equilibrio interno de la unión norteamericana, adquiriendo a Cuba en calidad de estado esclavista. La sordidez de estos intentos —anexión y permanencia de la esclavitud— es manifiesta. Lo único destacable de dichos intentos, que culminaron con la muerte de López en garrote vil, fue la confección de la bandera cubana actual, la cual ondeó en el pueblo de Cárdenas, por primera vez, en 1851. Garantizando Gran Bretaña a España, merced a un cambio ministe-

rial, que la esclavitud no tenía por qué ser rápidamente abolida, el anexionismo entró en franco descenso histórico. Aunque líneas generales de esta vertiente reformista se mantuviesen en el sustrato íntimo de ciertos grupos sociales.

Sin embargo, el anexionismo no fue una corriente unitaria. Dentro del mismo hubo un grupo de elementos que, lejos de propugnar la unión con los Estados Unidos en defensa de la esclavitud, giraron mucho más en la órbita del espejismo de las instituciones políticas de Norteamérica, y coincidieron, simplemente, en tiempo histórico, con el sórdido anexionismo esclavista. Tales fueron los casos del grupo de Trinidad, encabezado por Isidoro de Armenteros, y, sobre todo, del hacendado Joaquín de Agüero, en el Camagüey. Este último comenzó su vida pública aboliendo la esclavitud en sus propiedades y se alzó años más tarde (1851) contra España, en defensa de la separación de Cuba de su Metrópoli, sin que sus presupuestos teóricos den su imagen definida de una anexión flagrante; antes bien, la idea de la libertad está presente en todas sus declaraciones. Ajusticiado por el régimen colonial, Agüero supo morir con entereza sin par, y se convirtió así en bandera patriótica de los futuros revolucionarios de su región natal. Cualquier análisis de la anexión en Cuba, debe distinguir entre los

promotores de la unión con los Estados Unidos, en defensa de sus intereses esclavistas de clase, y los miembros de las capas intermedias, que valoraban las instituciones norteamericanas y la implantación del trabajo asalariado, con la consiguiente abolición de la esclavitud.

Aunque no fuese como ideología preponderante, dentro de la época histórica de la plantación esclavista surgió, y se desarrolló, una firme y sólida concepción independentista, que lentamente alcanzaría su mayoría de edad, en lo que a estructuración se refiere. El nacimiento del independentismo, ligado indisolublemente con las primeras muestras históricas del desarrollo de la nacionalidad cubana, tuvo su expresión más hermosa en la figura del poeta José María Heredia (1803-1839), quien, con sus composiciones literarias, que destacan las bellezas de su Isla amada, dotó a la cultura y al pensamiento cubanos de un *corpus* imprescindible para la emancipación intelectual de España. Todo independentista del siglo XIX haría, con posterioridad, referencia a lo mucho que en sus concepciones lo había ayudado la función social de la literatura creada por Heredia.

Si bien la burguesía esclavista nunca fue promotora de la emancipación, diferenciándose así de los grupos oligárquicos continentales, en otras clases y sectores sociales sí

hubo intentos de constituir el Estado nacional, en coincidencia con la liberación de la América española. En 1812, el negro libre habanero José Antonio Aponte, trató de organizar a sus hermanos de raza para obtener la independencia. De mucho mayor peso, las capas intermedias de la población trataron, por medio de las conspiraciones de los Soles y Rayos de Bolívar, cuyo jefe era Francisco Lemus, en 1822, y la Gran Legión del Águila Negra, en 1829-1830, de liderazgo no precisado, de obtener la independencia, aún en contra de la burguesía esclavista, separada de los trajines conspirativos. Aunque no lograron sus objetivos, los intentos revolucionarios de la época ponen de manifiesto ciertas corrientes anticolonialistas muy fuertes, que ya existían en algunos grupos de la sociedad cubana, y la decisión de éstos de asumir la dirección del país. Debe además señalarse que no lograron materializar sus criterios los sectores, tanto cubanos como españoles, que pretendían libertades republicanas (burguesas, en última instancia) para Cuba, en consonancia con la Constitución de Cádiz.⁶ Las contradicciones entre la isla de Cuba, considerada de manera global, y el régimen de gobierno y explotación españoles, se desarrollaron grandemente en la primera mitad del siglo XIX.

El independentismo, en esta época, tuvo su momento más elevado en la figura del educa-

dor, sacerdote y revolucionario Félix Varela y Morales (1788-1853). Desde muy joven, este habanero singular fue profesor del Seminario San Carlos, y llegó a detentar la cátedra de Constitución. Diputado a Cortes en 1822, antiesclavista convencido, debió exiliarse en los Estados Unidos para eludir la persecución del absolutista Fernando VII. Allí publicó un periódico fundamental en la historia de Cuba, *El Habanero* (1824-1826). Sus concepciones independentistas, jamás desmentidas, su reconocimiento del derecho de Cuba a la vida internacional en tanto nación, y la ejemplaridad ética de su apostolado, convierten a Varela en la personalidad más destacable de las primeras décadas de ese siglo. Sus discípulos, en particular Saco y Luz, supieron hacerle honor, con sus vidas y trayectorias intelectuales. De Varela, a principios de siglo, hasta el futuro gran ideólogo y organizador de la Revolución anticolonial, José Martí (1853-1895), se establece una cadena sin rompimientos, que marca los jalones de desarrollo de la nación cubana.

Población y cultura nacional

Los habitantes de la Isla no cesaron de aumentar a todo lo largo del siglo XIX. Este crecimiento se debió no tanto al aumento demográfico natural, como a la llegada constante de negros africanos, lo cual determinó un in-

dice de masculinidad realmente elevado, y de españoles, que se emparejaban con cubanas. El mestizaje de la población continuó, sobre todo en la zona oriental, mientras en el centro, el porcentaje de blancos (cerca del 60 %) era muy superior al de los negros y mulatos. Durante mucho tiempo, la burguesía esclavista tuvo espanto de que los esclavos superaran a los habitantes blancos, lo que pudiera preconizar un nuevo Haití. Desde mediados de siglo, sin embargo, esta posibilidad se vio descartada. El fuerte crecimiento de la población esclava desapareció con la abolición de la institución en 1886. Miles de chinos, en calidad de colonos, arribaron a Cuba entre 1847 y 1875, y aparecerán en los datos estadísticos dentro del grupo de los blancos. Estos asiáticos, de muy diversos lugares de origen, se integraron a la nación cubana y contribuyeron a su formación, sumando a esta no pocas de sus características idiosincráticas. Igual sucedió con los miles de emigrados franceses de Haití o de Luisiana que, en diferentes momentos, llegaron a la Isla, convirtiéndola en su patria. También los españoles o latinoamericanos salidos de tierras continentales, una vez expulsados de ellas por la revolución anticolonialista de los años veinte, se asentaron en Cuba. De tal mezcla, lentamente pero con firmeza, se fue formando la nación cubana, hasta llegar a su definitiva constitu-

ción histórica, ya muy avanzado el siglo XIX. El precio pagado por esta nación para obtener su independencia fue altamente elevado: el combate nacional-liberador costó miles de víctimas al pueblo antillano, sin comparación con lo sucedido en América.

En una cantidad apreciable, la población cubana se concentraba en pueblos y ciudades. De cerca de setenta mil habitantes poco antes de empezar el siglo, La Habana pasó a más de doscientos treinta y seis mil en 1899. Junto a ella, Santiago de Cuba, el Camagüey, Matanzas y Cienfuegos superaron la cifra de veinticinco mil, y otros quince enclaves llegaron a cantidades que oscilan entre cinco mil y veinte mil moradores. El panorama azucarero estructuró, ya sea en su vertiente productiva o como sitios de embarque y venta de esclavos, la red urbana de Cuba. De lo expresado se desprende el peso, siempre creciente, que la capitalidad tendría en la demografía y la historia nacionales. Sin embargo, ello no impidió el desarrollo de grupos fuertes, coherentes, con características bien diferenciadas, en las ciudades del interior, aspecto de gran importancia dentro de la evolución nacional.

Esta población, debido al régimen colonial español y sus proyecciones, apenas tendría acceso a una instrucción elemental. No existía, en propiedad, un sistema educativo global, lo cual acarrearba cifras pavorosas de anal-

labetismo: un cubano de cada cuatro sabía leer y escribir, con grandes diferencias entre negros y blancos, y, por supuesto, entre los hombres y las mujeres; en los años de la segunda mitad del siglo XIX se crearon varios institutos provinciales de Segunda Enseñanza, faltos de todo tipo de recursos, mientras la Universidad de La Habana, fundada en 1728, languidecía sin atención metropolitana, a pesar de los esfuerzos denodados de un claustro muy competente. A lo largo del período descollaron varios colegios privados en provincias (algunos de ellos, como "La Empresa", de Matanzas) en los cuales la burguesía trataba de formar a sus descendientes para, luego, en su juventud, enviarlos al extranjero. "Buenavista", "Carraguao", y sobre todo "El Salvador", de Luz y Caballero, quedan como muestra del interés nacional por desarrollar una educación adecuada a los hijos del país, si bien altamente limitada. En la gran mayoría de los casos, maestros llamados de "primeras letras" constituían el único personal dedicado a la enseñanza. En los campos y dentro del sector negro de la población, la educación era casi inexistente.

Puede señalarse, sin miedo a error, que la cultura cubana dio pasos excepcionales en la centuria decimonónica. Las publicaciones periódicas, a partir del *Papel Periódico de La Habana*, no cesaron de aumentar, destacán-

dose, entre ellas, *El Diario de la Marina*, *El Siglo*, *La Lucha*, *El Triunfo*, *El País*, y, dentro del campo independentista, *El Cubano Libre*. A su vez, revistas como la *Bimestre Cubana*, *Hojas Literarias* y *Cuba y América*, destacan por su variedad y amplitud temática. De los sectores emigrados no pueden olvidarse *El Habanero*, editado en los Estados Unidos entre 1824 y 1826, de Varela, y *Patria*, Nueva York, 1892-1898, de José Martí, a más de la primera revista para niños de América, *La Edad de Oro*, publicada en Nueva York, en 1889. Cada una con sus proyecciones ideológicas, hacen honor a la cultura nacional.

Las ciencias sociales estuvieron muy bien representadas en dicho siglo.

En historia, se escribieron obras como las de José Martín Félix de Arrate (1701-1765), Nicolás José de la Ribera (1724-1775), Pedro Agustín Morell de Santa Cruz (1694-1768), Ignacio de Urrutia y Montoya (1735-1795), Pedro José Guiteras (1814-1890) y Antonio José Valdés, todas sobre la evolución cubana. En otras ramas, destacaron con luz especial los ilustrados Félix Varela, José Antonio Saco y José de la Luz y Caballero, así como Raimundo Cabrera (1852-1923), Rafael Montoro (1852-1933) y Enrique José Varona (1849-1933), por mencionar sólo a figuras cimeras, muy al tanto de los avances de la filosofía, la ciencia política y la sociología nacies-

te. En el universo de la economía, la personalidad de Francisco de Arango y Parreño oscurece a las restantes.

También hubo figuras ampliamente destacadas en los ámbitos de otras ciencias. Vale la pena mencionar al demógrafo Antonio del Valle Hernández; al médico Tomás Romay (1764-1849); al agrónomo Álvaro Reinoso; al naturalista Felipe Poey (1799-1891), y al investigador y médico Carlos J. Finlay (1833-1915), en el puente entre los siglos xix y xx. También, muchos dueños y hacendados llegaron a convertirse, por necesidades de la producción azucarera, en verdaderos técnicos empíricos. No pocos de ellos dejaron muy valiosos materiales escritos.

Pueblo eminentemente musical, dados sus ancestros españoles y africanos, el cubano hizo notables aportes a la música nacional en el siglo xix. La combinación de diferentes elementos rítmicos, con la ayuda de variados instrumentos procedentes de las culturas mencionadas, produjo el surgimiento del danzón, composición inseparable de la música cubana y vivo ejemplo de su mestizaje. Las tradiciones "de salón", procedentes de España, y los ritmos provenientes de África, se desarrollaron de múltiples formas, también en el siglo xx. Nombres como los de José Domingo Claudio Brindis de Salas, Ignacio Cervantes, José White, Rafael Díaz Albertini, Juan

Federico Edelman y Manuel Saumell marcaron, con sus composiciones y sus interpretaciones, momentos culminantes de la música nacional.

La gran cantidad de viajeros llegados a Cuba en el siglo XIX ayudó grandemente a desarrollar los elementos ya presentes de la cultura nacional. La creación de la Academia de Pintura de San Alejandro, con su director durante años, el francés Juan Bautista Vermay (1786-1833), impulsó los estudios y la creación en artes plásticas; y las necesidades de la plantación hizo que cobraran relativo interés los grabados y litografías a ella vinculados. Algo muy especial, los anillos para habanos tuvieron, desde el punto de vista artístico, una fuerte preeminencia. A su vez, la plantación también determinó la construcción de suntuosas moradas, sobre todo en la capital, entre las cuales sobresalió el palacio de Domingo Aldama.

El sentimiento nacional emergente, en rápida consolidación, encontró su vehículo idóneo en la literatura. Tanto la poética como la narrativa expresaron los problemas capitales cubanos. De forma individual o mediante tertulias, como las promovidas por Domingo del Monte (1804-1853), en Cuba o en la emigración, los escritores de la Isla supieron reflejar los intereses de la compleja sociedad que los vio nacer. Sin contar los ensayistas ya men-

cionados, de la estatura de Saco o Luz, no pueden dejar de nombrarse a Manuel Sanguily (1848-1925), Enrique José Varona y Rafael Montoro (1852-1933). Desde Heredia y su *Himno del desterrado*, hasta José Martí con sus *Versos Sencillos*, la literatura nacional crece con los nombres de Manuel de Zequeira (1764-1846), José Jacinto Milanés (1814-1863), Joaquín Lorenzo Luàces (1826-1867), Gabriel de la Concepción Valdés, *Plácido* (1809-1844), Gaspar Betancourt Cisneros (1803-1866), Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, *el Cucalambé* (1829-1862) y Julián del Casal (1863-1893), entre muchísimos poetas, novelistas y escritores costumbristas. La presencia de la mujer fue muy fuerte, con figuras tales como Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), Luisa Pérez de Zambrana (1861-1896); las tradiciones patrias, recogidas por Manuel de la Cruz (1861-1896), Ramón Roa (1844-1912) y Enrique Collazo (1848-1921), hablan de la fuerza de lo que después se llamaría el género testimonio. Dentro de la novelística, Cirilo Villaverde (1812-1894), crearía en bello mestizaje blanco-negro, la pieza cumbre de la narrativa decimonónica: *Cecilia Valdés*. Y el siglo termina con la producción literaria del más universal de los cubanos, José Martí, cuya obra, no tan sólo por la problemática tratada, sino también y muy especialmente por su lenguaje y estilo, abrieron nuevos cauces a las letras hispanas.

Rasgo consustancial con la cultura nacional, los intereses y los temas reflejados por esta no fueron simples copias de modelos foráneos. Antes bien, desde su surgimiento, la cultura cubana se ocupó de los problemas capitales del entorno que le daba vida, por lo cual el reflejo transformado de la realidad constituyó su razón de ser fundamental. Así, la palma real y la piña predominan sobre bosques de encinas; y el universo de la plantación, con su enorme complejidad, ahoga las reminiscencias de una posible nobleza feudal con sus castillos y princesas, en la narrativa insular. Blancos, negros, mestizos, explotadores y explotados, desfilan en las múltiples páginas escritas y se ven representados en la música consiguiente. Crisol de razas y de problemas diversos, autóctonos, la cultura cubana preparó, a todo lo largo del siglo XIX, el desarrollo de un legítimo movimiento de liberación nacional, y obtuvo de este, en el último cuarto de la centuria, su fuente nutricia.

Las luchas por la creación del Estado nacional: la Guerra de los Diez Años

El surgimiento del movimiento de liberación nacional cubano, tuvo profundas causas de carácter interno y también externo, que lo enmarcaron, viabilizaron y le imprimieron no pocas de sus especificidades. Factores de tipo interno, tales como el creciente grado de explotación

colonialista que España ejercía sobre Cuba; la imperiosa necesidad histórica de abolir la esclavitud, y la madurez patriótica alcanzada por ciertos grupos terratenientes centro-orientales, que les permitió echar a andar una revolución anticolonial, se hacen presentes en la hora crucial de efectuar un levantamiento armado. Junto a ellos, hay algunos factores externos a la realidad socio-económica cubana, que influyen poderosamente en la decisión revolucionaria. Entre estos destacan: la existencia de la Revolución de Septiembre en España, es decir, el clima de inestabilidad política insular; las declaraciones de Ulises Grant, futuro presidente norteamericano, no muy favorables a Madrid, por el apoyo prestado a los secesionistas sureños durante la guerra de 1861-1865; la atmósfera antiespañola que late en las naciones hermanas del continente por la invasión francesa a México apoyada por España; la anexión de Santo Domingo en los años sesenta; la guerra contra Chile y Perú;⁷ y la proclamación por los portorriqueños, mediante el Grito de Lares, de la independencia de la isla hermana, si bien esto fue sofocado con celeridad. Dichos factores, dándose la mano, hicieron que los independentistas cubanos considerasen llegado el momento de hacer, usando una frase martiana, "la Patria libre".

El proceso conspirativo antiespañol, desarrollado a partir de 1867, tuvo espacio en la re-

gión del centro-oriente cubano, con especial fuerza en Bayamo, Manzanillo y el Camagüey. La dirección del movimiento revolucionario estuvo a cargo del sector terrateniente no vinculado de manera directa con la plantación esclavista, cuyos propietarios no se convirtieron en promotores de un movimiento nacional-liberador. Las capas intermedias de la población insular y, de manera abrumadora, el campesinado, fueron las clases sociales que constituyeron la base social de la Revolución, apoyadas también, en planos de dirección, por una intelectualidad muy comprometida con los destinos del país. Los esclavos, liberados con esa finalidad, engrosaron el futuro Ejército Libertador y lograron alcanzar dentro de él ciertas posiciones relevantes. Los obreros, en su inmensa mayoría ubicados en la región occidental y muy pocos en número, no tuvieron dentro del movimiento el peso que de ellos podía esperarse.

Francisco Vicente Aguilera (1821-1877), Pedro Figueredo (1819-1870), Carlos Manuel de Céspedes (1819-1874), Vicente García (1833-1886), Salvador Cisneros (1828-1914) y Miguel Jerónimo Gutiérrez (1822-1871), ejemplifican a este grupo de terratenientes revolucionarios, empeñados en expulsar a España de Cuba. Reunidos en sus pueblos originales, fueron vertebrando la conspiración anticolonial a través de logias masónicas y en sesiones supues-

tamente culturales, entrando en contacto los comprometidos de cada región cubana, particularmente orientales y camagüeyanos, un poco más rezagados los villareños. Sin que lograran en un principio un acuerdo general sobre la fecha de alzamiento, finalmente, el día aceptado sufrió varias modificaciones, dada la premura y la radicalidad ideológica del grupo manzanillero liderado por Céspedes. Dicho grupo adelantó, por diversas razones, el inicio del combate para el 10 de Octubre de 1868. Este brillante día los cubanos inauguraron la vía de la lucha armada para resolver las contradicciones imperantes en la sociedad colonial en que vivían.

Devenido Céspedes en jefe de la Revolución, en la fecha señalada dio el grito de independencia en su ingenio Demajagua, e hizo dos cosas de amplia trascendencia: liberó a sus esclavos y dio a conocer un documento, llamado en la historia nacional *Manifiesto del Diez de Octubre*. En el mismo se explicaban las razones de los cubanos para separarse de España y, entre otros elementos de interés, se planteaba un deseo de abolición gradual de la esclavitud, con indemnización al propietario, expresión cabal de la poca fuerza con que aún contaba el naciente movimiento; se centraban las operaciones civiles y militares en una sola persona (el propio Céspedes), inaugurándose así una forma de gobierno, el

mando único, tremendamente debatida dentro del movimiento de liberación nacional.

A pasos acelerados, la Revolución ampliaría su escenario en la zona oriental. Miles de negros, blancos y mulatos libres se incorporaron a la lucha en los días siguientes al 10 de Octubre. Las bisoñas tropas mambisas, que comenzaban a ser entrenadas por militares dominicanos radicados de antaño en la región suroriental y entre los cuales descollaría Máximo Gómez (Santo Domingo, 1836 - La Habana, 1905), comenzaron a demostrar la validez del machete en función de la independencia. La toma de Bayamo, en el propio mes de octubre, dio una capital a la naciente Revolución; la carga de Pino de Baire, la creación del periódico mambí *El Cubano Libre*, la divulgación de la letra del *Himno Nacional*, son hechos que hablan de la fuerza inicial del movimiento. Poco después, el 4 de noviembre, los camagüeyanos se levantarían en armas en Las Clavellinas, y si bien no apoyaron el gobierno de Céspedes, ampliaron considerablemente el teatro de operaciones militares. Dentro de esta región, el grupo reformista, representado por el partido de Caonao⁸ era muy fuerte, y fue necesaria la viril actitud del joven Ignacio Agramonte Loynaz (1841-1873) para desenmascararlo y separarlo de la dirección revolucionaria. Los camagüeyanos adoptaron un gobierno donde las funciones mili-

tares estaban separadas de las civiles y estas divididas internamente. Meses después, la zona villareña se sumaría al combate, el 6 de febrero de 1869, en el alzamiento de San Gil. Sólo faltaba ya la incorporación de Occidente.

Esta región, centro del poder español en Cuba, no contaba con un espacio geográfico favorable al combate. Y la situación revolucionaria que en ella se fue creando se vio obstaculizada por la avenencia solapada entre el integrismo español, o sea, la intransigencia absoluta de los colonialistas beneficiados con la explotación de Cuba, el capitán general, de filiación política monárquica, Francisco Lersundi (1817-1874), y la burguesía esclavista occidental, supuestamente liberal, aterrada ante un movimiento revolucionario que pudiese en crisis sus intereses de clase, si bien esta supo convertirse en representante de los insurrectos, primero en La Habana, y luego en la emigración. La consolidación de un alzamiento en Occidente no se efectuaría en los diez años de lucha. La burguesía occidental desempeñó, en tanto clase, un papel puramente antinacional.

En rápida sucesión, se desarrollaron diferentes acontecimientos de importancia: la sustitución de Lersundi por Domingo Dulce (1808-1869); la revitalización del cuerpo de voluntarios, que llenó de sangre y terror las principales poblaciones de Cuba; el decreto

de embargo de bienes a infidentes, que tras-
pasó buena parte de la riqueza cubana a ma-
nos españolas; los intentos de Dulce por
lograr una avenencia reformista con los revo-
lucionarios, fallidos todos; la toma de Bayamo
por los españoles y su incendio por los mam-
bises; la creciente oposición a la dirección uni-
ficada representada por Céspedes y el trasla-
do de los combatientes villareños, desposeídos
de recursos elementales, a la región oriental.
Todo esto apuntaba a una necesidad capital
dentro del sector revolucionario: el estableci-
miento de un Estado nacional insurrecto, que
aportaba la necesaria unidad dentro de las
filas de infidentes. A lograr tal fin se convocó,
los días 10 y 11 de abril de 1869, la Asam-
blea de Guáimaro.

Los delegados a la reunión acordaron la pri-
mera Constitución que establecía la existen-
cia de una República en Armas, la cual divi-
día el mando civil del militar y estructuraba
los poderes, con un ejecutivo maniatado, fis-
calizado por un aparato legislativo todopode-
roso, la Cámara de Representantes, a cuyas
decisiones se sometían los otros poderes. El
Ejército quedó con un general en jefe al fren-
te, Manuel de Quesada (1833-1884), mien-
tras Céspedes asumía la presidencia de la
República y Salvador Cisneros Betancourt
(1828-1914) la de la Cámara. Constitución de-
mocrático-burguesa acorde con los intereses

de Cuba en aquellos momentos, la Carta de Guáimaro dio un paso fundamental en la abolición de la esclavitud: en su artículo 24 se estableció la libertad de todos los habitantes de la Isla. Poco después, sin embargo, los temores presentes aún en ciertos representantes determinaron que la Cámara acordase, a la hora de hacer realidad la abolición, un Reglamento de Libertos, que cortaba la verdadera libertad del negro esclavo, hecho muy debatido entre los sectores más progresistas del mambisado, y que obtuvo el veto del presidente Céspedes. La integración de la Cámara, así como la de los cuatro secretarios de despacho, refleja la heterogeneidad clasista presente en el campo revolucionario, y sería fuente de graves trastornos en el decursar normal de una Revolución nacional-liberadora, ya que el aparato civil quedó exacerbado en sus funciones, por miedo a una hipotética dictadura, en detrimento del sector militar, a todas luces decisivo, en momentos en que lo más importante era expulsar militarmente a España de la Perla de las Antillas.

Entre los poderes ejecutivo y legislativo, las relaciones, necesariamente correctas, quedaron muy agrietadas a raíz de la deposición del jefe del Ejército, Manuel de Quesada, en diciembre de 1869. Quesada, cuñado del Presidente, fue depuesto por la Cámara al pedir este mayores libertades para el aparato mili-

tar, y su cargo, por los temores del legislativo a una dictadura militar, no fue jamás cubierto. Cada general dirigiría el combate en su región, y tomaría las medidas necesarias de la forma en que le pareciese mejor, cuya consecuencia sería el desarrollo de un regionalismo fuerte y de un caudillismo mayor, que el mando civil cameral no estuvo en condiciones de controlar.

La emigración en los Estados Unidos, que debió convertirse en sólido baluarte de los mambises en Cuba, no cumplió sus funciones, desangrada por pugnas internas, recrudecidas por la llegada a Nueva York de Manuel de Quesada, enviado allá con una misión personal del Presidente. Dividida la emigración entre "aldamistas", o seguidores de Miguel Aldama, y "quesadistas", amigos del ex general en jefe, esta no apoyó a sus combatientes en Cuba, obstaculizándose una facción a la otra, en lamentable querrela por el poder, que no pudo resolver ni siquiera el arribo a los Estados Unidos de Francisco Vicente Aguilera (1821-1877), vicepresidente cubano. Las masas emigradas vieron frenados sus deseos de cooperar activamente con la liberación de la Patria, debido a las pugnas que separaban a los sectores dirigentes de la emigración.

Por medio de sus respectivos gobiernos, no pocas naciones latinoamericanas expresaron su solidaridad con la República de Cuba en

Armas, si bien debe tenerse en cuenta, en algunos casos, la lejanía geográfica de Cuba, y en todos, el bajo grado de desarrollo de las fuerzas productivas, por lo cual, el apoyo en armas y recursos bélicos de Latinoamérica fue francamente muy bajo. De manera individual, cientos de latinoamericanos jóvenes, entusiasmados con la idea de expulsar definitivamente al colonialismo español de la Patria común, arribaron a costas cubanas, y no pocos de ellos se convirtieron en grandes figuras de la epopeya. Juan Ríus Rivera (1848-1924), de Puerto Rico, y José Rogelio Castillo (1845-1925), colombiano, quienes alcanzaron los grados de general, ejemplifican la participación continental en la lucha por la independencia antillana.

Contrariamente a la actitud asumida por la gran mayoría de los gobiernos latinoamericanos, el ejecutivo norteamericano, a través de su encargado, Ulises Grant, no sólo no reconoció ni la independencia ni tan siquiera el estado de beligerancia de Cuba, sino que obstaculizó todos los intentos de los revolucionarios cubanos allí emigrados para ayudar a su Patria. Diferentes mensajes y proclamas del ejecutivo estadounidense, dirigidas tanto al Congreso como a la población del país, condenaron el apoyo a la liberación nacional cubana, y a la "utilización" del territorio estadounidense para realizar actos antiespañoles.

Paralelo a esto, a Madrid se le vendían armas, medicinas y recursos varios, necesarios para la guerra, y, sobre todo, se le pasaba información sobre los movimientos anticolonialistas de los emigrados. El gobierno de Grant, vinculado mediante el secretario Hamilton Fish con la legación española en Washington, llevó al fracaso un hermoso plan colombiano, en 1874, consistente en obtener, entre todas las naciones de América, la independencia de Cuba. Mantener la Isla en manos españolas fue la tónica de la administración estadounidense a todo lo largo de aquella década.

Para los revolucionarios cubanos era una tarea de primer orden la extensión de la guerra al occidente insular, región aún no vinculada al combate nacional-liberador. Sin embargo, antes de que la pujanza revolucionaria se hiciese sentir en las zonas cercanas a la plantación esclavista, transcurrieron no pocos hechos de singular importancia, los cuales marcaron los derroteros futuros de la lucha. Entre ellos se encuentran: la definitiva abolición de la esclavitud en diciembre de 1870; la invasión de Guantánamo, llevada a cabo por Máximo Gómez, en 1871; en el propio año, el fusilamiento de los estudiantes de medicina, que mostró la vesania del régimen colonial; la deposición de Carlos Manuel de Céspedes de su cargo de presidente, debida a las disen-

siones internas de la Revolución, en 1873, y, previamente, la muerte de Ignacio Agramonte en Jimaguayú; la muerte de Céspedes en 1874, y, ese mismo año, la captura del general Calixto García (1839-1898) casi agonizante; la realización, por Máximo Gómez, de batallas en la región camagüeyana, tan importantes como: Naranjo, Mojacasabe y Las Guásimas. Sin olvidar que la situación política española continuaba dando muestras de una gran inestabilidad, dada la sucesión vertiginosa de un régimen supuestamente revolucionario, la monarquía del italiano Amadeo de Saboya, y, en 1873, una ficción republicana, que desembocaría en la Restauración, en la persona de Alfonso XII, en 1874, con Antonio Cánovas (1828-1897) como poder tras el trono. Los vaivenes políticos españoles, en no poca medida, facilitaron el sostenimiento de los mambises en los primeros años de la contienda.

Ya comenzado 1875, Máximo Gómez logró, al fin, en su calidad de jefe del Camagüey y Las Villas, iniciar la campaña invasora. Los mambises atravesaron la trocha de Júcaro a Morón y comenzaron con celeridad a combatir en territorio villareño. Con la tea destruyeron una gran cantidad de ingenios y fincas, y avanzaron sin cesar hacia el límite con la región matancera. A pesar de la implacable persecución española, y la falta de recursos

bélicos y de alimentos, los insurrectos lograron hacer tambalear el dominio español en la Isla. Sin embargo, tal hazaña no pudo ser completada. Desde dentro de la Revolución, la invasión sufriría un golpe demoledor.

Antes de comenzar la campaña invasora, Máximo Gómez había pedido refuerzos a la Cámara y a Cisneros, su nuevo presidente. Cuando los mismos debieron concretarse, las tropas orientales seleccionadas para pasar a Las Villas se reunieron en Lagunas de Varona, Oriente, convocadas por figuras muy cercanas al mayor general de Las Tunas, Vicente García (1839-1886). Allí, juntos los amigos de García, los soldados que no querían abandonar su terruño natal, y los deudos de Céspedes, elevaron un pliego a la dirección civil revolucionaria donde se demandaba la salida de Cisneros de la presidencia, la convocatoria a elecciones, la modificación de la Constitución y diversas otras medidas. Estas pueden o no haber sido válidas; de hecho, algunas lo eran. Lo no pertinente viene dado por el momento en que las demandas se hicieron, y la forma sediciosa asumida por el movimiento. El poder ejecutivo, al igual que el legislativo, mostró su debilidad interna al no adoptar una solución radical ante tamaño problema. Y, para resolver la situación creada, no encontró mejor recurso que solicitar de Gómez se entrevis-

tase con el general García. En definitiva, esto se hizo, y Juan Bautista Spotorno (1832-1917) sustituyó a Cisneros, de manera interina. Después se encargó de la presidencia Tomás Estrada Palma (1835-1908), ya en 1876. Lo que sí no se resolvió fue la terrible quiebra de la unidad revolucionaria representada por Lagunas de Varona. Y la parálisis de la invasión, pues al regreso de Gómez a Las Villas la situación de la zona había cambiado por completo.

Desde mucho tiempo atrás, el regionalismo había prendido en importantes sectores de los combatientes villareños, a extremos tales que estos, en octubre de 1876, cuando la situación bélica era altamente compleja y Henry Reeve, *El Inglesito* (1850-1876), había muerto en la vanguardia de Yaguaramas, le pidieron a Gómez, por intermedio de Carlos Roloff, polaco radicado en la zona, que abandonase la dirección de la lucha en el territorio por su condición de extranjero. El expulsado jefe regresó al Camagüey abatido anímicamente, y casi convencido de la imposibilidad de continuar de aquella manera el combate nacional-liberador. Máxime cuando los momentos coincidían con un reforzamiento de la política española en la Isla, merced al nuevo capitán general, Arsenio Martínez Campos.

Este militar, conocido en España como el Pacificador, por haber acabado con los alza-

mientos carlistas y cantonalistas, comenzó rápidamente a implantar un nuevo estilo de guerra, y sustituyó a los oficiales sanguinarios que anteriormente dirigían las demarcaciones cubanas. El sobreseimiento de los bienes embargados; el respeto a la vida de los mambises que se presentasen a los españoles; la entrega de un poco de dinero a los que así lo quisiesen; la eliminación de las deportaciones; el reparto de raciones a mambises famélicos, y, sobre todo, "peinar" exhaustivamente cada zona villareña para reducir al máximo la existencia de insurrectos, le dio un excelente resultado, en momentos en que la Revolución atravesaba un período de gran inestabilidad. Esta trató de ser resuelta por el gobierno insurrecto, quien designó al general Vicente García para hacerse cargo del mando en Las Villas. Sin negarse, dicho militar demoró la ejecución de la orden, y terminó por plasmar, en mayo de 1877, una nueva sedición, ahora en Santa Rita, al regresar a territorio tunero. En estas circunstancias, el combate en la región central casi desapareció, a lo cual debe unirse la crisis del ejecutivo, provocada por la caída en manos españolas de su presidente, don Tomás Estrada Palma. Dispuesta la Cámara a cualquier cosa por salvar los restos de la lucha, designó al propio Vicente García como presidente, después de un breve tiempo de interinatura de Francisco Javier de Céspedes.

Diversos factores se dieron así la mano para llegar a la firma de una paz sin independencia, el 10 de febrero de 1878, en El Zanjón. Al desgaste lógico de casi diez años de combate, se sumaron el poco apoyo en recursos de guerra recibidos del exterior; la falta de unidad entre los combatientes; el inoperante aparato de dirección revolucionaria establecido que trabó, más que hacer viables, las operaciones militares; la falta de un Ejército con un mando central fuerte; y ciertas concepciones prevalecientes en el seno de algunas figuras importantes con posibilidades de decisión, tanto civiles como militares. Todo esto fue excelentemente aprovechado por Martínez Campos. El convenio de El Zanjón, que puso fin a la Guerra de los Diez Años, reconoció la libertad de los esclavos y colonos chinos presentes en las filas mambisas, y declaró lo pactado como válido para todas las regiones de Cuba.

En esto se equivocó el capitán general español. En la zona oriental, los mambises, capitaneados por Antonio Maceo (1845-1896), general mulato de amplísimo prestigio a fines de la guerra, se negaron a aceptar el convenio. En memorable entrevista efectuada en Mangos de Baraguá, en la provincia de Oriente, en marzo de 1878, declararon al jefe ibérico su decisión de continuar el combate, lo cual hicieron poco después. Habiendo establecido un nuevo aparato de gobierno y una

nueva Constitución revolucionaria, los protestantes de Baraguá, aunque no pudieron sostenerse, pues España concentró sobre ellos todas las tropas que antes estaban muy dislocadas, y las condiciones para la guerra no les eran propicias, dieron un hermoso ejemplo de la intransigencia de una nación negada a volver a la dependencia. Libertad y abolición pasaron así a ser ardientes símbolos del pueblo cubano, y la figura de Antonio Maceo devino en la máxima representación de la nación considerada en su conjunto. A mediados del año 1878, se cerraba la primera etapa del movimiento de liberación nacional, excelente experiencia acumulada a lo largo de diez años. Pocos mambises se radicaron en Cuba, volviendo a sus hogares. Una buena mayoría se trasladó a la emigración, en donde se centrarían ahora los desvelos por independizar a Cuba.

El período interguerras (1878-1895)

Si se analiza con detenimiento la situación socio-económica cubana en la década de los ochenta del siglo XIX, llama la atención un hecho incontrastable: el desarrollo del capitalismo en Cuba. Con pocas probabilidades históricas de lograr una sociedad con un desarrollo autóctono, efectivamente independiente, y muchas de seguir una vía que la llevase a constituir un área periférica de los grandes centros del capitalismo mundial, como históricamen-

te sucedió, Cuba vio, en el período estudiado, la materialización de elementos muy firmemente capitalistas, que ya venían gestándose desde tiempo atrás, y se hacen claramente presentes a fines de siglo. Siguiendo la tendencia mundial de aquellos años, la sociedad cubana adquiere perfiles que marcarían la tónica de la próxima centuria, transformando el panorama económico-social antillano.

Un proceso de concentración de la producción similar al que se está efectuando a escala universal capitalista, se pone de manifiesto en Cuba en la segunda mitad del siglo XIX. Las fábricas de azúcar —renglón productivo fundamental, de ahí la importancia en él de este fenómeno— poco eficientes, por no haber podido dar un vuelco tecnológico, desaparecen y ceden su lugar a nuevas fábricas, los centrales, mayores productores de azúcar que los ingenios. Una buena parte de los productores que no transforman sus fábricas, las pierden, y se dedican sólo a sembrar caña para molerla en centrales ajenos, lo cual da lugar al desarrollo del sector social de los colonos, de notable influencia en el nuevo siglo. Aparece así, en la historia de la industria azucarera, la división entre su parte agrícola y su parte industrial. Indisolublemente ligado a lo anterior, el mercado cubano del azúcar se concentra cada vez más en los Estados Unidos, dada la estrechez del mercado español, lo cual se observa en el cuadro número dos.

Cuadro no. 2

Exportaciones cubanas de azúcar, en %

Años	EEUU	España	Inglaterra	Otros
1840	17,16	10,60	9,59	62,25
1860	58,47	7,70	16,66	17,20
1880	81,58	2,90	5,49	10,03
1895	85,83	2,74	0,82	10,61

Fuente: Elaborado a partir de los datos ofrecidos por Manuel Moreno Friginals en su obra *El Ingenio* publicada en La Habana por la Editorial de Ciencias Sociales, 1978, tomo III.

La concentración de las ventas azucareras de Cuba no puede entenderse cabalmente si se desconoce un elemento determinante: los vendedores norteamericanos y los refinadores de azúcar, en largo proceso dado en el decursar del siglo, habían ido dejando de comprar azúcar refino, priorizando el azúcar crudo, sin procesar, con lo que lentamente se produjo una disminución muy fuerte de la refinación de azúcar en Cuba, convertida en mero productor de una materia prima no elaborada. A esto debe sumarse que España, por las contradicciones internas de su desarrollo capitalista, con un mercado interno de muy escaso poder adquisitivo, exigía azúcar refino, poco rentable ya para los productores cubanos. La industria azucarera fue así dependiendo cada vez más del mercado norteamericano y de sus exigencias. Se dio entonces el rarísimo caso de que Cuba estuviese sometida a dos Metrópolis: la tradicional (política), España, y la nueva (económica), los Estados Unidos de América.

Esta nación, siguiendo a Inglaterra, había también empezado a invertir capitales en la Isla, que a fines del siglo alcanzaban un monto cercano a los cincuenta millones de dólares, ubicados preferentemente en el azúcar, por la compra de varios ingenios, transformados luego en centrales, y en la minería. La creación del Trust del Azúcar por Henry Havemeyer, en 1891, remachó las cadenas de

la creciente dependencia, separó más aún a Cuba de España y contribuyó grandemente a crear una mentalidad subordinada en la otrora poderosa burguesía azucarera cubana. Mientras tanto, España elevaba ciertos aranceles a productos básicos antillanos, que no encontraban su realización económica imprescindible en el mercado ibérico, lo cual dificultó cada vez más la complementación entre las economías de Cuba y de la Península.

Vinculado, por lógica, al desarrollo del capitalismo, se encuentra el problema de la fuerza de trabajo. La necesidad de la abolición de la esclavitud se había hecho presente desde tiempo atrás. En 1880, no sin arduas consultas con los propietarios, Madrid había establecido la Ley del Patronato, que prolongaba la institución ocho años más. Esta no llegó a cumplirse, pues la abolición definitiva fue promulgada en 1886, con mecanismos para garantizar la mano de obra a los propietarios. Los negros, recién liberados, como es natural, engrosaron las filas de los jornaleros agrícolas, con lo que el proletariado rural obtuvo un tremendo refuerzo. Sin embargo, la escasez de fuerza de trabajo hizo fluctuar bastante el salario de una a otra región, y el nuevo siglo debió resolver dicha escasez, lo cual traería la renovación de un viejo problema social —la importación de extran-

jeros como mano de obra— en los marcos del recién creado Estado nacional.

Entre los elementos que muestran la endeblez de la economía cubana y su creciente dependencia de Norteamérica, se encuentra el hecho de que los grupos político-económicos existentes solicitan de España la firma de un tratado de reciprocidad comercial con los Estados Unidos, que garantice el mercado de esta nación. España, dentro de los límites de su política económica, trató de hacerlo, pero tal tratado nunca fue ratificado. Ya en 1890, cuando la sociedad norteamericana era lo suficientemente fuerte, la presión sobre las naciones del hemisferio para convertirlas, cada vez más, en productoras de materias primas, se hizo presente en el *Bill Mc Kinley*⁹ y en su corolario, la Enmienda Aldrich, de 1890, que marginaba del mercado estadounidense a las regiones que no “reciprocasen” a los Estados Unidos con la apertura de sus mercados a los productos industriales altamente elaborados de esta nación. La tozudez española en no rebajar algunos aranceles a los productos nortños, trajo el surgimiento en Cuba del Movimiento Económico, agrupación de intereses isleños y españoles, en función de la defensa de “su” producción y del mercado. Aun cuando este movimiento no lograra todos sus objetivos, queda como una prueba válida del mecanismo de dependencia foránea existente en la economía cubana.

Al calor de las libertades que Martínez Campos había estipulado en el convenio de El Zanjón comenzó, desde mediados de 1878, un intento de creación de agrupaciones políticas que devendrían en partidos. Múltiples fueron los grupos emergentes que terminaron, en su inmensa mayoría, polarizándose en dos grandes partidos: el Unión Constitucional y el Liberal Autonomista. El primero respondía, sin que esto sea nada más que un intento de ubicación clasista con todo el riesgo que ello implica, a los intereses de los grandes comerciantes y productores españoles, que habían logrado efectuar, o ya lo estaban logrando, un vuelco tecnológico en sus fábricas. La más férrea intransigencia política lo caracterizaría, y la defensa de un estado de "asimilación" entre Cuba y España.

El Partido Liberal, compuesto por miembros más débiles de la burguesía, comerciantes y vendedores de y para el mercado interno, y un gran grupo de intelectuales, se abrogó la representación de los intereses nacionales, considerados en su conjunto, dada la gran mayoría de su membresía, nacida en Cuba. Sus grandes figuras, ya que no productores de primer rango, sí lo eran como profesionales. José María Gálvez (1835-1906), José Antonio Cortina (1853-1884), Miguel Figueroa (1851-1893), Rafael Montoro (1852-1933), entre otros, eran hombres de muy sólida for-

mación académica, a quienes no se les escapaban las dificultades de su proyecto político, la autonomía, por el cual batallarían durante veinte años. Dicho proyecto, complementado con una efectiva visión de las posibilidades económicas futuras de Cuba, no resolvía en detalles los problemas capitales de la realidad insular, pero sumaba elementos razonables para mejorarla. Amparado en el deterioro y desgaste del independentismo dentro de Cuba, el autonomismo sumó prosélitos durante algunos años, y se convirtió en una fuerza política "de gabinete", que constantemente señalaba, en razón de su prédica, las lacras del sistema colonial. Esto no quiere decir que se luchase por romper abruptamente con la secular dependencia de España. Antes bien, los cambios radicales eran repudiados por los autonomistas. Se pretendía perfeccionar el *statu quo*, replanteándolo sobre nuevas bases, que se vislumbraban convenientes tanto para Cuba como para España.

Madrid no supo —o no quiso— aprovechar cabalmente lo que representaba el autonomismo: la posposición de la verdadera Revolución. Y dio siempre su apoyo a los integristas, facilitando los fraudes electorales, readecuando leyes para favorecerlos y obstaculizando la propaganda de los autonomistas, quienes fueron marginados del aparato de gobierno insular durante dos décadas. Poco a poco, en la

misma medida en que el independentismo se fue haciendo más fuerte, y la próxima guerra anticolonial iba perfilándose, el autonomismo iba perdiendo sus seguidores, aparte del desencanto con que todo hombre digno debía contemplar los desplantes infligidos en las Cortes, tanto por el grupo conservador de Cánovas, como por los seguidores supuestamente liberales de Sagasta, amén de los oscilantes sectores políticos intermedios. Tampoco pudo el autonomismo ganar la batalla de la aplicación de reformas, por la inconsistencia de la política exterior española, manifestada en torno al plan reformista de Antonio Maura (1893). En alguna medida, la estructura autonomista, vale decir, los comités municipales y de barrios, fueron usados por el independentismo para la organización de una verdadera transformación social.

Los independentistas cubanos no descansaron durante el período. Poco después de terminada la Guerra de los Diez Años, empezó a organizarse lo que vendría a llamarse Guerra Chiquita (1879 y 1880), siguiendo pautas similares a las del movimiento anterior. Por medio de clubes no vertebrados horizontalmente, con un centro superior en Nueva York dirigido por el general Calixto García, y con alzamientos no coordinados en la Isla, la nueva guerra se desgastó por la falta de recursos, el agotamiento del país, y las

contradicciones que animaron a sus principales jefes, Calixto García y Antonio Maceo. A pesar de que muchos hombres se fueron a la manigua, el apoyo dado a España por el Partido Autonomista, propalando la falacia de que la guerra era en verdad un movimiento de negros contra blancos, a más de las desavenencias internas, este intento revolucionario no trajo la independencia, pero representó un gran paso de avance dentro del movimiento nacional-liberador: en él estrenó su futuro liderazgo José Martí.

Tampoco culminaron con éxito los intentos de expediciones aisladas de los años ochenta, que pretendían traer desde fuera la ansiada libertad, por figuras de algún relieve, como Carlos Agüero, Limbano Sánchez y Ramón Leocadio Bonachea. No pudo triunfar siquiera el plan más sólido del período, conocido como Plan Gómez, concebido entre los años 1884 y 1886. El independentismo no había aprendido aún a hacer un estudio suficiente de las condiciones objetivas y subjetivas que pueden impulsar o frenar una revolución, y mantenía gravísimos problemas de falta de unidad entre sus componentes, lo que fue la tónica de la Revolución del 68. Correspondería a un hombre aún joven, no desgastado en pugnas previas, priorizar la unidad revolucionaria, establecer sobre nuevas bases la actuación independentista, y dotar al movimien-

to de un cuerpo ideológico electivo electivamente radical. Este hombre —José Martí Pérez— conseguiría materializar el anhelo de casi veinte años de los anticolonialistas antillanos: hacer viable una nueva revolución.

José Martí y la Revolución de 1895

La nueva etapa del movimiento de liberación nacional cubano partió de dos diferencias capitales, en relación con momentos anteriores: un sustancial programa de transformaciones económico-sociales que subvirtieran el régimen colonial, y dieran paso a un desarrollo nacional autóctono; y un proceso de organización de varios años. El programa revolucionario, estructurado y animado por Martí, tomó cuerpo en la creación, dentro de los emigrados, del Partido Revolucionario Cubano, proclamado el 10 de abril de 1892. Por medio del mismo, y del periódico *Patria*, Martí desplegó una extraordinaria labor de divulgación de los contenidos del cambio social que se pretendía; a su vez, usaba ambos para restablecer y afianzar la unidad revolucionaria en torno al proyecto independentista que él, en su calidad de Delegado del PRC, centraba.

Septiembre de 1892 marcó un hito en el proceso de creación de la unidad dentro de los futuros insurrectos; este mes, en Santo Domingo, Martí visitó a Máximo Gómez, y obtuvo del viejo general, “sin temor de negativa”,

...acepción del cargo de general en jefe del Ejército Libertador de Cuba. De acuerdo ambos, la organización revolucionaria marcharía con firmeza hacia la unidad definitiva. Poco a poco, figuras imprescindibles de la lucha anticolonial se irían sumando al proyecto martiano, tales como los generales Antonio y José Maceo (1849-1896), y Flor Crombet (1851-1895), quienes se sumarían a los ya integrados desde mucho tiempo atrás, como Serafín Sánchez (1846-1896), Carlos Roloff y José Rogelio Castillo. Las concepciones martianas no representan la reedición de un civilismo estilo "68", por el contrario, José Martí y su proyecto constituyen la superación histórica de los elementos de corte civil o militar que tanto daño le hicieron al independentismo antillano; la proyección de un ideario de corte latinoamericanista, que superara las barreras nacionales, concebido en función de las masas trabajadoras (aunque no excluyese a otros sectores sociales) y pretendiese encontrar fórmulas propias para resolver los múltiples problemas continentales; que se plantease una Revolución efectiva dentro de las estructuras socio-económicas cubanas; y que hubiese previsto, y consecuentemente combatido, el naciente imperialismo norteamericano y sus ansias de expansión "por sobre nuestras tierras de América". Es, en tanto proyecto, la eliminación definitiva

de un civilismo y de un militarismo obsoletos históricamente.

De haberse podido lograr, la Revolución hubiese arrancado en el segundo semestre de 1894, pero diversos factores lo impidieron. La misma comenzó el 24 de febrero de 1895, con diferentes alzamientos fundamentalmente en la zona oriental del país, y sus principales jefes, en los inicios, fueron los generales Guillermo Moncada (1838-1895) y Bartolomé Masó (1830-1907). Previamente, la concepción de Martí (el Plan de Fernandina), consistente en la conjunción de factores internos (alzamientos provinciales), sumados a factores externos (expediciones que los apoyaran, tres en total), no había podido materializarse, dada la indiscreción de un militar mambí, que trajo como consecuencia la incautación de las expediciones por las autoridades norteamericanas. El Delegado del PRC, con lúcida valoración del minuto que se vivía, cursó la orden de alzamiento y se trasladó a Santo Domingo para reunirse con el General en Jefe.

Ambos firmaron, el 25 de marzo de 1895, el *Manifiesto de Montecristi*, documento importantísimo para entender la Revolución. Después de esfuerzos agónicos, lograron desembarcar en Cuba, en abril, por Playitas de Cajobabo. Previamente, el general Antonio Maceo, quien había salido de Costa Rica en la expedición encabezada por Flor Crombet,

había desembarcado por Duaba, Oriente, y asumido el mando de la región oriental, hasta entonces dirigida por Bartolomé Masó, debido a la muerte por enfermedad de Guillermo Moncada. Una vez en territorio cubano los jefes principales, estos comenzaron a emitir disposiciones normadoras de la vida y el combate en la manigua; de entre ellas, vale señalar la prohibición de la molienda azucarera y el otorgamiento a Martí de los grados de mayor general. Para empeños superiores futuros, se imponía una reunión coordinadora entre José Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo.

Tal reunión tuvo lugar el 5 de mayo, en la finca La Mejorana. Los criterios sostenidos —Martí y Gómez por un lado, Maceo por otro— versaron, en difícil entrevista, sobre la organización civil futura de la Revolución y, posiblemente, sobre un proyecto invasor. De allí salieron los tres jefes dispuestos plenamente a continuar dando a la lucha las “formas viables” que preconizara Martí. Sin embargo, pocos días después, el 19 de mayo, la lucha anticolonial sufriría un golpe demoledor: José Martí caería en su primera carga, en la zona de Dos Ríos. Con él desapareció del escenario militar el más grande ideólogo popular del siglo XIX en Latinoamérica. Y Gómez y Maceo, de mutuo acuerdo, se crecerían ante tal adversidad. El segundo se encargaría de poner

en pie de guerra a todo Oriente, librando las importantes batallas de Jobito, Peralejo y Sao del Indio, mientras Gómez pasaría al Camagüey, región donde apenas había alzados, a reafirmar allí la lucha liberadora. Apoyado por el viejo mambí Salvador Cisneros, Gómez desplegó su campaña circular en torno a la cabecera provincial, fogueando a los jóvenes que se incorporaban y preparándolos para empeños superiores. Pocas semanas después, la expedición de Serafín Sánchez y Carlos Roloff, desembarcada por el sur de Las Villas, consolidaba, al decir del jefe máximo, la lucha liberadora. La próxima tarea de envergadura sería entonces la creación de un gobierno civil en la manigua.

La Asamblea, celebrada en el mes de septiembre en la zona de Jimaguayú, el Camagüey, acordó la Constitución de este nombre, no sin antes suscitar profundas discusiones entre criterios tendentes a la priorización del factor militar, y opiniones que abogaban por un equilibrio justo entre ambos poderes. En definitiva, la experiencia histórica previa se puso de manifiesto, y la Constitución dejó relativamente libre al aparato militar. Se estableció, como máximo cuerpo de dirección revolucionaria, un Consejo de Gobierno compuesto por seis personas, que aunaban funciones ejecutivas y legislativas. Presidente del mismo fue seleccionado Salvador Cisneros,

con Bartolomé Masó como vice, y Máximo Gómez y Antonio Maceo fueron ratificados en sus cargos por la Asamblea. Como algo importante debe señalarse que Tomás Estrada Palma, sustituto de Martí en la delegación del PRC, fue designado ministro extraordinario y plenipotenciario del Consejo de Gobierno en el exterior, con lo cual se abrió la posibilidad de una doble actuación de esta figura, en función de sus conveniencias e intereses.

Ya creada oficialmente la República de Cuba en Armas, el próximo paso fue acelerar los preparativos de la invasión a Occidente, que comenzaría por Mangos de Baraguá, en Oriente, de manera simbólica. Máximo Gómez operaría como jefe supremo, con Maceo de segundo. La invasión constituyó una de las campañas militares más brillantes que se hayan dado en América. Unos cuantos cientos de mambises mal armados y peor alimentados se enfrentaron, en un reducidísimo espacio geográfico, a un Ejército con elevada capacidad combativa, bien provisto; en sólo tres meses, los insurrectos cubanos recorrieron más de mil kilómetros, en agotadoras marchas, a veces de ochenta kilómetros en un día. Iguará, Mal Tiempo, Coliseo, Calimete, el Lazo de la Invasión, marcan jalones de victorias mambisas. Los cubanos llegaron a la provincia de La Habana en enero de 1896, y los jefes supremos decidieron que Maceo culmi-

ase la campaña, invadiendo Pinar del Río, mientras Gómez distraía tropas enemigas en la provincia de la capital. El 22 de enero se firmaba en Mantua, en el extremo del occidente cubano, el acta de culminación de la esforzada empresa.

España, mediante su capitán general, Martínez Campos, comprendió que la guerra podía perderse velozmente si no se aplicaban medidas extremas. Para ello se sustituyó al antiguo Pacificador, y sus funciones las asumió Valeriano Weyler y Nicolau (España, 1838-1930), sanguinario militar que ya había estado en Cuba en la guerra anterior. Representante de los más retrógrados intereses españoles, Weyler aplicó una política genocida llamada "de reconcentración", con la pretensión de eliminar el apoyo del campesinado a los mambises, concentrando a los habitantes rurales en zonas urbanas. De más está decir que estos campesinos carecieron, en los lugares donde fueron reunidos, de las cosas más elementales; sólo se les repartía un poco de alimento una vez al día, conocido como "sopa", gracias a la caridad de las autoridades locales. La mortalidad general, y la infantil, llegaron a cifras pavorosas en el bienio 96-97. Datos extremos hacen ascender las muertes a la cifra de doscientas mil personas; otros, más objetivos, las sitúan alrededor de ciento cincuenta mil. Sea como fuere, ningún otro país

de Latinoamérica debió pagar semejante cifra de civiles como precio por la expulsión del colonialismo de su territorio. A pesar de esto, la guerra no se detuvo. La decisión de hacer la Patria libre se impuso a la política de la reconcentración.

Es incuestionable que la culminación de la campaña invasora, y no ceder ante la política weyleriana, deben ser considerados como grandes victorias del mambisado, pero estas no se lograron de manera sencilla; muchos hombres entregaron sus vidas por hacerlas realidad. Aparte de la gran masa de combatientes desaparecidos, la Revolución perdió, entre 1895 y 1896, descontando a Martí, una buena parte de sus mejores generales. Entre ellos se encuentran: Guillermo Moncada, Flor Crombet, Paquito Borrero, Juan Bruno Zayas, José María Aguirre, José Maceo, y dos figuras de excepción, Serafín Sánchez, y el lugarteniente general Antonio Maceo, caído en San Pedro, provincia de La Habana, en diciembre de 1896. Tal mutilación en su oficialidad, cuya antigüedad combativa alcanzaba en la mayoría de ellos más de dos décadas, hizo exclamar a Máximo Gómez: "¡Me he quedado solo!" Y lo obligaría a crecerse para demostrar la pujanza de la Revolución. La lucha facilitó el desarrollo, en algunos casos, y el surgimiento, en otros, de nuevas figuras capaces, militarmente hablando, de sustituir

a los caídos. Tal fue el caso de los generales José Miguel Gómez (1858-1921), Mario García Menocal (1866-1941) y Gerardo Machado y Morales (1871-1939), de competencia militar probada, y, sin embargo, devenidos en testaferreros del imperialismo norteamericano en el siglo xx.

Dentro de la Revolución se presentaron graves desavenencias entre el Consejo de Gobierno y el General en Jefe. El órgano civil no era homogéneo en su composición, y diversos intereses de clase se hallaban presentes en su actuación cotidiana. Con el decursar de los meses, el Consejo de Gobierno comenzó a tratar de intervenir en las operaciones militares; a otorgar grados sin que estos hubiesen sido propuestos en la forma y por la autoridad debida; a autorizar el comercio con el enemigo, y, sobre todo, a permitir la mollienda de algunos centrales en cumplimiento de ciertos compromisos adquiridos por Estrada Palma con la burguesía azucarera emigrada. Todo lo descrito provocó graves fricciones con Máximo Gómez, acusado por el aparato civil de interferir el "normal" desarrollo de la República en Armas. El General en Jefe se encontraba dispuesto a presentar su renuncia, para lo cual se trasladó a la zona central, donde radicaba el aparato civil. Encrespadas al máximo las relaciones, tanto el Consejo como el Generalísimo tuvie-

ron la estatura patriótica de deponer actitudes extremas en aras de la unidad revolucionaria, en cuanto se conoció la noticia de la caída de Maceo, y de la muerte, junto a él, del hijo de Gómez, Panchito. Suavizadas las tensiones, no desaparecidas, ambos poderes, militar y civil, pudieron operar de manera mancomunada. Sin embargo, ciertos elementos procedentes del sector autonomista, aprovechando la campaña invasora ya terminada, con sus éxitos consiguientes, continuaron introduciéndose en las filas de la Revolución y la permearon de sus ideas, en consonancia con una estrategia de supervivencia clasista que a la larga daría buenos resultados.

Muerto Maceo, Calixto García, jefe de Oriente, ascendió a lugarteniente general del Ejército Libertador. Sus campañas en la región señalada y su capacidad militar en la utilización de la artillería lo harían famoso. Máximo Gómez, decidido a rendir a España (a desgastarla, como él decía), ubicó su campamento en la zona de La Reforma, entre Las Villas y Camagüey, y se echó encima cuarenta mil soldados españoles, que perseguían durante el caluroso día cubano a un soldado mambí siempre huidizo, que no los dejaba dormir de noche, tiroteando sus campamentos. Esta guerra de desgaste, al cabo de varias semanas, rindió sus frutos: decenas de miles de soldados ibéricos debieron ser hospitalizados,

abandonando la lucha. Los meses de junio, julio y agosto, según el viejo General en Jefe de los mambises, serían "sus mejores generales".

Para entender en toda su dimensión el fenómeno del 95, debe tenerse muy en cuenta el tradicional interés de los gobiernos norteamericanos hacia la isla de Cuba. Como política habitual, en espera del momento preciso, los círculos de poder estadounidenses habían preferido la permanencia de Cuba en manos de España, antes que una independencia antillana, la cual podía llevar a la antigua colonia hacia la órbita de la influencia británica. Empero, la correlación de fuerzas dentro el capitalismo mundial, expresado en las fuertes contradicciones existentes en Europa entre los colonialismos del Viejo Mundo, desató las manos a los Estados Unidos, en relación con el "problema cubano". Desde 1896, lenta, constantemente, el gobierno de Grover Cleveland (1893-1897) comenzó a presionar a España para que acabase la guerra de Cuba, en la seguridad de que esta no tenía cómo hacerlo. Su sucesor, William Mc Kinley, aumentó las exigencias a Madrid, ahora con el pretexto de la inhumanidad representada por la reconcentración. La prensa amarilla norteamericana, en impetuoso desarrollo, aprovechó la guerra anticolonial cubana para aumentar sus tiradas, e inventó noticias de guerra, entrevistas y partes militares jamás existentes, apoyán-

dose en el lógico sentimiento de solidaridad del pueblo norteamericano, muy favorable a la independencia nacional cubana.

A esto debe sumarse que la delegación del PRC, encabezada por Estrada Palma, hizo dejación de los principios fundamentales de dicho partido, y auspició el cese de la lucha mediante una intervención militar estadounidense (o la compra de la Isla) para garantizar los intereses de clase de la burguesía emigrada, aun cuando semejante proceder trajese consigo la merma de las conquistas populares que el ideario de la Revolución martiana implicaba. Aumentadas las presiones sobre España, esta terminó, en apariencia, con la reconcentración, y sustituyó a Weyler por Ramón Blanco (1898), para que el nuevo capitán general aplicase un régimen de gobierno autonómico.

En las condiciones históricas de 1897-1898, la aplicación de la autonomía no representaba una solución efectiva a los problemas socio-económicos cubanos. El mismo Partido Liberal, si bien se sumó a la idea, tuvo fuertes discusiones en su interior, por lo menudado de las funciones autonómicas. Los combatientes mambises, como era de esperar, la repudiaron de manera mayoritaria. El General en Jefe declaró que seguiría la lucha y con él todos sus altos oficiales. La autonomía se hizo realidad en 1898, al tomar posesión

de sus cargos los siete funcionarios electos según el Real Decreto de noviembre del año anterior. Oportunamente, en marzo, habría elecciones para el Parlamento que se establecía, compuesto por dos Cámaras. Si en épocas normales España no permitía la interferencia de cubanos en la toma de decisiones sobre la gobernación de la colonia, puede comprenderse que, en medio de una cruenta guerra, la autonomía operaba como una mera ficción. Una ventaja inicial sí tuvo para Madrid: silenciar durante algunos días al gobierno norteamericano.

Poco duró el silencio. Las propias diferencias internas dentro de los diversos grupos colonialistas hicieron que los integristas recalcitrantes, y los voluntarios con ellos relacionados, recorriesen las calles de La Habana en demanda del cese del nuevo régimen, y vitoreando a Weyler. Esta manifestación no hubiese tenido la menor trascendencia, si no fuese por el interés de los Estados Unidos de resolver a su favor la lucha nacional-liberadora antillana. El cónsul de dicha nación en La Habana, cablegrafió a su gobierno magnificando los acontecimientos y expresando su temor "por las vidas" de los norteamericanos residentes en la capital cubana. Los mismos españoles intransigentes facilitaron la intervención de los Estados Unidos en la contienda cubano-española.

El gobierno del Norte envió a La Habana al acorazado *Maine*, según las sugerencias de su cónsul. De manera muy discutida aún hoy, el *Maine* explotó en la bahía habanera en febrero del 98, sin que los gobiernos implicados se pusiesen de acuerdo sobre la causa de la explosión. Venganza española, dirían los estadounidenses; pretexto para intervenir, sería la versión ibérica. Ante la campaña feroz de demostrar a España quiénes eran los Estados Unidos, con las manos expeditas ya, Mc Kinley solicitó del Congreso el permiso necesario para declarar la guerra, no sin antes reeditar un intento fallido de compra, en cabildeos diplomáticos. Después de múltiples gestiones de todo tipo, en las que los representantes cubanos en el exterior no fueron ajenos, tanto la Cámara de Representantes como el Senado aprobaron, el 20 de abril, la Resolución Conjunta, importante documento que reconocía la independencia de Cuba y declaraba al mundo que los Estados Unidos, una vez pacificada, devolverían la Isla a sus legítimos dueños, los cubanos, sin interés de anexársela. Para el futuro mediato, tal Resolución serviría de valladar a los intereses expansionistas de los Estados Unidos. Pero en su momento demostró las contradicciones internas del Congreso norteamericano, y la labor corrupta de la delegación cubana en Nueva York, muy lejana ya de los honestos principios de la Revolución martiana.

La guerra hispano-norteamericana, desarrollada entre un colonialismo moribundo y un potente neocolonialismo emergente, tuvo lugar entre mayo y agosto de 1898. España, por sus contradicciones internas, se vio obligada a aceptarla, para evitar una terrible crisis gubernamental. En otro orden de cosas, el orgullo español prefería rendirse ante los Estados Unidos y no ante los revolucionarios cubanos. Norteamérica, por el contrario, jugaba con todas las posibilidades a su favor. Con el final conocido de antemano, la escuadra norteamericana hundió, en lo que se ha dado en llamar Batalla Naval de Santiago de Cuba, los restos de lo que muchas décadas atrás fuera la gloriosa Marina española. Esta batalla decidió los acontecimientos y permitió a los Estados Unidos obtener la isla de Cuba, la de Puerto Rico, y el asiático archipiélago de Filipinas.

Tradicional política norteamericana, los órganos de dirección del pueblo cubano, el Consejo de Gobierno y el Ejército Libertador fueron ignorados desde antes del desembarco. El gobierno del Norte no quiso comprometerse con un reconocimiento que podía serle adverso en el futuro. El General en Jefe de los mambises fue marginado de los acontecimientos. Pero el Consejo de Gobierno —presidido ahora por Bartolomé Masó después de las elecciones de noviembre de 1897, a raíz

de la promulgación de la nueva Constitución, llamada de La Yaya— orientó con viveza a los generales que operaban en Oriente no abandonar el teatro de operaciones y mantenerse junto a los norteamericanos, lo cual permitió a los combatientes mambises seguir batallando por la independencia nacional hasta los últimos momentos. Calixto García, de capacidad militar poco común, fue el factor principal en la organización, preparación y toma de la ciudad de Santiago de Cuba, a pesar de los criterios adversos de los militares estadounidenses, quienes no estimaban posible un hecho bélico de tal naturaleza. La experiencia guerrillera de Calixto sustituyó la carencia de un efectivo fogueo militar por parte de la tropa invasora. Como premio, recibió una vejación extraordinaria: el gobierno norteamericano orientó al alto mando destacado en Cuba, impedir la entrada en Santiago de los triunfadores combatientes cubanos, con ofensivos pretextos, lo que motivó una dignísima carta del general García. Rápidamente, había comenzado el naciente imperialismo a demostrar sus verdaderos intereses en relación con Cuba.

Mucho daño hizo al pueblo cubano el bloqueo naval implantado por los Estados Unidos; y mucho daño hizo también el cese al fuego, firmado en agosto del 98; a partir de este, toda incautación de recursos alimentari-

cios para las tropas efectuado por los mambises pasaba a ser considerada como un robo. Mientras los ocupantes, apoyando "al más débil contra el más fuerte", según rezaban las instrucciones del gobierno de Washington, repartían alimentos entre los soldados españoles. Los dirigentes cubanos, en cumplimiento de lo estipulado por la Constitución de La Yaya, disolvieron el Consejo de Gobierno y convocaron a elecciones en octubre, de las que salió un nuevo órgano, con plenos poderes. llamado Asamblea de Santa Cruz del Sur, que se trasladaría a Marianao, y luego al Cerro, ya entrado el año 1899.

Sin la presencia de los representantes del pueblo cubano, el 10 de diciembre de 1898 se firmó en París el Tratado de Paz entre España y los Estados Unidos de América, el cual ponía fin a la guerra. Comenzaba un incierto período de la historia nacional, sin que la Isla fuese, al decir del generalísimo Máximo Gómez, "ni libre ni independiente todavía". El peligro real de la anexión y la posible pérdida de la identidad nacional, eran de todo punto evidentes. Atrás quedaba una historia plagada de tropiezos, tanteos, búsquedas del ser nacional, y la hermosa y definitiva floración de la nación cubana. Quedaba también atrás una relación colonial de cuatro siglos que, en vez de impulsar el desarrollo antillano, se había convertido en su freno; y, como

herencia, una sociedad diezmada, famélica, con una estructura socio-económica deformada, caracterizada por la monoproducción, la monoexportación y el monomercado, cuya solución se mantendría pendiente. La nueva etapa histórica tendría que darles adecuada respuesta, deuda insoslayable con un mambisado heroico. Afortunadamente, un hermoso legado histórico quedaría en pie: el fracaso de la plasmación concreta del ideal nacional-liberador no implicó la desaparición de un cuerpo ideológico; por el contrario, la incierta situación política nacional vendría a reforzarlo. El pueblo de Cuba entraría en la primera intervención norteamericana, a partir de enero de 1899, con un patrimonio histórico e ideológico que impediría su absorción por los ocupantes foráneos, a pesar de los denodados esfuerzos hechos por los norteamericanos con tal fin. La batalla por la definitiva independencia nacional, y la asunción plena de la soberanía que soñaron cuatro generaciones de cubanos, desde Félix Varela hasta José Martí, no estaba de ningún modo perdida. Se hallaba, simplemente, pospuesta.

Notas

El ható era una cantidad de tierra, de forma circular, que otorgaba el Cabildo a particulares para la cría de ganado mayor, con una extensión de dos leguas a la redonda.

Este es un término utilizado en la época para designar el comercio de contrabando.

Gaspar Melchor Jovellanos (1744-1811), jurista y enciclopedista español que presidió la Junta Central creada contra José Bonaparte durante la invasión francesa.

Francisco Pi y Margall (1824-1901), político español, presidente de la Primera República (1873).

Narciso López, general español, nacido en Venezuela, en 1798. Hecho prisionero en su última expedición a Cuba, en 1850, fue ejecutado ese mismo año.

Fue la primera Constitución aprobada en la historia de España, el 19 de marzo de 1812.

En estos años España incrementó los intentos de reconquistar sus antiguas posesiones en América, lo que provocó diversos conflictos en las nuevas repúblicas.

Por la división territorial-administrativa del momento, Cuba se encontraba organizada en dos departamentos: Occidental y Oriental, y

treinta y dos jurisdicciones que integraban los mismos. Caonao pertenecía a la jurisdicción de Puerto Príncipe, departamento Occidental.

- ⁹ Ley que protegía el mercado norteamericano para los productos de su industria, mediante el alza de los aranceles a los productos de importación. Por otro lado, abarataba la entrada de materias primas para su industria, por ejemplo, el azúcar crudo y el tabaco en rama.

Segunda parte

La República (1899-1959)

Doctora Francisca López Civeira

La República: nacimiento, consolidación y deterioro (1899-1925)

Los acontecimientos que pusieron fin a la Guerra de Independencia de Cuba en 1898, abrieron el siglo xx cubano en sus líneas fundamentales y, especialmente, en lo que había sido, y sería, el problema definitorio: la existencia de la nación cubana misma y la creación del Estado nacional independiente.

Con el tratado de paz firmado en París, comenzaría para Cuba un proceso que la convertiría en neocolonia de los Estados Unidos, y, por tanto, condicionaría el accionar de los factores sociales internos. Las distintas clases y grupos sociales, los elementos todos de la sociedad, aunque con una dinámica interna propia, debían actuar en las condiciones de dependencia impuestas por el sistema de dominación, así como el modelo que lo acompañó. Tales circunstancias generaron muy diversas actitudes en la defensa o no de la nación cubana y, por consiguiente, en la postura ante esa dependencia. Las respuestas ante la nueva situación histórica estarían en correspondencia con el lugar que se ocupara

dentro del sistema y la estructura generada por este, aunque también se debe considerar la incidencia del grado de comprensión y maduración de las fuerzas nacionales, que debían reordenarse para asumir el problema desde la perspectiva de la nueva época histórica.

Entre 1899 y 1925, aproximadamente, puede situarse el proceso que dio lugar al nacimiento de la República —con todas sus mutilaciones desde el origen—, su consolidación y los primeros síntomas de su crisis, y, junto a ello, la estructuración del sistema de dominio neocolonial, el cual atravesaría por igual curso histórico.

• La ocupación militar norteamericana (1899-1902)

El primero de enero de 1899 comenzó oficialmente la ocupación militar de Cuba por los Estados Unidos, luego de una evacuación acelerada de las fuerzas españolas de la Isla y el traspaso de toda la propiedad inmobiliaria de la Metrópoli española al gobierno interventor. Comenzaba entonces, quizás, la etapa más compleja para la historia de Cuba hasta aquel momento. El colonialismo español había sido derrotado, España salía de Cuba, pero esta no accedía a la vida independiente.

La Revolución cubana había logrado la derrota española, pero no tomaba el poder. Las fuerzas que habían intervenido, bajo la advocación

de la Resolución Conjunta, pasaban a ocupar militarmente el territorio nacional, creando una situación colmada de imprecisiones y confusión en cuanto al presente y al futuro. Obviamente, esto generaba un estado de incertidumbre dentro de la sociedad cubana, debatida entre los diversos propósitos y proyectos emanados de sus distintos grupos sociales y políticos, y los pronunciamientos y actos del gobierno de los Estados Unidos y sus representantes en Cuba, así como la posición de los distintos grupos económicos norteamericanos, también con muy diversos intereses en relación con la Isla.

En medio de tan complicada coyuntura, se desarrolló la acción del gobierno de ocupación militar, encabezado, primero, por el general John R. Brooke y, a partir de diciembre de 1899, por el general Leonard Wood, hasta entonces gobernador de Santiago de Cuba. El gobierno militar norteamericano mantuvo vigente la legislación española, aunque le fue introduciendo algunas modificaciones mediante órdenes militares dictadas al efecto.

En los Estados Unidos se debatían muy variados criterios acerca de la política a seguir por Cuba. En los momentos en que el país norteamericano había entrado en el reparto colonial del mundo, a partir de los resultados de la guerra con España, parecía obvio que se buscara el dominio absoluto sobre Cuba como la

forma más fácil y cómoda de dominación; sin embargo, no había verdadero consenso en esto. Si bien algunos grupos económicos empujaban en favor de la anexión, destacándose en ello el Trust del Azúcar, otros se oponían resueltamente por el daño que podía causarles, encabezados por los productores de azúcar de remolacha.

Además del debate en el seno de los intereses industriales, agrícolas y comerciales, también habían voces que expresaban diversas posturas, como las expansionistas, los criterios despectivos respecto a los cubanos y las simpatías aún existentes hacia la independencia de Cuba. De manera que, en términos generales, se planteaba: la anexión como objetivo inmediato; o la anexión a largo plazo, cuando las condiciones fueran creadas para ello; o la adopción de otras formas de dominio, a semejanza de la política colonial inglesa; o el reconocimiento de la independencia. Estas posiciones tenían, a su vez, múltiples matices que las diferenciaban. Sin embargo, en el gobierno de la Isla prevaleció la posición anexionista, especialmente a través de Leonard Wood.

Para quienes definían la política en los Estados Unidos, no había duda en cuanto a que Cuba debía quedar bajo su dominio, pero la forma estaba por determinarse. Esta fue, por tanto, la base de la labor del gobierno de ocupación militar. A ello respondió la obra de

anamiento acometida en el país, así como el trabajo educativo, en los cuales se emprendieron reformas importantes y la preparación de personal calificado. De igual manera se emplieron órdenes militares que facilitaban, de manera directa, la inversión de capital norteamericano en Cuba. Sirvan de ejemplo la Orden Militar no. 34 o Ley de Ferrocarriles, y la Orden no. 62, sobre el deslinde y división de haciendas, hatos y corrales, entre otras, las cuales favorecían la creación de la infraestructura necesaria, así como la adquisición de tierras para la industria azucarera.

El presidente de los Estados Unidos, William McKinley, lo había definido en su mensaje al Congreso de 5 de diciembre de 1899:

La nueva Cuba, al levantarse de las cenizas del pasado, necesita estar sujeta a nosotros por lazos de singular intimidad y fuerza para asegurar su prosperidad duradera. Si aquellos lazos serán orgánicos o convencionales, los destinos de Cuba están de alguna manera y forma legítima irrevocablemente ligados con los nuestros, pero cómo y hasta dónde se determinará en el futuro por la madurez de los acontecimientos.¹

Con esta perspectiva se trabajó, por lo cual se creaban o consolidaban los vínculos entre la nación interventora y la Isla y, especialmente, con determinados sectores de la bur-

guesía doméstica, desde antaño conectados con el mercado norteamericano en una relación de dependencia.

El gobierno de ocupación militar dio pasos para estabilizar su presencia en Cuba. Entre sus primeras medidas estuvo el desarme general de la población cubana, que incluía tanto a guerrilleros y voluntarios al servicio de España, como a los independentistas. También se llamó a colaborar dentro del gobierno, en el Consejo de Secretarios y en los gobiernos provinciales, a figuras cubanas procedentes del independentismo, del autonomismo y del integrismo. Se intentó organizar una asamblea de notables, se convocó a elecciones municipales en 1900; y se pretendió organizar un gobierno civil norteamericano, al tiempo que se creaban los cuerpos represivos de la Policía y la Guardia Rural, encargados de preservar el orden interior en las zonas urbanas y rurales. Paralelamente, se implantó la enseñanza del inglés y de la historia de los Estados Unidos de América en las escuelas, y la circulación de la moneda norteamericana.

Frente a la labor desarrollada por el gobierno de ocupación militar, las fuerzas cubanas manifestaron distintas posiciones. En primer lugar, se debe considerar la confusión que generó la situación creada y, en segundo lugar, los distintos intereses que se movían en su seno, por lo cual no fue posible articular

n frente unido de lucha sobre bases de defensa de la nación independiente.

Los órganos representativos de la Revolución no habían logrado el reconocimiento de las autoridades norteamericanas, y, a excepción de la Asamblea de Representantes convocada al término de la guerra, ninguno se planteó su permanencia más allá de la contienda bélica. A fines de 1898, el Partido Revolucionario Cubano (PRC) fue disuelto por su delegado, Tomás Estrada Palma, por considerar concluida su función. En cuanto al Ejército Libertador, cuando finalizaron las acciones militares se empezó a hablar de su desmovilización o licenciamiento, discutiéndose sólo la forma en que esto se haría. Los gloriosos mambises permanecían en campamentos, en las más precarias condiciones, sin medios de subsistencia y con sus familias abandonadas. Supuestamente, ya habían cumplido su cometido, y fueron excepcionales las voces que llamaron a su permanencia organizada sobre las armas.

La Asamblea de Representantes, órgano supremo de la Revolución, comenzó a sesionar en Santa Cruz del Sur, luego se trasladó a Marianao, y terminó sus días en el Cerro. Correspondía a esta encauzar las acciones del pueblo cubano independentista, pero ni obtuvo el reconocimiento de las fuerzas de ocupación, ni supo enrumbar en el camino de la unidad nacional.

La política norteamericana de dividir al independentismo cubano para debilitarlo, contó con la heterogeneidad de fuerzas y posturas presentes en su dirección y con las viejas diferencias que tanto habían dañado la necesaria unidad. El pago al Ejército Libertador para su licenciamiento sería el asunto clave que enfrentaría al general en jefe, Máximo Gómez, y a la Asamblea, en una porfía cuyo resultado fue la destitución del Generalísimo y, peor aún, la pérdida de autoridad de la Asamblea, que la condujo a su autodisolución en marzo de 1899. El ofrecimiento de un donativo de \$3 000 000 por el presidente Mc Kinley se hizo entonces efectivo, y los soldados libertadores recibieron una paga en correspondencia con su rango militar. Así se licenció el Ejército Libertador, y muchos de sus antiguos miembros marcharon a fomentar actividades agrícolas. La Revolución había quedado descabezada.

Dentro de la sociedad cubana se iniciaba, entonces, un reajuste de sus fuerzas frente a la nueva situación creada. Los sectores burgueses, vinculados al mercado norteamericano, se movieron a favor de garantizar el acceso a ese mercado con las mayores facilidades, lo que se expresó con distintos matices, que iban desde el anexionismo pleno hasta variadas formas de dependencia. En todo caso, la posible creación de una República propia debía

contener la reciprocidad comercial con los Estados Unidos como elemento indispensable.

Entre las fuerzas patrióticas se daban también multiplicidad de criterios, que iban desde la gratitud a los Estados Unidos y la confianza plena en el cumplimiento de la Resolución Conjunta, hasta la más rotunda condena a sus acciones. En general, se aspiraba a la libertad y la independencia, y se buscaba acelerar al máximo la salida de las tropas norteamericanas del suelo cubano, para constituir la República independiente, pero no se articulaba este objetivo en una estrategia común de cohesión nacional.

La convocatoria a elecciones municipales propició la aparición de los primeros partidos políticos cubanos luego del fin del colonialismo español. Surgió entonces una veintena de partidos de carácter local, aunque algunos con conexiones en otras provincias, lo cual demostraba una gran dispersión de fuerzas, pero que se planteaban el problema nacional en sus programas, generalmente sobre la base del cumplimiento de la Resolución Conjunta.

A pesar de restringir el voto a los cubanos alfabetizados o a los propietarios de un capital mínimo de doscientos cincuenta pesos o a los que hubieran pertenecido al Ejército Libertador —sólo votó el siete por ciento de la población total—, fue evidente el triunfo de los candidatos independentistas en las elec-

ciones celebradas el 16 de junio. No por casualidad, el presidente Mc Kinley solicitó en su mensaje al Congreso del 4 de diciembre de 1900, autorización para aumentar el contingente armado hasta cien mil hombres, teniendo en cuenta las condiciones existentes en Filipinas —donde enfrentaban una guerra de resistencia— y Cuba.

Este y otros hechos, como el fracaso de la pretendida Asamblea de notables, que debió organizarse por sectores, y evidenció la postura de los generales mambises en defensa de la independencia, o la tenaz oposición al intento de transformar el gobierno de ocupación militar en un gobierno civil, demostraron que la solución anexionista sólo era posible con una imposición por la fuerza, lo cual planteaba serios problemas a la naciente potencia norteamericana, que había esgrimido la Resolución Conjunta ante el mundo para su intervención, y que, además, estaba combatiendo en Filipinas. Como había previsto el presidente Mc Kinley, el desarrollo de los acontecimientos determinaría qué tipo de lazos se iban a definir. La solución sería establecer la República de Cuba, convirtiendo al país en una neocolonia con garantía jurídica.

Las bases de la República

El 25 de julio de 1900 se lanzó la convocatoria para elegir delegados a una convención,

la cual tendría el deber de hacer una Constitución para Cuba y, como parte de ella, "proveer y acordar con el gobierno de los Estados Unidos en lo que respecta a las relaciones que habrán de existir entre aquel gobierno y el gobierno de Cuba".²

Nuevamente se pusieron en acción los partidos políticos para concurrir a los comicios en los cuales se eligieron treinta y un delegados.

El 15 de noviembre de 1900 inició sus labores aquella convención, de composición heterogénea, pero con delegados mayormente provenientes del independentismo. El 21 de febrero de 1901 quedaba aprobada la Constitución. En ella estaban presentes los principios generales del liberalismo burgués. Se adoptaba la forma republicano-democrática con la división de los tres poderes: ejecutivo, legislativo y judicial. Con un sistema presidencialista, el poder legislativo quedaba dividido en dos cuerpos: Senado y Cámara de representantes, a semejanza del sistema norteamericano. Se recogían los derechos individuales y la separación de la Iglesia del Estado. Se establecía el pleno respeto a la propiedad privada y el sufragio universal para los varones mayores de veintiún años. El sufragio se ejercía directamente, a excepción de senadores, presidente y vicepresidente, los cuales eran electos por votación de segundo grado. A su vez, se mantenía la división territorial de

la República en las seis provincias existentes, con sus mismos límites geográficos.

Ya Cuba tenía una Constitución, pero quedaba por delante el problema más álgido: determinar sobre las relaciones con los Estados Unidos. Este fue un tema sumamente controvertido y en el cual la mayoría de los convencionales concordaban en la improcedencia de incluirlo en la Constitución. Ante tal actitud, comenzaron las presiones del gobernador Wood y del gobierno de los Estados Unidos directamente, hasta que, ante la resistencia cubana, el congreso norteamericano aprobó, por mayoría, una enmienda a la Ley de créditos del Ejército, presentada por el senador Orville H. Platt, conocida históricamente como Enmienda Platt.³ Esta enmienda referida a Cuba, fue sancionada por el presidente, junto con la ley y la Enmienda Spooner, referida a Filipinas, el 2 de marzo de 1901. Se había asestado un terrible golpe a la independencia de Cuba.

La Enmienda Platt establecía un grupo de limitaciones a la soberanía cubana en sus relaciones internacionales y validaba todos los actos realizados por la ocupación militar, a la vez que omitía a Isla de Pinos de los límites cubanos. Pero los artículos que causaron mayor indignación fueron el tercero y el séptimo, por ser los que con mayor fuerza cercenaban la soberanía nacional. El artículo tercero daba a los Estados Unidos el derecho de intervenir

en Cuba para conservar su independencia y para mantener un "Gobierno adecuado para la protección de vidas, propiedad y libertad individual", y el séptimo establecía la venta o arrendamiento a los Estados Unidos de tierras para carboneras o estaciones navales. Todo el articulado debía llevarse a un tratado permanente una vez instaurada la República de Cuba.

La aprobación de la Enmienda Platt por los Estados Unidos provocó una ola de repulsa expresada tanto en la Convención como entre la población, la cual se lanzó a las calles en manifestaciones de protesta. Las autoridades norteamericanas buscaron negociar su aceptación, poniendo como señuelo la futura firma de un Tratado de Reciprocidad Comercial, con lo que ganaron adeptos entre los sectores interesados en ello, pero la resistencia se mantuvo tenazmente, y se recurrió a la simple imposición: o había República con enmienda o no había República. En estas circunstancias, y luego de varias votaciones adversas, se logró la aprobación, el 12 de junio de 1901, por dieciséis votos contra once. La Enmienda Platt se convertía en un apéndice de la Constitución.

Una vez aprobada la Constitución con enmienda, se pasó a la convocatoria para elecciones generales. Los dos candidatos a la presidencia de la República eran "hombres del 68",

ambos habían sido presidentes de la República en Armas y habían terminado la guerra, uno como el último presidente de la misma, y el otro como delegado del PRC y delegado plenipotenciario en el extranjero, designado por el Consejo de Gobierno. Se trata de Bartolomé Masó y Tomás Estrada Palma, respectivamente.

Sin duda, el gobierno de ocupación inclinaba sus simpatías hacia Estrada. El viejo "don Tomás", en su larga estancia en los Estados Unidos, había establecido muchas relaciones en virtud de sus funciones, y era conocido; Masó había pronunciado criterios de franco antiplattismo que no favorecían su imagen ante los ocupantes. Sin embargo, no debe omitirse el indudable prestigio de ambos dentro del campo de la Revolución y, en el caso de Estrada, el apoyo de figuras importantes del mambisado, encabezadas por Máximo Gómez, símbolo vivo del independentismo. Los alineamientos de fuerzas respondían a intereses y criterios distintos, pero también a las viejas diferencias nacidas en la Guerra Grande. En las elecciones de 1901 resultó electo Tomás Estrada Palma. El 20 de mayo de 1902 tomaba posesión del cargo, con lo cual se inauguraba la República de Cuba bajo la impronta de la Enmienda Platt.

La República en marcha

Entre 1902 y 1925, se sucedieron cinco presidentes, con la interrupción de una segunda intervención norteamericana. Estos fueron:

1902-1906	Tomás Estrada Palma
1906-1909	Charles Magoon (segunda intervención)
1909-1913	José Miguel Gómez
1913-1921	Mario García Menocal
1921-1925	Alfredo Zayas

La República nacida en 1902 tenía que organizar y consolidar sus instituciones, y debía propiciar el proceso de reconstrucción económica, luego de años de guerra con su inevitable devastación. De acuerdo con el censo realizado en 1899, la población total de Cuba, en aquel momento, era de 1 572 797 habitantes —inferior a la de 1887—, de los cuales 1 400 262 eran nacidos en Cuba. El censo refleja también el alto grado de analfabetismo, pues, de la población de diez años y más, sabían leer 476 442 personas, mientras que 690 565 no sabían hacerlo. Según el propio censo, el grupo mayoritario de personas con ocupación correspondía a agricultores, pescadores y mineros (299 197), los seguían en orden los dedicados a servicios domésticos y personales, y después a manufacturas e industrias mecánicas.⁴

Cuba necesitaba del fomento de su economía y de fuentes de empleo, así como de una política social que atendiera los graves problemas de la población.

A pesar de las necesidades del país, las prioridades fueron otras. Para los Estados Unidos era imprescindible echar a andar su nuevo sistema de dominación, en lo que algunos historiadores han denominado el "experimento cubano", el cual, en cierta medida, habría de servir de modelo capaz de generalizarse. Por eso se firmaron rápidamente los tratados que aseguraban el cumplimiento de la Enmienda Platt: el 22 de mayo de 1903 se firmó el Tratado Permanente, que recogía el articulado íntegro de la Enmienda Platt, el 2 de julio del propio año, se hizo lo mismo con el Convenio de Arrendamiento para estaciones navales, que incluía, en este caso, bases en Guantánamo y Bahía Honda,⁵ y en 1904 se firmó el Tratado sobre Isla de Pinos, mediante el cual los Estados Unidos renunciaban a toda reclamación sobre esa isla a favor de la República de Cuba, en consideración a las concesiones de estaciones navales y carbonearas que había recibido. Este último Tratado no fue ratificado por el Senado norteamericano hasta 1925.

Los convenios bilaterales, que se firmaban aceleradamente, daban el sostén político-jurídico para el dominio neocolonial en Cuba,

pero esto no era suficiente. En diciembre de 1902 se firmaba el Tratado de Reciprocidad Comercial entre Cuba y los Estados Unidos, el cual fue ratificado en 1903, y que sería el complemento para el dominio económico.

El Tratado Comercial había sido muy discutido en los Estados Unidos, debido a los intereses contrapuestos que se movían en torno a la reciprocidad con Cuba; mientras que, dentro de la burguesía cubana vinculada al mercado norteamericano, era una vieja aspiración que no había logrado concreción estable. Su contenido tendría profundas repercusiones, más allá de la propia relación comercial.

Además del tratamiento desigual otorgado a los productos de ambos países, pues a la rebaja recíproca del veinte por ciento de los derechos arancelarios fijados por cada país, se añadían rebajas entre un veinticinco y un cuarenta por ciento a un grupo de productos norteamericanos; se añade lo que esto representaba para el comercio entre países con muy diferente nivel de desarrollo industrial, con el agravante de que Cuba salía del dominio colonial español luego de una guerra devastadora. Por el Tratado, los Estados Unidos pasaban a controlar nuestro mercado de importación, lo cual se reflejó en una creciente concentración geográfica del comercio exterior cubano, como puede verse en los cuadros 1 y 2.

Cuadro no. 1

Estado comparativo de las importaciones de Cuba, mostrando las procedentes de los Estados Unidos, resto de América, Reino Unido y resto del mundo (en %)

Año	Estados Unidos	Resto de América	Reino Unido	Resto del mundo
1900	43,77	14,08	15,70	26,45
1905	45,40	13,18	14,22	27,30
1910	52,63	8,03	11,86	27,48
1915	64,21	5,69	10,85	19,25
1920	72,60	8,54	3,18	15,68
1925	62,97	9,93	4,05	23,05

Tomado de Oscar Zanetti: *Los cautivos de la reciprocidad*, ENSPES, La Habana, 1989, Apéndice estadístico, cuadro V.

Cuadro no. 2

Estado comparativo de las exportaciones de Cuba, mostrando las destinadas a los Estados Unidos, resto de América, Reino Unido y resto del mundo (en %)

Año	Estados Unidos	Resto de Améric	Reino Unido	Resto del mund
1900	67,98	2,68	11,10	18,24
1905	86,53	1,59	5,26	6,62
1910	85,75	2,25	7,07	4,93
1915	82,67	1,42	13,98	1,93
1920	78,95	3,16	12,39	5,60
1925	74,64	3,83	15,70	5,83

Tomado de: Ibid., cuadro III

Quizás más grave aún que esa concentración geográfica fueron los efectos del Tratado en la estructura económica cubana. El modelo que venía delinéndose desde las últimas décadas del siglo XIX, se reforzó ahora y se consolidó: la monoproducción, la monoexportación y la plurimportación sería su sello característico. Cuba iniciaba su período republicano alcanzando lo que había sido aspiración de la burguesía azucarera y de otros sectores vinculados a ella: la garantía del mercado de los Estados Unidos para el dulce cubano, con tratamiento preferencial; a ello se subordinaban todas las aspiraciones y proyectos. A cambio de esta garantía, el mercado cubano se abría a los productos norteamericanos, con lo cual se asfixiaba cualquier intento de desarrollo industrial no azucarero.

El azúcar sería, a lo largo de la República, la gran variable estratégica de la economía cubana, caracterizada históricamente como una economía notablemente abierta, donde el comercio exterior ocupaba un lugar de primer orden. Rápidamente, el azúcar representaría alrededor del ochenta por ciento del total de las exportaciones cubanas, mientras el tabaco quedaba cada vez más reducido a un papel secundario, de poca significación. Los grupos oligárquicos enarbolaban el lema de "sin azúcar no hay país" para sembrarlo en la conciencia cubana.

Cuadro no. 3

Cuba. Estructura por productos de la exportación (proporcional al fiente)

Año	Azúcar y subproductos	Tabaco y sus manufacturas	Otros artículos
1900	36	53	11
1910	73	18	9
1920	92	6	2
1925	84	12	4

Tomado de: Ibid., cuadro IV

Por otra parte, el mecanismo de la reciprocidad en acción generaba un entrelazamiento de intereses entre el capital financiero norteamericano y los sectores de la burguesía cubana beneficiados, quienes pasaban a formar parte orgánicamente del sistema y constituían la oligarquía doméstica. Se producía, así, una colaboración de clases, por la cual esa oligarquía doméstica actuaba como sostén interno de la dependencia neocolonial. Esa dependencia solidificaba la estructura deformada de la economía cubana, y constituía el principal obstáculo para el desarrollo. En su defensa y mantenimiento actuaban grupos internos que, por tanto, desempeñaban un papel antinacional.

Las circunstancias descritas marcaron la línea directriz de las inversiones de capital extranjero en Cuba, fundamentalmente el procedente de los Estados Unidos. Aunque había capitales de otros orígenes invertidos en la Isla, especialmente capital británico, fue el norteamericano el que, en correspondencia con su pertenencia a la Metrópoli, alcanzó un mayor crecimiento en volumen y una presencia determinante en los sectores claves. Este capital se dirigía a los rubros típicamente coloniales, y constituía otro elemento de consolidación de la estructura económica cubana.

Las inversiones norteamericanas en Cuba (en millones de pesos)

Sectores	1903	%	1928	%
Azucarero	25	23,1	800	53,2
Ferrovionario	12	11,2	120	8,0
Minero	5	4,6	35	2,3
Servicios públicos	8	7,4	110	7,3
Bienes raíces y tierras	-	-	150	10,0
Otros	50	53,7	290	19,2
Totales	100	100,0	1 505	100,0

Tomado de Oscar Pino Santos: *El imperialismo norteamericano en la economía cubana*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. 31.

El proceso inversionista norteamericano, cuyo ritmo más alto se obtuvo durante los años de la Primera Guerra Mundial, fue tan fuerte que Cuba ocupó, hasta la década de los treinta, el primer lugar entre los países latinoamericanos receptores de capital de los Estados Unidos. La presencia de este capital impulsó el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción en Cuba y, de manera especial, de las fuerzas productivas dentro de la industria azucarera, pero agudizó la deformación estructural de la economía y, con ello, los elementos característicos del subdesarrollo. A pesar de todo, el sistema funcionaba en tanto el flujo de capital actuaba a favor de ese crecimiento.

El sistema de dominio neocolonial necesitaba de la suficiente seguridad interna, mediante un aparato político-administrativo estable, para lo cual los mecanismos democrático-burgueses debían funcionar con cierta solidez. Un elemento importante para ello, era la organización y el accionar de los partidos políticos, proceso iniciado durante la ocupación militar, y que, en los primeros años republicanos, daría origen a los partidos Liberal y Conservador. Tanto el Partido Liberal como el Conservador (antes Moderado) surgieron a partir de distintas alianzas, divisiones y fusiones, entre los múltiples partidos locales que habían contendido en las elecciones celebra-

das durante la ocupación militar, por lo cual, desde el comienzo, las proyecciones programáticas ocuparon un lugar secundario en relación con los propósitos electorales.

De los primeros partidos, fueron el Nacional Cubano, el Republicano de La Habana, el Unión Democrática —los tres de La Habana— y el Republicano Federal, de Las Villas, quienes agruparon a las figuras que integrarían, básicamente, los dos partidos dominantes en la política cubana durante las tres primeras décadas republicanas. Estos partidos se movieron alrededor de políticos que actuaban a la manera de caudillos, en una buena parte procedentes del mambisado, aun cuando en su seno fueron apareciendo hombres de otras procedencias, como el antiguo Partido Autonomista. Las dirigencias partidistas devinieron en grupos de políticos profesionales que se fueron revelando progresivamente como representantes de los sectores oligárquicos y, en esa misma relación, sus componentes empezaron a ser parte de esa oligarquía. Esta “clase política” convirtió en práctica cotidiana el uso de los cargos electivos y los empleos públicos para fines políticos y de enriquecimiento.

A pesar de sus escasas diferencias programáticas —que hacía posible el continuo desplazamiento de figuras y grupos de un partido a otro—, sí pronunciaban discursos dirigi-

dos a diferentes clientelas políticas. El Partido Liberal, en general, apelaba a los sectores más populares y enarbolaba el lema de "a pie", en contraposición al Partido Conservador, que mostraba el aristocratizante "a caballo". Ninguno desplegó un programa de desarrollo nacional desde el poder. La subordinación a los intereses dominantes internos y externos fue igualmente compartida, y los propósitos electorales marcaron la prioridad.

El aparato político-administrativo-militar se pondría en funcionamiento con el gobierno de Estrada Palma, durante el cual se fundó el Partido Moderado como partido de gobierno. Dicho partido impulsó la reelección estradista en 1906, frente a la candidatura liberal de José Miguel Gómez (1858-1921) y Alfredo Zayas (1861-1934). Ante la imposición moderada, los liberales acudieron a la violencia, en la llamada Guerrita de Agosto, en 1906.

Los sucesos de 1906 pusieron en evidencia la endeblez de las instituciones creadas. Las partes en pugna actuaron con la misma intransigencia, pero coincidieron en buscar la solución en los Estados Unidos. Se produjo entonces la segunda intervención norteamericana. El gobierno interventor debía perfeccionar y completar los mecanismos institucionales para lograr la necesaria estabilidad. De ahí la abundante obra desplegada por la Comisión

Consultiva creada al efecto y que emitió un conjunto de leyes complementarias de la Constitución. Estas regulaban el funcionamiento de las instancias de gobierno a todos los niveles. También completó los cuerpos represivos, al crear el Ejército permanente.

El gobierno de Magoon trató de resolver los conflictos políticos mediante concesiones a cargo del tesoro público, y organizó nuevas elecciones. El triunfo fue para los liberales José Miguel Gómez y Alfredo Zayas, frente a los conservadores Mario García Menocal (1866-1941) y Rafael Montoro (1852-1933). Comenzaba entonces una segunda etapa republicana, que debía culminar el trabajo de estabilización iniciado.

La administración de José Miguel —conocido como *Tiburón*— debía procurar la armonía en el funcionamiento bipartidista, pero actuaba en condiciones muy especiales: estaba claro que cualquier problema interno podía llevar a la aplicación del artículo tercero de la Enmienda Platt y, luego de la segunda intervención, el peligro de la pérdida definitiva del nivel de soberanía alcanzado actuaría como amenaza perenne y elemento paralizador. A pesar de ello, el gobierno Liberal debió enfrentar agitaciones sociales de cierta envergadura, a las cuales respondió con una política represiva que cerró el camino a una posible reelección. La corrupción político-admi-

nistrativa, los conflictos con los veteranos y con el Partido de los Independientes de Color y la cruenta represión, además del pobre desempeño programático, enajenaron al Partido Liberal el apoyo de buena parte de sus antiguos electores. En 1913 comenzaría una administración conservadora.

El gobierno conservador continuó la corrupción político-administrativa, para enriquecimiento de propios y neutralización política, con la malversación de bienes del tesoro público y el uso de la "botella" como práctica ya acuñada.⁶ *El Mayoral*, como se le decía a Menocal por sus vínculos con la industria azucarera y, especialmente, con los intereses norteamericanos en este sector, gobernó en la coyuntura de la Primera Guerra Mundial, la cual brindó un notable impulso al crecimiento azucarero de Cuba. Así, la política de guerra marcó con mayor fuerza su gestión, más allá de las obras públicas o la Ley de la Moneda, que creó la moneda nacional en 1914.

En los años de guerra, lo más importante era mantener la tranquilidad interna y garantizar la producción azucarera; por ello, cuando Menocal impuso su reelección, contó con el respaldo de la Legación de los Estados Unidos. Los liberales, una vez más, recurrieron al alzamiento, pero el llamado "Alzamiento de la Chambelona",⁷ en 1917, llegó en mal momento, cuando los Estados Unidos nece-

sitaban tranquilidad en su "traspatio" para concentrarse en el conflicto europeo: por eso el gobierno norteamericano declaró ilegal la acción liberal. De esta forma, los belicosos liberales se rindieron, y se consumó la reelección. Una vez más, se había demostrado la inestabilidad de la República, y se tomaron nuevas medidas estabilizadoras, esta vez en cuanto a la ley electoral. El Departamento de Estado de los Estados Unidos envió al general Enoch Crowder, quien había estado en Cuba como funcionario durante la ocupación militar y había presidido la Comisión Consultiva en el gobierno de Magoon. En agosto de 1919, se aprobó el nuevo código electoral, conocido como Código Crowder.

El 16 de abril de 1917, los Estados Unidos entraron en la Primera Guerra Mundial, un día después lo hizo Cuba. La Isla vendería entonces sus zafras completas a los Estados Unidos a precios de sacrificio. Era su contribución a la guerra. Para garantizar el orden interno, se combinó la política de concesiones con la represión, que incluyó la suspensión de garantías constitucionales. Durante este gobierno, se vivió el período de la "danza de los millones", que tuvo su punto más alto en 1920, pero terminó en medio de la crisis de posguerra, de 1920 a 1921.

El Partido Conservador, en ocho años de ejercicio de poder, había tenido un fuerte dete-

rioro, por lo cual pactó con Zayas para las elecciones de 1920. El triunfo zayista fue resultado de la alianza entre el nuevo partido que había formado, el Partido Popular, con el Conservador, para formar la Liga Nacional, que utilizó los mecanismos del poder para garantizarlo. Continuaba su curso la República de generales y doctores.

El deterioro republicano

La República surgida en 1902 mantenía múltiples contradicciones en su seno. Los problemas sociales, lejos de resolverse, se iban acumulando. El fenómeno del latifundio se había agravado con el proceso inversionista en la industria azucarera. Grandes extensiones de tierra habían pasado a propiedad de empresas norteamericanas, algunas de las cuales eran dueñas de más de diez mil caballerías de tierra. En contraposición, se incrementaba el número de campesinos sin tierra, quienes trabajaban para los latifundistas bajo distintas formas de dependencia, a veces precapitalistas. Parte de estos campesinos tenían que vender su fuerza de trabajo temporalmente en busca de subsistencia.

La principal industria, la azucarera, ofrecía trabajo temporal a un alto número de obreros durante el período de zafra, el resto del año era el llamado "tiempo muerto". Para las labores de la zafra se importaron braceros,

fundamentalmente de Haití y Jamaica, lo que envilecía los salarios y fomentaba nuevos grupos marginales. Según Charles Magoon:

La caña se corta a mano y en el corte se emplean muchos hombres en cada finca. Trabajan desde que sale el sol hasta que se pone y en algunas fincas hay luces eléctricas instaladas en los campos para que el corte de caña continúe aún por la noche. Esta época del año es el período de crecimiento y recolección del tabaco, frutos y cultivos menores. Terminada la zafra, queda poco que hacer en los ingenios, en las haciendas y sitios, y, por lo tanto, un 75% de los hombres empleados durante la zafra quedan sin trabajo. [...] El problema económico más importante de Cuba es conseguir trabajo a tanto hombre durante los 6 meses que pasan entre zafra y zafra.⁸

Esta situación se daba en una población creciente, que ya en 1919 alcanzaba un total de 2 889 000 habitantes, y en la cual el 90,5% de la población económicamente activa eran hombres, mientras las mujeres eran sólo el 9,5%. De los hombres que tenían ocupación remunerada, el 52,9% laboraba en la agricultura. El 38,4% de la población era analfabeta en 1919, con mayor incidencia entre la población llamada "de color".⁹

La acumulación de estos problemas daría lugar a luchas sociales, especialmente dentro de la clase obrera, mediante huelgas como método principal, encabezadas por organizaciones aún muy débiles. Los intentos de crear un partido obrero en 1899 y 1900 estaban todavía muy alejados de las posibilidades de la clase obrera cubana en aquel momento. Aunque surgieron organizaciones sindicales o gremiales que agrupaban a los obreros por la actividad que realizaban, eran aún bastante primarias y muy imbuidas de proyecciones ideológicas de rechazo a la participación de la clase obrera en la lucha política, lo cual no significa que, individualmente, no hubiera alineaciones dentro de las clientelas políticas de los partidos dominantes. Hubo esfuerzos por organizar a los obreros en estructuras nacionales, tanto partidistas como sindicales, pero no fructificaron dentro de una clase obrera numéricamente pequeña y muy fraccionada. También actuaba el elemento paralizador de la Enmienda Platt. No era una clase aún preparada para asumir sus propias metas clasistas y las metas nacionales.

En el espectro social cubano, hay que atender a la clase media rural y urbana con sus múltiples capas y, por tanto, su composición heterogénea. Dentro de ella, los intelectuales tuvieron un importante papel en la preservación y desarrollo de la conciencia nacional,

aunque también requerían del necesario proceso de comprensión del nuevo fenómeno que enfrentaba la nación, y de la maduración de sus soluciones.

La burguesía, con sus distintos sectores, no siempre coincidentes en cuanto a sus intereses específicos, actuaba con óptica de sus beneficios sectoriales, y se movía en el marco de su propia dependencia. Los grupos oligárquicos contaban con los partidos políticos que dominaban el aparato estatal, aunque se iban deteriorando en el ejercicio del poder.

Los alzamientos liberales, productos de las reelecciones fraudulentas, eran signos de la debilidad del funcionamiento político, y las luchas sociales, aunque con incoherencia e inmadurez, eran expresión de rebeldía ante la injusticia social. Uno de los episodios que más sacudió a la Cuba de los primeros veinte años del siglo fue el alzamiento de los Independientes de Color en 1912. El intento de crear un partido que defendiera los derechos de los negros y mulatos era la respuesta a la marginación social que estos sufrían, pero el gobierno cerró esta posibilidad. La desesperación e impotencia ante los mecanismos legales, llevó al alzamiento, que fue aplastado cruelmente cometiéndose la primera gran masacre republicana.

Otro sector marginado, el femenino, empezó a organizarse para reclamar sus derechos de género. Ya en 1912, surgió el Partido Na-

cional Feminista, y, en 1913, el Partido Sufragista; ambos dieron lugar al Partido Nacional Sufragista. En 1918, se fundó el Club Femenino de Cuba, de amplia y prolongada trayectoria. Las mujeres planteaban sus metas de género, pero incluían también los problemas generales de la sociedad, insertándose en los debates de su época.

Desde la segunda década del siglo, los veteranos de la independencia comenzaron a cuestionar organizadamente las manifestaciones de corrupción político-administrativa. En la producción intelectual aparecieron los temas cubanos con apreciaciones críticas de la realidad republicana. Obras como *Tembladera*, de José Antonio Ramos (1885-1946), *Las Honradas* y *Las Impuras*, de Miguel de Carrión (1875-1929); *Los Inmorales y Generales y Doctores*, de Carlos Loveira (1881-1928), ofrecen un buen testimonio de aquel deterioro.

El desarrollo del capitalismo en Cuba proseguía sobre las bases planteadas en las dos últimas décadas del siglo XIX, pero el problema nacional cubano se había situado en condiciones diferentes. Era necesario un reordenamiento de las fuerzas nacionales para asumir el problema tal como se planteaba ahora. El pensamiento patriótico cubano estaba presente, pero era necesario entender el nuevo fenómeno, asumirlo y elaborar los proyectos nacionales pertinentes.

Entre los veteranos de la independencia, persistían voces que reclamaban la plena soberanía. Algunos recordaban a Martí y el programa de Montecristi como la meta no alcanzada, pero esto no cuajaba aún en un movimiento nacional. También existían muy diversas formas de plantearse el problema de la nación, y se promovía con fuerza la gratitud "al Norte" por habernos dado la independencia. Criterios sobre la incapacidad del cubano contribuían a generar sentimientos de inferioridad.

La rapidez del deterioro republicano y la acción injerencista norteamericana, presente por medio de sus ministros en Cuba; la segunda intervención o los desembarcos de marines ante alteraciones internas, provocaron reacciones que abrían un nuevo camino. En estas condiciones, la crisis económica de 1920 a 1921 y el gobierno de Zayas marcarían un momento importante en el desgaste republicano.

La producción azucarera de Cuba había crecido sostenidamente, en correspondencia con el crecimiento del mercado norteamericano. Entre 1910 y 1914, se rompió esta correspondencia, y Cuba empezó a acumular sobrantes de azúcar, pero llegó la Primera Guerra Mundial. La producción y las inversiones en el sector crecieron. Hacia 1924 y 1925 se llegó a 4 256 847 toneladas. Se había producido otro gran salto azucarero. Cuando en 1919

cesó el control de las zafras, se produjo una ola especulativa que hizo subir los precios a veintidós centavos la libra, en mayo de 1920. Sin embargo, pronto el mundo conoció la crisis de posguerra, y a fines de año el azúcar estaba a tres centavos la libra.

En Cuba, el pánico se desató en octubre. Los bancos interrumpieron sus operaciones, los deudores no pudieron hacer frente a sus obligaciones, quebraron empresas, hubo suicidios, la banca doméstica quedó prácticamente eliminada, adueñándose del campo la banca extranjera, principalmente norteamericana. La caída del precio del azúcar había puesto en crisis al país, lo cual constituyó un claro alerta. A esto se sumó la reacción proteccionista de los Estados Unidos, al elevar el arancel azucarero. Por la tarifa Fordney Mc Cumber, de 1922, el azúcar cubano pagaba 1,7648 centavos por libra al fisco de los Estados Unidos. Cuba seguía abasteciendo alrededor del 50% del mercado norteamericano de azúcar, pero había síntomas alarmantes. Los azucareros norteamericanos empezaron a pedir la restricción de la producción cubana.

La situación en Cuba era muy tensa; por ello, en enero de 1921, llegó a Cuba Enoch Crowder, como enviado especial del presidente de los Estados Unidos. En medio de la crisis, debía producirse el traspaso de poderes, luego de las elecciones fraudulentas de 1920.

para garantizar la estabilidad. La política preventiva, que se tradujo en continuas "intervenciones preventivas", como los desembarcos limitados de marines en 1912 y 1917, asumía ahora un carácter diferente, de mayor alcance. Crowder venía a indicar soluciones a largo plazo. De acuerdo con las instrucciones de su gobierno, indicaría líneas de acción para impedir la repetición de las crisis y reducir la corrupción; de ahí los variados campos que abarcó en su gestión. Este ejercicio del poder real por Crowder, provocó múltiples cuestionamientos de diversos tonos.

El deterioro de las instituciones republicanas, con la escandalosa corrupción político-administrativa; la acumulación de problemas sociales; la irritante política norteamericana; la crisis económica de 1920-1921, con sus secuelas; y la maduración de la conciencia nacional en las nuevas condiciones, fueron factores condicionantes de los movimientos de protesta y rebeldía desarrollados en el primer lustro de la década del veinte. La conciencia del desastre republicano tomó fuerza. Prácticamente todos los sectores sociales entraron en ebullición. Había distintos tipos de cuestionamientos y crecía el antinjerencismo, la protesta cívica y, en algunos casos, se llegaba al antimperialismo. El movimiento obrero y sectores de las capas medias, especialmente estudiantes e intelectuales, produ-

cían con mayor fuerza las expresiones de un pensamiento que abordaba el problema nacional con la perspectiva de los nuevos tiempos. En ello también incidió el influjo ideológico de la Revolución de Octubre en la Rusia zarista, y la cercana Revolución mexicana.

El movimiento obrero cubano experimentaba avances organizativos importantes, entre 1920 y 1925, los cuales culminaron con la creación de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOOC). Aunque aún no se planteaba el problema nacional ni su inserción en la lucha política, sí impulsó la lucha de clases con mayor coherencia. La presencia de la ideología marxista estaba muy limitada todavía a pequeños grupos en La Habana y otras localidades, pero en 1918 surgió la Agrupación Socialista de La Habana, que inició un proceso por el cual, en 1925, se celebró el Congreso de Agrupaciones Comunistas (que entonces eran nueve), fundador del Partido Comunista. Las figuras de mayor trascendencia en aquella dirección fueron el obrero Carlos Baliño (1848-1926) y el estudiante Julio Antonio Mella (1903-1929). El nuevo partido intentaría situar la lucha del movimiento obrero sobre bases revolucionarias, que incluían el planteamiento antimperialista.

Los grupos de las capas medias protagonizaron movimientos cívicos, de contenido democrático, y a veces antimperialista. Aunque estuvieron presentes figuras procedentes del

mambisado, fue, en general, la nueva generación de jóvenes, nacidos al término de la dominación española, quien nutrió esos momentos.

Se producía la ruptura con el tipo de República que se había instaurado y la nueva forma de dependencia implantada, al tiempo que expresaba la continuidad con los valores patrióticos del mambisado, que reivindicaban explícitamente, y, en especial, con el legado martiano.

La Protesta de los Trece, en 1923, encabezada por el joven poeta Rubén Martínez Villa (1899-1934), marcó la irrupción de los jóvenes intelectuales en la lucha cívica. La raíz de aquel gesto y la necesidad de cambios fue expresada por el propio Rubén en su *Mensaje lírico civil*, del mismo año:

*Hace falta una carga para matar bribones,
para acabar la obra de las revoluciones;
para vengar los muertos que padecen ultraje,
para limpiar la costra tenaz del coloniaje;
para poder un día, con prestigio y razón,
extirpar el Apéndice de la Constitución;
para no hacer inútil, en humillante suerte,
el esfuerzo y el hambre y la herida y la muerte;
para que la República se mantenga de sí,
para cumplir el sueño de mármol de Martí...*¹⁰

El gesto se continuó en la Falange de Acción Cubana y estuvo en el espíritu de quienes se agruparon en el Grupo Minorista.

La Universidad de La Habana fue escenario de la beligerancia estudiantil. El movimiento por la reforma universitaria, influido por movimientos similares en el continente, proyectó a los estudiantes dentro de la vida nacional, teniendo en su centro a un líder estudiantil carismático, aglutinador y de rápida maduración revolucionaria: Julio Antonio Mella. Aquel movimiento alcanzó su momento culminante con el Congreso Nacional Revolucionario de Estudiantes, donde hubo planteamientos francamente antimperialistas. El movimiento estudiantil, encabezado por Mella, calaba en lo profundo del problema cubano. Su fruto más inmediato fue la Universidad Popular José Martí (1923), donde estudiantes y jóvenes profesionales se convirtieron en profesores de los obreros.

Más allá de los logros universitarios de la reforma, su mayor trascendencia estuvo en la entrada de la masa estudiantil en el combate político, con fuerte repercusión nacional, la creación de la Federación Estudiantil Universitaria, en 1922, y el nacimiento de Mella como reconocido dirigente estudiantil con resonancia nacional. Aquel joven de veinte años, por sus vínculos con la joven intelectualidad y con el movimiento obrero, se convirtió en la figura revolucionaria de mayores potencialidades movilizativas.

Uno de los movimientos de mayor amplitud fue el de los Veteranos y Patriotas, que nació

como un movimiento de protesta cívica por parte de los veteranos de la guerra independentista. El movimiento creció y dio origen a la Asociación de Veteranos y Patriotas (1923-1924). De composición e ideología heterogéneas, el movimiento buscaba reformas rectificadoras, y en su seno surgió una corriente insurreccionalista en la cual descollaron los jóvenes de la Falange de Acción Cubana, encabezados por Rubén Martínez Villena. Aunque la insurrección de Federico Laredo Bru, en 1924, terminó en un gran fiasco, esta experiencia aportó mucho a la maduración revolucionaria de Rubén, la que se completó con su acercamiento al movimiento obrero a través de la Universidad Popular José Martí y el estrecho vínculo con Mella.

El movimiento feminista también alcanzó un punto importante en su desarrollo, con la celebración del Primer Congreso Nacional de Mujeres, en 1923. A pesar de divisiones en cuanto a sus metas de género, la mujer se insertaba en el movimiento cívico desatado. Otro hecho significativo del año 1923, fue el manifiesto de la Junta de Renovación Nacional, presidida por Fernando Ortiz, firmado por representantes de organizaciones, corporaciones económicas, instituciones profesionales y otras. En él se abogaba por la renovación de la vida pública para consolidar la República y terminar la obra de la Revolución.

En estos años, los distintos sectores burgueses empezaron a plantearse con fuerza los problemas de política económica, y centraron su atención en la política azucarera, la arancelaria y la necesidad de revisar el Tratado de Reciprocidad Comercial. La estructura económica cubana había dado los primeros avisos de su crisis; estos eran percibidos, pero las corporaciones económicas y los partidos políticos no habían planteado aún un proyecto abarcador y coherente para enfrentar la situación. El debate entre los distintos grupos burgueses se mantenía dentro del marco de los intereses sectoriales, con propuestas de reformas que buscaban una estabilización en el ámbito de su propia actividad; por tanto, no se había alcanzado el consenso necesario para un programa general de reformulación.

El cambio histórico (1925-1935)

La Cuba que llegaba al primer cuarto de siglo, había sufrido algunos cambios en su imagen. La expansión azucarera hizo surgir grandes colosos industriales en Camagüey y Oriente, con sus correspondientes poblados y la extensión de vías férreas por todo el país. Algunas ciudades habían estructurado mejor su fisonomía urbana, y la capital exhibía nuevas zonas urbanísticas y construcciones suntuosas. Los faroles de gas y los transportes de mulas se habían sustituido por el alumbrado eléctrico y los tranvías. Había comenzado la era del automóvil y las carreras de autos. También se había iniciado la era de la aviación, y ya, en 1921, se había hecho el primer viaje de correo aéreo Habana-Santiago de Cuba; por supuesto, se hacían viajes Habana-Key West. Desde 1922 se hacían las primeras emisiones radiales en Cuba. El país se modernizaba.

La Habana se había ensanchado, la vida citadina abarcaba nuevas zonas. La vieja instalación de la Universidad de La Habana des-

aparecía y, a partir de 1902, había comenzado la construcción de la Universidad Nacional en la colina que domina la calle San Lázaro, donde había estado la Pirotecnia militar española. Ese mismo año se construía el malecón habanero. El Paseo del Prado había quedado en el centro de un desarrollo urbanístico que hizo surgir nuevas casonas y lo embellecía con el edificio del Centro Gallego, construido en 1915, que conservaba en su interior el viejo teatro Tacón. Muy próximo, en el Parque Central, se levantaba la primera estatua erigida a José Martí en Cuba. Se había hecho por encuesta y posterior encuesta popular. Mirando al Malecón estaba el Palacio Presidencial, inaugurado en 1920. Diversos estilos arquitectónicos se entrecruzaban, mientras la burguesía se reunía en los clubes con nombres en inglés: Habana Yatch Club o Vedado Tennis Club.

La Primera Guerra Mundial y la "danza de los millones" impulsaron nuevas urbanizaciones. El reparto Miramar era el nuevo refugio de quienes se movían hacia zonas exclusivas, aunque seguían construyéndose nuevos palacetes en El Vedado. Los bancos extranjeros se instalaban en hermosas edificaciones en La Habana Vieja.

El público acudía a ver dramas y comedias españolas, zarzuelas y operetas en teatros de La Habana y otras provincias, interpretadas

generalmente por compañías españolas. En La Habana, tenían la primacía los teatros Principal de la Comedia, Payret, Nacional (antiguo Tacón) y Martí. Pero el teatro cubano enfrentaba un período de decadencia, salvado por algunas excepciones, como las obras de José Antonio Ramos. Frente a ello se mantuvo el teatro bufo, con sus personajes del negrito, el gallego y la mulata, quienes representaban, entre risas y música, la frustración republicana. El teatro Alhambra fue su máxima expresión. Durante la bonanza de la guerra, habían desfilado por escenarios cubanos figuras de primer orden, como: Paderewski, Arturo Rubinstein, Tito Ruffo, Enrico Caruso, el ballet de Ana Pavlova, la compañía de Sara Bernhardt, Vicente Blasco Ibáñez, Francisco Villaespesa, Jacinto Benavente, Margarita Xirgú, Pastora Imperio o Consuelo Mayendía.

Las salas de cine se expandían por el país y, en ellas, a pesar de la preferencia inicial por el cine europeo, predominaban las películas "americanas". Los circos Santos y Artigas y Pubillones eran los más conocidos, mientras que en el deporte el béisbol alimentaba las discusiones entre los fanáticos de los equipos Habana y Almendares, aunque también había público para el boxeo, y se mantenía el jai-alai. En los clubes aristocráticos se practicaba el tenis, o sus miembros jugaban al golf, o asistían a las carreras de caballos.

Pero Cuba era un país de grandes contrastes y masas marginadas. Si habían crecido los barrios aristocráticos, la crisis de posguerra también hizo crecer los barrios marginales. En un país básicamente agrícola, tenía un gran peso la población rural (48,6% en 1931), que vivía al margen de la vida en las ciudades. La mayor proporción de población urbana se concentraba en la capital, adonde llegaban muchos pobladores rurales en épocas de crisis, quienes engrosaban los barrios marginales. La ciudad principal tenía índices de primacía muy altos.¹¹ La densidad de población en La Habana era de 310,8 habitantes por milla cuadrada, en 1931, a la que seguía Matanzas, con 103,9, y Oriente con, 75,4. El crecimiento poblacional en 1931 alcanzó la cifra de 3 962 344 habitantes y se vio acelerado por las inmigraciones de españoles, haitianos, jamaicanos y chinos, con su incidencia social y cultural. A esto se sumaba el alto índice de analfabetismo.

Cuando Cuba sobrepasaba el primer cuarto del siglo xx, irrumpió un grupo significativo de jóvenes intelectuales, expresión de la conciencia nacional del momento. Publicaciones como la revista *Social*, primero, y la *Revista de Avance*, después, acogieron a esta nueva generación de actitud renovadora, que buscaba nuevas formas estéticas e ideológicas. Aparecieron obras que hurgaban en las cau-

sas de los problemas del país, asumían los elementos identificadores de la cultura nacional, y buscaban soluciones para toda la sociedad.

Vieron la luz: *Mensaje lírico civil* (1923), de Rubén Martínez Villena; *Glosas al pensamiento de José Martí* (1926), de Julio Antonio Mella; *La Zafra* (1926), de Agustín Acosta; *Salutación fraterna al taller mecánico* (1927), de Regino Pedroso; *La Rumba* (1928), de José Z. Tallet; *Indagación del choteo* (1928), de Jorge Mañach (1898-1961); *Pulso y Onda* (1929), de Manuel Navarro Luna; *Motivos de son* (1930), de Nicolás Guillén, y *Ecué-Yamba-O* (1931), de Alejo Carpentier. El ensayo y la poesía tomaban la avanzada en la expresión de las nuevas inquietudes.

Se había iniciado la renovación de los estudios históricos, con figuras como: Ramiro Guerra (1880-1970), Fernando Ortiz (1881-1969) y Emilio Roig de Leuchsenring (1889-1964). En 1927, aparecieron las obras trascendentes: *Azúcar y población en las Antillas*, de Ramiro Guerra, y *Cuba, factoría yanqui*, de Rubén Martínez Villena.

En la plástica, nuevos nombres aportaban la imagen renovada de lo cubano: Eduardo Abela, Víctor Manuel, Amelia Peláez, Marcelo Pogolotti y Carlos Enríquez fueron nombres significativos. En la música se daba un movimiento similar. Gonzalo Roig y Ernesto

Lecuona se harían imprescindibles para la cultura cubana, al tiempo que emergían Amadeo Roldán y Alejandro García Caturla, mientras *El manisero*, de Moisés Simons y *Mamá Inés*, de Eliseo Grenet se internacionalizaban en la voz de Rita Montaner.

Frente a una burguesía que asumía, como clase, la dependencia, y buscaba vías para solidificar con mayores beneficios su participación en el sistema, las fuerzas nacionales alcanzaban un grado de maduración capaz de afirmar una conciencia nacional, asumir a la nación con todos sus componentes, retomar para sí la tradición cultural y patriótica, y retornar a la búsqueda de proyectos para la nación independiente.

La economía monoprodutora y monoexportadora había dado señales de agotamiento. A pesar de la recuperación económica iniciada en 1923, el crecimiento azucarero asistía a su fin. Era el preludio de la quiebra definitiva de un modelo, por eso muchas voces lo cuestionaron, así como la invasión del capital norteamericano, el injerencismo de los Estados Unidos y el deterioro republicano. Los grupos de poder estaban ante la necesidad de replantearse la situación cubana para preservarse como tales.

La solución oligárquica

Para las elecciones generales de 1924, el Partido Liberal llevó la candidatura de Gerardo

Machado (1871-1939), quien presentó un programa electoral que constituyó una propuesta de reformulación de algunos aspectos del sistema; se trataba de superar sus deficiencias y preservarlo. Este programa fue promovido por grupos oligárquicos —en alianza con los grupos más poderosos y determinantes del imperialismo norteamericano—, por lo que, al responder a estos intereses, se movía dentro de los marcos del sistema de relaciones determinado por la dependencia neocolonial. Dichas propuestas se dirigían a salvaguardar el sistema en su conjunto, aunque las vías concretas se movían en favor de los grupos vinculados con Machado. Frente a la candidatura de Menocal, Machado ganó cinco de las seis provincias. El 20 de mayo de 1925 comenzaba su gestión de gobierno.

El proyecto machadista se articuló en un programa de gobierno coherente, cuya concepción básica en el aspecto económico era la búsqueda de la diversificación de la producción agrícola e industrial para el mercado interno, y se complementaba, en el plano político, con la creación de un frente común de la representación política oligárquica y la participación o atracción de las corporaciones burguesas y de todos los sectores sociales posibles, con lo cual se abrió un espacio de participación a grupos de la burguesía no oligárquica. Fue esta la primera respuesta de los grupos de po-

der ante las expresiones iniciales de la crisis del sistema neocolonial en Cuba.

La búsqueda de soluciones a los problemas cubanos condujo, necesariamente, a procurar algunos reajustes en la relación con los Estados Unidos, especialmente en los términos del Tratado Comercial y el Tratado Permanente; pero no se encontró aceptación en los Estados Unidos, y la burguesía cubana reaccionó supeditando sus aspiraciones a la relación dependiente.

El gobierno de Machado desarrolló su programa, básicamente, entre 1925 y 1927, cuando estableció los pilares fundamentales: la restricción azucarera, el plan de obras públicas y la reforma arancelaria. Con la restricción de la producción de azúcar, se trataba de mantener los precios del dulce a partir de una política de intervención estatal, pero no alcanzó a invertir la tendencia al estancamiento. Tampoco detuvieron la baja de precios los mecanismos para negociar centralizadamente la venta de azúcar o los intentos de concertación internacional.

El plan de obras públicas debía paliar la caída de los salarios y el nivel del desempleo. Por él se acometieron obras de carácter suntuario, como el Palacio del Congreso o Capitolio, o la ampliación del Malecón habanero. También se completaron los jardines de la Universidad y se construyó su escalinata.

Algunas de las obras fueron de utilidad, como la pavimentación de calles, la construcción de acueductos y alcantarillados y, especialmente, la Carretera Central, de indudable beneficio para la actividad económica del país. Pero se recurrió al financiamiento externo, por lo que en abril de 1933, la deuda de la República ascendía a \$170 762 320, de los cuales, \$82 322 000 correspondían al financiamiento de obras públicas, agravada por la malversación de esos fondos.

La reforma arancelaria era el corazón del proyecto diversificador, por la protección que debía ofrecer a las nuevas producciones, y debía llevar medidas complementarias. Esta ley de 1927 introdujo un concepto más moderno en política arancelaria y protegió algunas producciones, por lo que constituyó un punto de partida para el fomento de algunas producciones agrícolas e industriales. Sin embargo, no fue lo suficientemente eficaz, pues tuvo un carácter muy moderado y fue estructurada dentro de los límites impuestos por el dominio norteamericano, particularmente por el tratamiento preferencial contenido en el Tratado de Reciprocidad Comercial. De ahí que se mantuviera la condición de monoprodutor y monoexportador, y el azúcar siguió siendo la gran variable estratégica de la economía cubana. Sus resultados no se correspondieron con los objetivos que se perseguían ni con las necesidades reales.

El proyecto machadista de soluciones comprendió la neutralización de las rebeldía popular y la necesaria estabilidad política. Surgió así la fórmula del cooperativismo, al cual, con la atracción de los partidos de oposición, permitía gobernar a nombre de todos los grupos oligárquicos, eliminar toda forma de oposición y suprimir las pugnas y contradicciones por el poder. Se logró la participación del Partido Conservador, único de oposición, pues el Popular había pactado con Machado para las elecciones, y también la cooperación de las corporaciones burguesas, además de atraer a otras fuerzas por medio del halago, las concesiones o las presiones.

La alternativa política el cooperativismo fue la represión contra los que se negaran a colaborar y expresaran alguna forma de oposición. Fue una represión selectiva y diferenciada, dirigida contra quienes representaban un mayor peligro, como fue el caso del movimiento obrero y el estudiantil, aunque con métodos diferentes, de acuerdo con las características de estas fuerzas, aunque no excluía a ninguna manifestación de oposición.

Como parte de este proyecto, se intentó la permanencia de este mismo equipo de gobierno en el poder, por medio de una reforma constitucional que permitiera prorrogar el mandato de todos los cargos electivos y suprimiera la reelección presidencial, lo cual había

sido una promesa electoral. En definitiva, hubo reforma violatoria de los procedimientos constitucionales, por la cual Machado se reeligió por un período prorrogado a seis años, en unas elecciones celebradas bajo la Ley de Emergencia Electoral de 1925, que prohibía la reorganización de partidos y la inscripción de otros nuevos. Sin embargo, cuando Machado tomó posesión de su segundo mandato, en 1929, comenzó la quiebra de su régimen.

La violación de los mecanismos de la democracia burguesa generó contradicciones en el seno de los partidos políticos que se movían en la lucha por el poder, y afectó sensiblemente al cooperativismo, mientras las masas populares iban madurando y estaban en condiciones de insertarse en un primer plano de la lucha política. Por otra parte, se evidenciaba la insuficiencia del programa económico de Machado para resolver la situación cubana, lo cual se agravó dramáticamente con los efectos de la crisis económica mundial de 1929.

Dicha crisis aceleró el descenso de todos los índices económicos, aunque estos venían bajando desde los años precedentes. En el cuadro no. 5 pueden verse sus efectos.

En realidad, el precio del azúcar, rubro que seguía representando el 80% de las exportaciones, llegó a estar en 0,71 centavos la libra en 1932 y 0,97 en 1933. A partir de ese mo-

Cuadro no. 5

	1925	1929	1933
Población	3 295 746	3 576 715	3 961 725
Ingreso nacional (estimado)	708	571	294
Valor total de las exportaciones	353,9	272,4	84,3
Valor total de las importaciones	297,3	216,2	42,3
Prod. azucarera (tons)	5 189 347	5 156,279	2 005 563
Precio promedio azúcar (0 por lb. F.O.B.)	2,36	1,84	1.13
Centrales en producción	183	163	125
Duración de la zafra (días efectivos)	122	92	57
Arrobas de caña molida (millones)	4 107	3 764	1 145
Obreros agrícolas empleados (estimado)	269 312	325 551	250 218
Monto de los salarios pagados por corte de caña (estimado)	32,8	22,5	3,1
Valor estimado de la zafra	295,1	225,1	53,7

Nota: Los valores se expresan en millones de pesos. Tomado de Oscar Zanettir: «1929: la crisis mundial y la crisis cubana», en la revista *Santiago*, Santiago de Cuba, marzo de 1983, no. 49, p. 194.

mento, no fue posible mantener el programa machadista con el ritmo y presupuestos iniciales; por el contrario, el gobierno tuvo que actuar en respuesta a la situación impuesta por la crisis. Sus efectos se agudizaron con la política proteccionista norteamericana, mediante la tarifa Hawley-Smoot, de 1930, por la que el azúcar cubano pagaba dos centavos de arancel. Cuba bajó, de abastecer el 51,9% del consumo de azúcar en los Estados Unidos, en 1929, a abastecer el 25,4% en 1933.¹² Las repercusiones económicas y sociales de la crisis llevaron al país a un estado desesperado, y el gobierno perdió aceleradamente toda capacidad de maniobra. Bajo la presión de la crisis política y la crisis económica, se incrementó la oposición a Machado y, a partir de 1930, se generalizó la lucha en todos los sectores de la sociedad.

El proyecto de solución machadista no había aportado la respuesta que necesitaba el país, y los propios grupos de poder, sus vínculos clasistas, le impedían transformar las bases del sistema, porque al dejar en pie las causas, no pudo resolver la crisis del sistema de dominio en Cuba.

Soluciones alternativas

El cooperativismo y la represión combinadas habían logrado funcionar durante los primeros años del gobierno de Machado, acallando

la oposición y desarticulando al movimiento popular; por eso pudo realizarse el proceso de prórroga de poderes y reelección sin que se articulara un movimiento de oposición nacional, aunque hubo contradicciones en el camino.

Desde su génesis, el cooperativismo tuvo divisiones internas, pues los liberales y populares rechazaban la idea de compartir el poder con los conservadores. Se quería disfrutar del triunfo, es decir, de los cargos públicos. A pesar de ello, se alcanzó un importante consenso. Sin embargo, en el camino de la prórroga y la reelección fueron apareciendo opositores salidos de las filas de los partidos cooperativistas, quienes estructuraron organizaciones o grupos de oposición, cuyo objetivo era impedir la reforma constitucional y mantener el funcionamiento político anterior a la Ley de Emergencia Electoral de 1925. Surgió así Unión Nacionalista, con políticos de distintas procedencias, nucleados alrededor de Carlos Mendieta, desplazado por Machado de la candidatura liberal. Algunos opositores se agruparon en torno a Miguel Mariano Gómez, hijo de José Miguel, ya fallecido en 1921, constituyendo el grupo de los marianistas. En el Congreso apareció el grupo de los Conservadores Ortodoxos, y Mario García Menocal definió su opositorismo en 1930; pero ninguno ofrecía programa alter-

ivo al de Machado para resolver la crisis
ana; tampoco articularon un movimiento
posición capaz de impedir el continuismo,
que algunos tenían cierta influencia no
deñable.

sta oposición intentó actuar dentro de una
alidad que cada vez se hacía más precaria.
os intentos se intensificaron y buscaron
uciones conciliatorias en ocasión de las
cciones parciales de 1930. Entonces apa-
ieron los llamados del *Diario de la Marina*,
as gestiones de Mario García Menocal y
os, conectados con la embajada norteamer-
ana. Se perseguía una solución electoral,
resultado. El fracaso de los intentos con-
atorios y de las apelaciones legales; las
cciones parciales de 1930, celebradas bajo
ey de Emergencia Electoral; el apoyo nor-
americano a Machado; el recrudecimiento
la política represiva y la intensificación
las acciones populares, obligaron a variar
rumbo. En 1930, las masas populares
umpieron violentamente en la lucha revo-
ionaria, y los políticos tradicionales se
rentaron al peligro de perder el liderazgo
movimiento político.

a circunstancia apuntada, más el cierre de
a posibilidad de ejercicio de oposición, pre-
itó a los políticos tradicionales de oposi-
n a un movimiento insurreccional que es-
ó en agosto de 1931. Aquel movimiento

era en extremo heterogéneo, por la cantidad y calidad de fuerzas que abarcó. Los alzamientos mostraron las potencialidades combativas existentes en el país, y destacaron a Antonio Guiteras como luchador revolucionario, pero terminó en una bochornosa rendición de sus líderes, Menocal y Mendieta, y la pasividad de Miguel Mariano, lo cual afectó sensiblemente al liderazgo político tradicional.

La oposición salida de sectores burgueses se fue nutriendo con gran celeridad de nuevas fuerzas y figuras. Hasta ese momento, ni los grupos de oposición ni las corporaciones burguesas habían elaborado proyectos alternativos. Los debates sobre política económica, ocurridos entre 1929 y 1930, sólo apuntaban a soluciones muy específicas, no a un proyecto general. En este contexto cobra importancia la aparición, en 1931, de la organización ABC. Esta organización se asentaba, fundamentalmente, en grupos de las capas medias, y alcanzó una influencia bastante amplia por su intensa actividad terrorista; pero su programa de 1932 aportó un elemento nuevo al debate político. De corte reformista, proyectaba un estado corporativo y ofrecía un programa alternativo de soluciones, aunque dentro de la concepción del fatalismo geográfico en relación con los Estados Unidos. Era la primera propuesta alternativa, coherente y abarcadora, emanada de la oposición de los sectores burgueses.

Después del fracaso insurreccional, los diversos grupos opositores, formados por los políticos tradicionales burgueses, intentaron diversas coordinaciones, y mantuvieron como único punto de confluencia el objetivo de eliminar a Machado. En general, buscaron la gestión de la embajada norteamericana, invocando las obligaciones del Tratado Permanente; pero la administración Hoover producía cambios en su política exterior, que incluían evitar la intervención directa y, en su lugar, buscar una avenencia entre las partes en pugna.

El movimiento popular tampoco tenía un verdadero proyecto cuando Machado asumió el poder. Ni siquiera el Partido Comunista, recién surgido, estaba en condiciones de presentar un programa de tal naturaleza. Hacia 1929-1930 se planteó como objetivo el logro de la independencia nacional y la necesidad de enarbolar un programa propio. En 1931, este partido dio a conocer un programa inmediato de lucha, donde recogía básicamente las tareas generales de la Revolución agraria y antimperialista.

El movimiento estudiantil había mostrado combatividad frente al proceso continuista. En 1927 había organizado el Directorio Estudiantil contra la prórroga de poderes, pero sus dirigentes fueron expulsados de la Universidad, por lo cual quedó desintegrado. La represión machadista había asesinado a obre-

los o los habia expulsado del país, pero con los estudiantes se utilizaban otros métodos. Sin embargo, Mella fue objeto de persecución bien tempranamente. En el propio año 1925, fue expulsado de la Universidad y encarcelado sin derecho a fianza, lo que desencadenó la huelga de hambre del joven. La intensa movilización popular logró su salida de la cárcel, pero debía abandonar el país, pues estaba condenado a muerte. Desde el exterior, en México, Mella organizó un movimiento que planteó, quizás, el proyecto revolucionario más importante concebido en aquellos años.

Julio Antonio fundó la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC), en 1928. Su programa contemplaba un conjunto de medidas de carácter democrático y de liberación nacional capaz de atraer a diversas fuerzas. Mella, con su capacidad de generar una amplia unidad, concibió una acción armada que derrocaria a la tiranía y abriera el camino a las transformaciones económicas, políticas y sociales, en la cual debían participar todas las fuerzas emancipadoras y revolucionarias. Fue una concepción sobre la base de un frente amplio. El asesinato de Mella en México, en enero de 1929, por orden de Machado, hizo abortar aquel intento.

En 1930 se produjeron los primeros grandes movimientos de masas en la lucha revolu-

cionaria del siglo x
ticuatro horas, de
nes del Primero de
obreras, y la man
de septiembre, qu
Rafael Trejo, mar
lización de la luch
ceso revolucionar
tró que las fuerzas
y asumían un as
en las luchas polí
camino de la acci
nación de las mas
tintas organizac
nes ideológicas, a
signos, como los d
versitario (DEU),
el programa de Gui
del Partido Comu
Estos combates p
do, pero no pudi
revolucionaria.

Cuando, en ma
bierno norteameri
D. Roosevelt, pla
de "mediación", c
embajador, Benja
sición burguesa c
gociaciones. En
organizaciones p
cha, y con la hu
1933 precipitaron

el mediador buscó una salida para impedir el acceso al poder a las fuerzas revolucionarias.

La sustitución de Machado por Carlos Manuel de Céspedes y Quesada (1871-1939) en la presidencia, no pudo detener la situación revolucionaria que permeó hasta a los cuerpos armados. De allí salió el movimiento militar, encabezado por un grupo de sargentos, devenido en golpe de estado, el 4 de septiembre de 1933. Fulgencio Batista asumía la dirección militar y entraba en escena.

Los acontecimientos del 4 de septiembre lograron desplazar temporalmente al bloque oligárquico del poder político; sin embargo, no hubo la imprescindible unidad para imponer la solución revolucionaria. La CNOC, bajo la influencia del Partido Comunista, había logrado movilizar a la clase obrera tras metas políticas que incluían la liberación nacional, en lo cual desempeñó un papel muy importante la labor de Rubén Martínez Villena. Pero el Partido era aún inmaduro y estaba bajo la influencia de la política sectaria de la Internacional Comunista de aquel momento. Su consigna de "Por un gobierno de obreros y campesinos bajo la forma de soviets" lo aislaba del resto de las fuerzas, aunque logró una apreciable influencia dentro de la clase obrera, y, a través de la CNOC, pudo organizar a los sectores mayoritarios de esa clase, como fue el caso de los obreros azucareros.

El Partido Comunista también influyó ideológicamente en otros grupos y sectores del país. El Ala Izquierda Estudiantil, surgida en 1931 de entre los estudiantes antimperialistas que se desprendieron del DEU, estuvo bajo esa influencia. En ella militaban figuras de la talla de Pablo de la Torriente Brau (1901-1936) y Raúl Roa García (1907-1982). Dentro de las organizaciones femeninas, que luchaban por sus derechos de género, principalmente el sufragio, y se insertaban en la lucha política nacional, el Partido alcanzó un mayor vínculo con Unión Laborista de Mujeres, surgida en 1930, devenida, en 1933, en Unión Radical de Mujeres. En ella militaba la luchadora revolucionaria Ofelia Domínguez.¹³ También Defensa Obrera Internacional (versión cubana del Socorro Rojo) y la Liga Antimperialista actuaban bajo esta influencia.

Otras organizaciones, como el DEU, surgido en 1930, alcanzaban a movilizar ampliamente a las masas en la lucha contra Machado y, aunque se planteaban el problema nacional, no asumían una posición francamente antimperialista. Mantenían una posición reformista ante el problema nacional, pero desplegaron una intensa lucha en la que cayeron muchos de sus militantes. El ABC Radical o Pro Ley y Justicia, y otras organizaciones menores se alineaban en esta postura.

El combate ideológico fue muy enconado entre ellos y continuó luego de la caída de

lucado el 12 de agosto de 1933. Después del golpe del 4 de septiembre, cuando se instauró un gobierno colegiado de cinco miembros, conocido como Pentarquía, que fue sustituido el día 10 por un gobierno presidencialista, con Ramón Grau San Martín al frente, este combate de ideas continuó con más fuerza aún.

El gobierno presidido por Grau, conocido como "gobierno de los cien días", se caracterizó internamente por una gran heterogeneidad ideológica, lo cual debilitó sus posibilidades de acción y su capacidad para captar el apoyo de los sectores populares para mantenerse en el poder. Aunque constituyó una ruptura del dominio político por parte del bloque oligárquico, fueron sectores de las capas medias, fundamentalmente estudiantes y profesionales, quienes arribaron al poder, constituyendo un grupo minoritario. Internamente, se vio presionado por el Ejército, en un proceso que Batista trató de capitalizar para crear su liderazgo político. Aunque en su seno tuvo un aliento revolucionario, donde desarrolló la figura de Antonio Guiteras como secretario de Gobernación, Guerra y Marina, sus contradicciones hicieron crecer la oposición de las organizaciones revolucionarias excluidas del poder.

La obra del gobierno provisional de Grau concluyó en apenas ciento veintisiete días, me-

de justicia social, de desarticulación del pacto político militar existente y de defensa de la soberanía nacional, pero no se logró articular una política coherente sobre la base de un programa común, consistente, pues el gobierno se debatía entre la reforma y la revolución. Entre las más sobresalientes medidas decretadas se cuentan: disolución de los partidos políticos existentes, para confiar a una Asamblea Constituyente la definición de la nueva forma política del Estado; la creación de los Tribunales de Sanciones, para juzgar los delitos cometidos por los miembros del gobierno machadista, otorgamiento a la mujer del derecho a votar y ser elegida; jornada laboral máxima de ocho horas; creación de la Secretaría del Trabajo; nacionalización del transporte, que establecía la obligatoriedad de tener en la empleomanía un mínimo de 50% de trabajadores nativos; rebaja de las tarifas de electricidad y gas, servicios monopolizados por empresas norteamericanas; suspensión temporal del pago de la deuda al Chase National Bank, y la intervención de la Compañía Cubana de Electricidad.

Además del debate interno reforma-revolución, pronto se manifestó una tendencia distante al pacto con las fuerzas representativas del viejo poder político y con la embajada norteamericana. Rápidamente, Fulgencio Batista dio pasos en esa dirección, con lo que se

alió a los grupos de oposición que trabajaban en coordinación con el embajador norteamericano Summer Welles. Se convirtió con prontitud en la principal cabeza de la contrarrevolución y, en su gestión como jefe del Ejército, desarrolló una política represiva contra las masas populares, que afectó sensiblemente la imagen del gobierno.

El gobierno presidido por Grau también tuvo que enfrentar la hostilidad abierta de los Estados Unidos. La administración que estrenaba la Buena Vencidad no reconoció al gobierno cubano y lo aisló diplomáticamente, rodeó a Cuba de veintinueve buques de guerra y ejerció múltiples presiones para barrer al gobierno de Grau. La embajada de los Estados Unidos, en las condiciones anormales de mantener su personal sin tener relaciones oficiales con las autoridades cubanas, se convirtió en el centro de la conspiración que culminó con el golpe de estado del 15 de enero de 1934. Así sucumbió aquel gobierno, contradictorio internamente, pero que había abierto una brecha en el dominio de los sectores oligárquicos. La reacción retomaba el poder.

Producto del golpe de Estado de enero de 1934, se instauró un llamado gobierno de concentración nacional, presidido por Carlos Mendieta. Por el papel que tuvieron en aquella gestión el nuevo embajador de los Estados Unidos, Jefferson Caffery, y el jefe del Ejército, Fulgencio Batista, se le ha identificado como

erno Caffery-Bastista-Mendieta. Este gobierno acometería la tarea de restaurar el con-oligárquico en el contexto de un proceso revolucionario aún inconcluso. Se abría, entonces, una etapa de combate entre la ofensiva reaccionaria, desde el poder, y la resistencia revolucionaria, la cual trató de retomar la iniciativa, aunque manteniendo su heterogeneidad ideológica.

Las fuerzas motrices del proceso revolucionario continuaron la lucha mediante múltiples vías: huelgas, manifestaciones callejeras, actos insurreccionales y otras. Entre 1934 y 1935, fue ganando terreno la idea de que la unidad constituía un elemento indispensable para alcanzar la meta revolucionaria. En manifiestos y programas, se expresó el propósito de constituir un frente unido ant imperialista, síntoma de la maduración de las fuerzas. En diciembre de 1934, Antonio Guiteras, ya al frente de la organización revolucionaria en Cuba,¹⁴ evaluaba que:

(...) quizás por primera vez en Cuba se reúnen aún elementos y grupos que dentro de una misma ideología representan matices distintos, en un verdadero frente único de lucha. Esa desunión, existente hasta ahora, había sido una de las causas principales de la debilidad de las izquierdas en nuestro país.¹⁵

Aunque no se había concentrado la unidad, existían avances en ese camino al llegar a 1935. En este nuevo concretado, cobró especial importancia el acercamiento que se fue operando entre el Partido Comunista y Antonio Guiteras. El ex ministro de Grau había definido claramente su posición ideológica en el programa de Joven Cuba en 1934, el cual formulaba las tareas propias de la primera etapa de la Revolución, es decir, la solución de los principales problemas de la sociedad cubana, con lo que se alcanzaría la liberación nacional. Por otra parte, el Partido Comunista había iniciado un viraje en sus posiciones ante las fuerzas que debían participar en la Revolución, y en favor del frente popular antimperialista. Esto permitió estrechar relaciones alrededor del proyecto insurreccional concebido por Guiteras.

Simultáneamente, se venía desarrollando un movimiento huelguístico que involucró a amplios sectores obreros y a los estudiantes y sectores profesionales, y se fue organizando un amplio frente de lucha. Los acontecimientos apuntaban a una posible huelga general. Guiteras la consideraba un error, pues no estaban preparadas las condiciones para hacerla culminar en una insurrección triunfante, y por eso fracasaría. El Partido Comunista también consideraba necesario que la huelga culminara en una insurrección armada, lo cual no era posible porque no se habían rea-

lizado los preparativos necesarios. A pesar de estos criterios, se impuso el movimiento hacia la huelga. En marzo estalló la huelga general. Fue el último gran acto de masas del proceso revolucionario de los años treinta.

La represión de las fuerzas armadas, reorganizadas por Batista, y la movilización de las corporaciones económicas y de los políticos tradicionales, permitieron al gobierno ahogar la huelga que, ya imparable, había tenido el apoyo del Partido Comunista y de Guiteras. Fue una sangrienta derrota.

Luego del fracaso de la huelga, se aceleraron los preparativos insurreccionales. Guiteras debía partir hacia México con el revolucionario de origen venezolano, Carlos Aponte, y un pequeño grupo de los compañeros más perseguidos. De allí regresarían en una expedición para iniciar la insurrección en Oriente. El 8 de mayo de 1935, cuando se disponían a salir, fueron emboscados. En la acción murieron Antonio Guiteras y Carlos Aponte. Se había cerrado el ciclo revolucionario.

El proceso revolucionario de los años treinta no aportó la solución revolucionaria a la crisis cubana, como el proyecto machadista no había logrado ser la solución oligárquica. La crisis seguía en pie, por lo que quedaba planteada la necesidad histórica de encontrar otras vías para responder a esta situación.

La República: crisis y Revolución (1935-1959)

Con el cierre del ciclo revolucionario, comenzó una etapa en la cual la sociedad cubana tendría que desenvolverse en las condiciones de la crisis no superada. Este sería el factor condicionante para todos los elementos actuantes. A partir de 1934, luego del golpe de Estado de enero, comenzarían a presentarse y aplicarse diversos proyectos y planes para encontrar la solución. Los gobiernos del período actuaron bajo estas circunstancias. Estos fueron:

1934-1936 Gobierno Caffery-Batista-Mendieta
1936 Miguel Mariano Gómez
1936-1940 Federico Laredo Bru
1940-1944 Fulgencio Batista Zaldívar
1944-1948 Ramón Grau San Martín
1948-1952 Carlos Prío Socarrás
1952-1958 Fulgencio Batista Zaldívar

Proceso estabilizador

El gobierno presidido por Mendieta debió acometer la tarea de estabilizar al país, que era decir, la restauración del poder oligárquico,

squeda de una solución para la crisis. Esto hubo una participación decisiva de Estados Unidos, cuando la administración Coolidge desarrollaba la política reformista de "nuevo trato" y "buena vecindad". Como parte de la aplicación de los nuevos mecanismos, Estados Unidos firmaron con Cuba un nuevo Tratado de Reciprocidad Comercial, en 1934, que sustituirían la protección arancelaria por el sistema de cuotas azucareras establecido por la Ley Costigan Jones. Norteamérica necesitaba su propia recuperación económica después de la crisis de 1929. El capitalismo monopolista de Estado utilizaba mecanismos similares para alcanzar ese objetivo, lo cual se aplicaba a sus relaciones económicas internacionales, especialmente continentales. El sistema de cuotas para abastecer su mercado de intercambio comercial preferencial eran parte de ello.

La cuota azucarera, aprobada en mayo de 1934, fue bien recibida por la burguesía cubana. La cuota básica asignada a Cuba era superior a su participación histórica en aquel momento, pero representaba un aumento en la producción con las ventas del año precedente —era el 40% del consumo de ese país— y detuvo el rápido desplazamiento que venía sufriendo el producto cubano luego de la tarifa Smoot. Aunque a niveles bajos, era una estabilización. La industria cubana que-

daba condenada al estancamiento y a producir por debajo de su potencial. Poco después se firmaba el tratado comercial que ampliaba las ventajas a los productos de los Estados Unidos.

Por el nuevo tratado, Cuba recibía entre un veinte y un cincuenta por ciento de rebaja para un grupo de treinta y cinco artículos. La rebaja al azúcar era significativa, al fijarse sus derechos en 0,90 de centavo la libra, pero esto no otorgaba ventajas para competir en el mercado, ya que el mismo estaba regulado por el sistema de cuotas a favor de su producción doméstica. El tabaco también fue sometido a cuotas. A cambio, Cuba otorgó rebajas entre un veinte y un sesenta por ciento a cuatrocientos artículos norteamericanos. Una vez más, se sacrificaba la industria no azucarera en función del azúcar. El modelo económico cubano seguía en pie con una pobre reanimación.

Para elaborar un proyecto de soluciones internas, en 1934 llegó a Cuba una comisión de la Foreign Policy Association,¹⁶ que se encargaría de estudiar la situación cubana y proponer las reformas. El resultado fue publicado en 1935 bajo el título *Problemas de la nueva Cuba*. Sus recomendaciones descansaban en la idea de la diversificación de la producción y la estabilización social, sobre la base de proteger al pequeño propietario agrícola. Las medidas elaboradas servirían de

guía para reorientar la economía cubana. También había medidas para la estabilidad política. En opinión de la comisión, era necesario aplicar el programa de reconstrucción presentado ya que "...existe una demanda universal y profunda, en todas partes de la Isla, por semejante cambio social; y el rechazar esta demanda es equivalente a lanzar a la república de Cuba en crónico caos..."¹⁷

El programa de la Foreign Policy Association sirvió de base para las reformas que inició el gobierno. Estas comprendieron disposiciones, como la Legislación Cafetalera, que creó el Instituto Cubano de Estabilización del Café, la de minerales combustibles, y la Ley de Coordinación Azucarera, de 1937. Esta última pretendía regular armónicamente los tres sectores de la industria: el fabril, el agrícola y el trabajo. En 1937, Batista dio a conocer el Plan Trienal o Plan de Reconstrucción Económico-Social, que recogía, en general, las recomendaciones norteamericanas. El plan fue aprobado por el Congreso, pero abandonado al año siguiente sin posibilidades de realización.

La estabilización debía abarcar también la esfera política. Los Estados Unidos se avinieron a firmar un nuevo Tratado Permanente en 1934, el cual eliminaba algunos de los artículos de la Enmienda Platt, especialmente el que otorgaba el derecho a intervenir, aun-

que dejaba otros en pie, como el de las bases navales. De todas formas, era un logro de las fuerzas nacionales.

Las masas populares habían alcanzado un protagonismo incuestionable, y el aparato estatal, sufrido serios quebrantos, por lo que era necesario atender este problema. Se utilizó entonces el militarismo como instrumento para garantizar la estabilidad interna. Este fenómeno apareció en varios países del área y permitió utilizar a las fuerzas armadas en funciones de aseguramiento político. En Cuba, Batista, como jefe del Ejército, había creado las condiciones necesarias. El cuerpo militar fue reorganizado y empezó a asumir funciones que le daban verdadero poder político. De hecho existían dos poderes paralelos: el del jefe del Ejército y el de presidente de la República. Batista construía un liderazgo dentro del cuerpo armado, que se imponía a los funcionarios civiles y, además, encabezaba la represión con el fin de aplastar la rebeldía popular.

Conjuntamente con la política represiva y el fortalecimiento del fuero militar, se buscaba una estabilización política que legalizara al gobierno y permitiera transitar hacia el funcionamiento de los mecanismos democrático-burgueses. Lo primero fue armar un gobierno de "concentración nacional", donde estaban representados todos los que habían partici-

pado en la mediación y en la oposición a Grau. Aunque tuvo serias crisis internas, se mantuvo el intento unitario. Con la quiebra del aparato estatal después de la caída de Machado, la legalidad sólo estaba amparada por los Estatutos del gobierno provisional de 14 de septiembre de 1933. El nuevo Gabinete promulgó entonces la Ley Constitucional de la República, el 3 de febrero de 1934, la cual regulaba el funcionamiento del Estado en las nuevas condiciones. La ley daba funciones ejecutivas y legislativas al Gabinete, y mantenía, significativamente, el derecho de la mujer al voto. Luego de la huelga de marzo de 1935, se promulgó una segunda Ley Constitucional.

El nuevo gobierno recibió el reconocimiento inmediato de los Estados Unidos y el respaldo de las corporaciones económicas y figuras políticas; sin embargo, los partidos políticos tradicionales habían perdido su hegemonía. El bipartidismo había terminado y comenzaba una reconstrucción diferente, en la cual predominó la multiplicidad de partidos y las coaliciones o alianzas electorales con continuas divisiones, fusiones y disoluciones, que mostraban su propia debilidad. Para las alianzas, hubo dos focos de atracción: Batista, como hombre fuerte, con el respaldo de la oligarquía y la embajada norteamericana, y el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), el de mayor fuerza electoral.

El Partido Auténtico surgió en 1934, a partir de un Comité Gestor, compuesto fundamentalmente por antiguos miembros del DEU. Pronto llamaron a sus filas a Grau, quien se convirtió en el gran Mesías. Con su programa de corte nacional reformista, se convirtió en una nueva opción para el electorado y alcanzó notable fuerza. La entrada de Eduardo Chibás (1907-1951) lo reforzó aún más, aunque también recurrieron a las alianzas electorales.

Las elecciones generales de 1936 marcaron el regreso a la normalidad política, aunque muchos de los nuevos partidos se abstuvieron de concurrir. Miguel Mariano Gómez ganó con la Coalición Tripartita; pero pronto entró en contradicción con Batista. La embajada norteamericana manifestó su preocupación por la posible ilegalidad del proceso, pero se salvó la forma legal: el Senado depuso al presidente, y el vicepresidente ocupó su lugar.

Bajo la presidencia de Laredo Bru (1875-1946) se dieron los pasos que faltaban para completar el proceso. Aunque el auge del fascismo en Europa y la lucha antifascista crearon nuevas condicionantes. De acuerdo con la posición del gobierno rooseveltiano, el gobierno cubano inició una apertura democrática que incluyó la legalización de todos los partidos, en 1938. Así, el partido marxista leninista tuvo existencia legal con el nombre Unión

Revolucionaria Comunista —en 1944, Partido Socialista Popular—. El movimiento obrero se reorganizó, y en 1939 nació la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), dirigida por el comunista Lázaro Peña. Pero el proceso de institucionalización debía completarse.

En 1940 se elaboró una nueva Constitución, que introdujo el cargo de primer ministro y recogió el resultado del proceso anterior y de las nuevas circunstancias. Fue una "transacción entre las distintas clases sociales y fuerzas políticas" que no pudieron imponer sus proyectos en la etapa precedente. Se establecían las "bases mínimas de una modernización estatal", donde estaban presentes las reivindicaciones de los trabajadores y las demandas burguesas.¹⁸

A continuación se celebraron los últimos comicios por el viejo sistema electoral. Batista llegaba a la presidencia bajo las circunstancias de la Segunda Guerra Mundial, la cual trajo la integración continental bajo la égida de los Estados Unidos y mecanismos de control de la economía. Por la guerra, se firmaron dos convenios comerciales suplementarios (en 1939 y en 1941) y se suspendió el sistema de cuotas. Cuba vendería las zafras globales de 1942 a 1947 a los Estados Unidos, como contribución de guerra. Esta guerra permitió el crecimiento de algunas producciones, pero sin alterar el modelo existente. También, esta coyuntura llevó a una coali-

ción en la que estaban Batista y el Partido Unión Revolucionaria Comunista. Aunque para la dirección del Partido, el objetivo era impulsar la lucha antifascista y la política de guerra de los aliados, esto afectó su imagen ante quienes no comprendieron tal decisión.

Batista terminaba su mandato en la fase final de la guerra. No había realizado la legislación complementaria de la Constitución ni había resuelto la crisis, pero sí había devuelto el ritmo institucional a la República tras una década de dominio.

La solución auténtica

La alianza auténtico-republicana ganó las primeras elecciones con voto directo. Alcanzó 1 041 822 votos. La opción auténtica asumía el poder en medio de júbilo y esperanza. Llegaba el momento de aplicar su programa.

El período grausista se inició todavía bajo el signo de la guerra y de las ventas globales de la zafra. A partir de 1945, el gobierno empezó a negociar con los Estados Unidos algunas modificaciones respecto a los precios fijos, lo cual redundó en una elevación de los mismos para los años siguientes, y permitió un mayor volumen de ventas. La representación obrera en esas negociaciones constituyó una novedad y dio mayor fuerza a la posición cubana.

En estos primeros años, el gobierno tomó algunas medidas tendientes a proteger algu-

nas actividades económicas con participación de la burguesía doméstica. A pesar de ello, cuando terminó el período bélico, el azúcar había reforzado su posición al representar el 88% de las exportaciones, sin que se alcanzaran los niveles espectaculares de ganancias de la Primera Guerra Mundial. También se recuperaron posiciones en el mercado norteamericano al abastecer el 44,6% del mismo. La coyuntura creada por la guerra mantuvo un entendimiento con el movimiento obrero, que aportó algunas conquistas significativas, como el Diferencial Azucarero, el cual establecía la elevación de salarios proporcionalmente a la subida del precio del dulce en correspondencia con la Cláusula de Garantía fijada con los Estados Unidos.¹⁹

En la posguerra, los Estados Unidos impulsaron un reajuste en los mecanismos internacionales. Entre ellos, se cuenta la firma, en 1947, del Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT), que lastraba cualquier propósito de nacionalismo económico. Bajo las condiciones del GATT se firmó un Acuerdo Exclusivo Suplementario entre Cuba y los Estados Unidos, en 1947, reproductor de la reciprocidad anterior, aunque se iniciaba la protección de la producción nacional de arroz. A partir de entonces, habría que discutir en las rondas del GATT los términos del intercambio casuísticamente, en lo cual hubo

muchos vaivenes, sujetos a las posiciones norteamericanas, a las posiciones subordinadas de los azucareros cubanos, a las contradicciones intersectoriales de la burguesía doméstica y a la presión popular.

Como parte de ese reajuste, se impuso la política de guerra fría, que en Cuba se tradujo en una ofensiva contra el movimiento comunista y obrero. El V Congreso de la CTC, celebrado en 1947, marcó la intervención oficial que desplazó, por decreto, a la dirección comunista, e impuso a una oficialista, generadora del fenómeno llamado mujalismo, por el dominio de Eusebio Mujal. La CTC surgida entonces era conocida como CTK.²⁰ A esto siguió el asesinato de los líderes obreros más significativos. Se creó el Grupo Represivo de Actividades Subversivas (GRAS), y se aplicó la censura, con el llamado Decreto Mordaza. Los gobiernos de Grau y de Prío se alinearon en este reajuste, también en los organismos internacionales. Cuba fue firmante del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y, como miembro no permanente del Consejo de Seguridad de la ONU, apoyó la posición norteamericana respecto a China y durante la agresión norteamericana a Corea.

En el gobierno de Prío los auténticos acometieron la legislación complementaria de la Constitución. Se creó entonces el Banco Nacional de Cuba y el Banco de Fomento Agríco-

la e Industrial de Cuba (BANFAIC), se emitió la Ley sobre contrato de arrendamiento de finca rústica y aparcería, la Ley Orgánica de los presupuestos, la de creación del Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales, la del Tribunal de Cuentas y la Ley de los municipios y provincias. Se materializaba, en alguna medida, el espíritu modernizador de la Constitución, pero su efectividad fue muy relativa. Hubo un espíritu muy moderado, y los nuevos mecanismos no lesionaban los intereses oligárquico-imperialistas, como tampoco se alteró la corrupción político-administrativa.

Los gobiernos auténticos actuaron bajo la presión de su compromiso de masas y de su proyección programática, que aspiraba a un mayor nivel de soberanía. Esto incidió en algunas contradicciones con los Estados Unidos, pero fueron de segundo orden. Por ejemplo, la exigencia de que los Estados Unidos se retiraran de las bases de San Antonio de los Baños y de San Julián seis meses después de terminada la guerra, como establecían los convenios de préstamo y arriendo. Otro caso fue la reacción cubana ante la ley que restablecía las cuotas azucareras a partir de 1948, por la cual Cuba recibía una participación básica de 28,6%, muy por debajo de lo esperado, y que, peor aún, incluía la Cláusula 202-E, donde se establecían represalias de los Estados Unidos contra la nación que

négara un trato "justo y equitativo" a sus nacionales, su comercio, navegación o industria. El gobierno cubano llevó el problema a la Conferencia Panamericana de Bogotá de 1948, como condena a la agresión económica. Esto se recogió en la Carta de la OEA. Con Prío se mantuvieron las contradicciones alrededor de problemas específicos de la política continental y los problemas de la venta de azúcar a los Estados Unidos. A pesar de ello, entre 1950 y 1952, se firmaron convenios militares que ponían a las fuerzas armadas cubanas bajo control de misiones norteamericanas, lo que culminó con la firma de un Convenio de Ayuda Mutua el 8 de marzo de 1952.

En medio de una actuación muy contradictoria, la gestión auténtica incidió en la crisis de las instituciones del Estado burgués. La corrupción político-administrativa, la proliferación de bandas pandilleras al servicio del gobierno, el nepotismo y la represión aceleraron el deterioro de ese partido. Prío intentó un rescate con la proclamación de la política de "nuevos rumbos" en 1950, pero fue inútil.²¹

El Partido Auténtico se había convertido en uno más de entre los partidos políticos burgueses. Su propósito de actuar dentro del sistema llegó a que el sistema lo ahogara. Los desprendimientos sufridos por el partido fueron síntomas claros de ese deterioro. Aunque

hubo varios, el de mayor significación fue la separación de Eduardo Chibás, en 1947, para crear el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo).

Eduardo Chibás se convirtió en un severo crítico de la corrupción político-administrativa auténtica y, con su programa de reformas y sus campañas contra "los pulpos norteamericanos" de la electricidad, los teléfonos y otros, generó un movimiento cívico de amplio respaldo popular. La ortodoxia, aunque con contradicciones internas, alcanzó una alta capacidad de movilización, que la perfiló como la mayor fuerza política del país. A pesar del suicidio de Chibás, en 1951, se avizoraba como el gran vencedor en las elecciones de 1952. Pero las elecciones no se celebraron, porque el 10 de marzo de 1952 Fulgencio Batista encabezó un golpe de Estado militar.

La agudización extrema de la crisis

El aliento revolucionario de los años treinta y su incapacidad para producir una transformación revolucionaria, marcó notablemente el pensamiento posterior. El sentimiento de frustración, la imposición de las normas de una burguesía que miraba hacia el Norte, la defensa de los ideales de aquella Revolución, la afirmación de la óptica marxista o de las corrientes del pensamiento burgués, la búsqueda de raíces y causas, estarían presentes en el debate de ideas y en sus resultados intelectuales.

Los jóvenes que habían irrumpido en la década del veinte, se consolidaban ahora con una obra madura, mientras aparecían nuevas generaciones, especialmente en las décadas del cuarenta y el cincuenta. Hacen sus primeras armas autores como Samuel Feijóo, Onelio Jorge Cardoso o Félix Pita Rodríguez. El pensamiento marxista se expresa en el ensayo, la historiografía, el periodismo y en la poesía, con Mirta Aguirre, José Antonio Portuondo, Julio Le Riverend, Carlos Rafael Rodríguez, Sergio Aguirre... El grupo Orígenes daría a José Lezama Lima, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Eliseo Diego y al dramaturgo por excelencia, Virgilio Piñera. En la plástica, Mariano Rodríguez y René Portocarrero plantearían su perspectiva de lo cubano, y en la música aparecerían Argeliers León y Harold Gramatges, a partir del Grupo Renovación Musical, fundado por José Ardévol.

En la capital se enseñoreaba el estilo moderno o funcional en los altos edificios y casas de apartamentos. Crecieron nuevas urbanizaciones y se edificaban hoteles, aunque su mayor auge fue con el batistato. La burguesía seguía desplazándose hacia los barrios exclusivos del oeste de la ciudad, y los barrios marginales, como Las Yaguas o Llega y Pon, seguían creciendo. Surgían las Universidades de Oriente, en Santiago de Cuba, y la Marta Abreu, de Santa Clara. En 1950 se aprobó la

de Universidades Privadas, iniciando una ofensiva contra las universidades estatales, que mantenían una tradición combativa. Cuba había arribado a la década del cincuenta sin haber resuelto la crisis del sistema. Los partidos políticos burgueses, incapaces de encabezar las imprescindibles transformaciones, hacían crisis ellos mismos. Después de *Problemas de la nueva Cuba*, se habían sucedido proyectos, desde las corporaciones económicas o desde instituciones de los Estados Unidos, pero el problema seguía en pie. No se había alcanzado la diversificación, y el azúcar seguía aportando más del ochenta por ciento de las exportaciones, aunque era una industria estancada. En 1950, un nuevo proyecto, esta vez del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, confirmaba la crisis y la urgencia de un plan de acción. Su resultado, conocido como Informe Truslow, planteaba que en Cuba se había desarrollado un círculo vicioso que presentaba dos alternativas: una mejoría rápida de las relaciones trabajadores-patronos-gobierno, para crear un mejor clima inversionista, o un deterioro económico progresivo que haría crecer la tensión social, lo cual aumentaría el peligro de una dictadura.²² Esta vez se presentaba una estrategia para el desarrollo, el retorno a la diversificación, sobre la base de crear un clima apropiado para las inversio-

nes. Este sería el fundamento de la política económica de Batista, luego de 1952.

Desde la década del treinta, las inversiones norteamericanas reflejaban el cambio en la política de inversiones. El capital se dirigía a sectores que ofrecían mayores ganancias: petróleo, minería y manufacturas. Cuba no tenía un amplio mercado interno, ni se le conocían grandes reservas petroleras, y la riqueza minera, en general tenida como reserva, requería de fuertes inversiones para su explotación. Se apreció entonces una contracción en las inversiones norteamericanas, cuyo monto total para 1935-1936 se calculó en \$666 000 000, y para 1958, en \$700 000 000. El azúcar ya no era tan atractivo y se transfería el capital a otros sectores y países. Como receptora de capital norteamericano, Cuba pasó al segundo lugar en 1950, y al tercero, en 1956, desplazada por Venezuela y Brasil.

Algunas producciones cubanas, como el arroz y los textiles, habían conquistado cierta protección en las rondas del GATT, aunque bajo fuertes presiones de los proveedores norteamericanos, apoyados por los importadores domésticos y, cuando estaban en juego sus intereses, por la burguesía azucarera. En este marco tan contradictorio, la industria no azucarera tenía una pobre y agónica presencia. En 1954, el 63,2% de estas industrias tenía menos de diez obreros, y el 17,3%, entre once y veinticinco.²³

En una población de 5 829 000 habitantes en 1953, el país mantenía la misma estructura. Las inmigraciones perdieron importancia, mientras la emigración, fundamentalmente hacia los Estados Unidos, tenía una tendencia ascendente. En ese año, todavía había un 17,6% de población analfabeta. El 51,6% de la población urbana vivía en viviendas de manicomio, y el 37,2%, en viviendas de hojas de palma, mientras que en la rural eran el 2,5% y el 78,2%, respectivamente. Existía una apreciable tendencia a la concentración urbana, La Habana seguía siendo la provincia más densamente poblada (187,2 hab/km²), seguida a distancia por Oriente (49,1). La agricultura se mantenía como la mayor opción laboral para los hombres, mientras que los servicios eran para las mujeres, aunque estas representaban sólo el 17,1% de la población económicamente activa.²⁴

En medio de una fuerte propaganda anticomunista, el descrédito de los partidos políticos burgueses, la agudización del debate en torno a los problemas de crisis, desarrollo y política económica para Cuba, el reconocimiento de la necesidad de cambios y la gran potencialidad revolucionaria que encerraba la movilización política de los seguidores ortodoxos, se produjo el golpe de 1952. Se optó por un gobierno "mano fuerte" para aplicar la solución, al igual que en otros países del continente, donde se sucedieron golpes militares.

Desde el poder, Batista satisfizo las demandas del capital norteamericano, aplicó el Plan Truslow e incorporó al país más activamente a la política de guerra fría. Amplió las facultades al personal militar norteamericano, forzó el rompimiento de relaciones diplomáticas con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y creó el Buró Represivo de Actividades Comunistas (BRAC), asesorado por la Central de Inteligencia Americana (CIA).

La política económica descansó en la restricción azucarera y los gastos compensatorios, lo que estimuló las importaciones, mientras las exportaciones quedaban estancadas. No se logró la aspiración de sustituir importaciones, y la burguesía no azucarera se mantuvo subordinada al bloque oligárquico. Los gastos compensatorios y el Plan de Desarrollo Económico y Social, de 1955, se tradujeron en la realización de obras públicas y urbanización de repartos. Así se construyó el túnel de la bahía, el conjunto de edificios de la Plaza Cívica y otros.

La política de gasto público pretendía mantener los niveles de ingreso y empleo, pero sus recursos fueron principalmente a obras improductivas y provocó un notable aumento de la deuda pública, y una peligrosa disminución de las reservas monetarias. Por el plan de 1955, se pretendió aplicar medidas anticíclicas y encaminar la diversificación. Por

sta vía se fomentaron algunas industrias, pero las mayores inversiones se hicieron en la urbanización de repartos y se utilizaron fondos para la construcción de hoteles. Mas no alcanzó para una transformación esencial. La industria azucarera se mantuvo bajo restricción y la política norteamericana la golpeó aún más. La Ley de cuotas de 1956 significó la rebaja de 2 437 225 toneladas en la participación cubana durante el siguiente quinquenio. El principal rubro de exportación mantenía el estancamiento. La situación descrita condujo a que, en 1958, se llegara a un balance comercial desfavorable en \$43 577 000. La crisis se agudizaba.

Al mismo tiempo, con la colaboración de la CTK, el gobierno lanzó una ofensiva contra las conquistas obreras, de acuerdo con lo recomendado por el Plan Truslow. La clase obrera se defendió creando organizaciones al margen de la CTK. La huelga azucarera de 1955, por la demanda fundamental del pago del Diferencial Azucarero, obligó al gobierno a hacer concesiones parciales.

Por otra parte, los partidos políticos burgueses no ofrecieron solución ante la ruptura de los mecanismos de la democracia burguesa. En líneas generales, se hicieron cómplices al participar en el gobierno de Batista o en las elecciones de 1954 y 1958, cuyo objetivo era legalizar al régimen y salvarlo de la bancarro-

ca. LOS II accionamientos ortodoxos y auténticos contribuyeron a esta crisis. Se necesitaba unir a todas las clases y grupos sociales para enfrentar la tiranía y organizar la resistencia nacional.

La solución revolucionaria

El golpe de Estado agudizó la crisis política, pero no hubo una resistencia organizada inmediata. No la presentaron los partidos políticos burgueses —ni aun los que fueron desplazados del poder— ni el movimiento obrero, bajo la dirección mujalista. El Partido Socialista Popular emitió declaraciones contra el golpe, pero su aislamiento político le impedía encabezar la movilización popular. La FEU pretendió ofrecer una resistencia armada, infructuosamente, pues las armas prometidas por Prío no llegaron nunca. El presidente depuesto abandonó el cargo y el país, sin intentar la defensa de la Constitución. La preservación de la legalidad constitucional no tuvo vías de realización.

Sin embargo, hubo intentos de oposición que fueron destacando a algunas fuerzas y figuras. La FEU organizó mítines, manifestaciones y hasta el entierro simbólico de la Constitución en rechazo de los Estatutos Constitucionales promulgados por Batista. El PSP denunciaba el carácter antinacional y proimperialista del golpe y su función de impulsar la aplicación

del Plan Truslow, y planteaba un programa de lucha por la Constitución, los derechos democráticos, la reforma agraria, la unidad obrera y la formación del Frente Democrático Popular. Dentro de los auténticos y los ortodoxos se perfilaron grupos insurreccionalistas frente al quietismo y el electoralismo de otros.

Simultáneamente, surgieron nuevas organizaciones que intentaban el enfrentamiento al régimen, como Acción Revolucionaria Oriental, encabezada por Frank País (1934-1956), o el Movimiento Nacional Revolucionario, de Rafael García Bárcena. En La Habana, el joven abogado Fidel Castro (1926) establecía una denuncia contra Batista ante el Tribunal de Urgencia y publicaba el manifiesto "¡Revolución no, Zarpazo!", en el que decía: "Cubanos: hay tirano otra vez, pero habrá otra vez Mellas, Trejos y Guiteras."²⁵ En el trabajo "Recuento crítico del PPC (O)", afirmaba que el momento era revolucionario y que "a un Partido Revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular que salve a Cuba".²⁶

Fidel Castro se fue convirtiendo en el centro de un grupo de jóvenes, muchos como él salidos de las filas de la Ortodoxia, identificados como Juventud del Centenario de Martí, quienes estructuraron un movimiento revolucionario que utilizaría la vía armada. Se concibió, entonces, el ataque al segundo cuartel

litar de Cuba: el Guillermo Moncada, de San-
go de Cuba, con otras operaciones de apo-
en Santiago y en el cuartel Carlos Manuel
Céspedes, en Bayamo. Esta acción debía
invocar a la movilización popular y permitir
mar al pueblo para una insurrección que
eliminara en una huelga general revolucio-
ria. El ataque se produjo el 26 de julio de
1953. El *Manifiesto del Moncada* (1953) esta-
blecía los objetivos de la lucha y la orienta-
ción ideológica martiana.

El cuartel no pudo tomarse. En los combates
del día 26, los asaltantes tuvieron alrede-
dor de ocho bajas, de ellos tres muertos, pero
por producirse las detenciones fueron asesina-
dos ochenta combatientes, incluyendo a Abel
Santamaría (1927-1953), segundo jefe del Mo-
vimiento. Durante el proceso judicial seguido
a los "moncadistas", Fidel Castro asumió su
propia defensa, y en su alegato definió los ob-
jetivos que perseguían, así como el programa
inmediato, que resumió así:

El problema de la tierra, el problema de la
industrialización, el problema de la vivien-
da, el problema del desempleo, el problema
de la educación y el problema de la salud
del pueblo; he ahí concretado los 6 puntos
a cuya solución se hubieran encaminado
resueltamente nuestros esfuerzos, junto
con la conquista de las libertades públicas
y la democracia política.²⁷

Ta
fu
sol
tea
inc
pe
cu
res
E
cu
un
po
vo
fu
ci
rev
tal
de
y F
tic
tic
co
E
en
mi
a p
fig
La
ha
en
ob
ini

bién es importante la definición de las clases sociales capaces de participar en la revolución revolucionaria, que preconiza y plantea una lucha nacional de base popular, al incluir a obreros, campesinos, profesionales, pequeños comerciantes, jóvenes que no encuentran empleo, en fin, los sectores populares capaces de "pelear con todo el coraje".²⁸

El asalto al Moncada significó un cambio decisivo en la situación del país. Surgía una nueva fuerza, con una dirección nueva y una estrategia y un proyecto revolucionario en condiciones de atraer a las masas nacionales en pos de su propia solución.

Se abría una nueva etapa en la lucha revolucionaria. Las organizaciones fundamentales actuarían en un proceso de integración de los sectores populares dentro de sus filas, planteando objetivos nacionales, democráticos, de transformación revolucionaria y justicia social, tras los cuales se convocaba al conjunto de la sociedad.

Un proceso iniciado desde la prisión, entre mayo y junio de 1955, surgió el Movimiento Revolucionario 26 de Julio (M-26-7), a partir de los moncadistas, al que confluieron las fuerzas procedentes de otras organizaciones. La salida de los moncadistas de la prisión ha sido un logro del pueblo, movilizado en torno a la amnistía, pero la represión los obligó a ir al exilio, donde se prepararía el inicio de la guerra revolucionaria.

El movimiento estudiantil también entró en combate, fundamentalmente después de que José Antonio Echeverría ocupó la presidencia de la FEU, en 1954. En diciembre de 1955, se planteó la creación de una organización de carácter clandestino, que sería su brazo armado: el Directorio Revolucionario.

Las dos nuevas fuerzas darían un paso muy importante en el camino de la unidad en la lucha revolucionaria: el 31 de agosto de 1956, Fidel Castro, por el M-26-7, y José Antonio Echeverría (1932-1957), por la FEU, firmaron la Carta de México. Se recogía el propósito unitario, la opción insurreccional secundada por una huelga general, el llamado a todos los sectores sociales y la solución revolucionaria, aunque cada organización desarrollaría sus planes de acuerdo con sus concepciones estratégicas.

El 2 de diciembre de 1956 se produjo el desembarco de ochenta y dos expedicionarios, procedentes de México en el yate *Granma* al mando de Fidel Castro. Por la Sierra Maestra, en la provincia de Oriente se iniciaba la guerra revolucionaria, la cual duraría dos años. El Ejército Rebelde, surgido entonces, sería el eje central de la lucha y crisol de la unidad popular desde la base.

El combate creció en la Sierra y en las ciudades. El Directorio Revolucionario, de acuerdo con sus planes, asaltó el Palacio Presidencial,

en La Habana, el 13 de marzo de 1957. No logró ajusticiar al tirano, pero conmovió a la opinión pública. Entre los combatientes que murieron aquel día, estaba José Antonio Echeverría. En las ciudades se desarrollaban acciones combativas y el Ejército Rebelde ampliaba su zona de operaciones. En 1957 surgieron grupos guerrilleros en la provincia de Las Villas, fortalecidos con el desembarco de Faure Chomón, dirigente del Directorio Revolucionario, el 8 de febrero de 1958. La guerra llegaba a toda la provincia de Oriente.

La posición del gobierno se fue debilitando, al punto que, en marzo de 1958, los Estados Unidos cesaron oficialmente los suministros militares a Batista, aunque se mantuvieron mediante terceros países, y empezaron a discutirse alternativas de solución, que se movieron básicamente entre la promoción de una junta cívico-militar y la búsqueda de una tercera fuerza para evitar la toma del poder por el M-26-7.

A pesar del fracaso de la huelga del 9 de abril de 1958, convocada por el M-26-7, y de la ofensiva subsiguiente lanzada por el gobierno, Batista no pudo sostener su posición. El Ejército Rebelde, luego de resistir la acción enemiga, inició una contraofensiva transformada en ofensiva general a partir de noviembre. Las columnas rebeldes ponían un cerco elástico a Santiago de Cuba, focos guerrille-

ros operaban en las distintas provincias, y las columnas invasoras, al mando de Ernesto Che Guevara (1928-1967) y Camilo Cienfuegos (1932-1959), operaban ya en Las Villas. Guevara, junto a las fuerzas del DR y del PSP, que combatían en la zona, libraba la batalla de Santa Clara en los días finales del año 1958.

En las maniobras para impedir el triunfo revolucionario, se intentaron gestiones mediadoras, se celebraron las elecciones de noviembre de 1958 para ganar tiempo, se utilizó al general Eulogio Cantillo para buscar un acuerdo con Fidel Castro para detener la ofensiva rebelde. El 31 de diciembre de 1958, a las 4 p.m., se celebraba una conferencia en Washington con representantes de los departamentos de Estado y Defensa, del Estado Mayor Conjunto, de la CIA y del presidente, cuyo tema era Cuba. Allí se habló de posibles acciones por medio de la OEA y de la necesidad de una tercera fuerza para derrotar políticamente a Castro. En medio de la discusión, llegó la información de su embajador en Cuba sobre la próxima salida de Batista, quien dejaría el gobierno a una Junta. El embajador pedía instrucciones sobre la composición de esa Junta. Los reunidos discutieron si Fidel Castro debía estar en ella.²⁹

Las fuerzas que luchaban contra Batista ya habían reconocido explícitamente el papel del Ejército Rebelde. Así se expresaba en el Pacto

de Caracas, firmado por once partidos y organizaciones el 20 de julio de 1958. Mientras en Washington se discutía el futuro de Cuba, en la Isla se libraban combates decisivos. Al amanecer del primero de enero de 1959, la ciudad de Santa Clara era tomada por los rebeldes. Esa misma madrugada, Batista había huido para dar paso a una Junta Cívico-Militar. Fidel Castro ordenó a Camilo Cienfuegos y Ernesto Che Guevara marchar hacia la capital con sus tropas; se dirigió él con sus combatientes a Santiago de Cuba y llamó al pueblo a prepararse para una huelga general, que comenzó el 2 de enero de 1959. Estas decisiones y la movilización popular aseguraron la toma del poder político por las fuerzas revolucionarias. Comenzaba otra etapa en la historia de Cuba.

- 1 USA. Department of State: *Papers Relating to the Foreign Relations*, Washington, Government Printing Office, 1901, p. XXIX. (Trad. de la autora.)
- ² Pichardo Hortensia: *Documentos para la Historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1969, t. II, p. 71.
- ³ *Ibíd.*, pp. 119-120.
- ⁴ USA. Departamento de la Guerra: *Informe sobre el Censo de Cuba, 1899*, Washington, 1900.
- ⁵ Los Estados Unidos reclamaban inicialmente cuatro estaciones: Guantánamo, Nipe, Cienfuegos y Bahía Honda. En el convenio, las bases se redujeron a dos, y finalmente sólo se estableció la de Guantánamo, cuyo territorio se amplió en relación con los límites originales.
- ⁶ Se le llamaba botella al cobro de un salario por un empleo público que no se desempeñaba.
- ⁷ El nombre se debía a la conga popular que identificaba a los liberales y que en su estribillo decía: "aé la chambelona".
- ⁸ Magoon, Charles: *Informe de la administración provisional de la República de Cuba*, La Habana, 1909, p. 51.
- ⁹ Centro de Estudios Demográficos: *La población en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.

Pichardo: Ob. cit., pp. 121-124.

Centro de Estudios Demográficos: Ob. cit.

Soto, Lionel: *La Revolución del 33*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, t. II, p. 265.

Abogada, se incorporó al trabajo por los derechos de la mujer de forma destacada, desde 1923. Además, participó en las luchas sociales y políticas. Su libro *Cuarenta años de una vida*, publicado en 1971, recoge toda su intensa vida revolucionaria.

Organización fundada en 1934 por Antonio Guiteras, cuyo programa tenía un firme carácter antimperialista. Con esta organización Guiteras proyectó un movimiento insurreccional que no pudo llevarse a cabo debido a su asesinato en mayo de 1935.

De la Osa, Enrique: *Los días y los años*, UNEAC, Ciudad de La Habana, 1983, p. 150.

Organización sin vínculos estatales, que realizó trabajos de investigación en distintos países de América Latina por la misma época, con el propósito de detectar los problemas y proponer programas de solución. Este programa lo realizaban especialistas de distintas ramas.

Zanetti Lecuona, Oscar: *Los cautivos de la reciprocidad*, Ministerio de Educación Superior, La Habana, 1989.

Foreign Policy Association: *Problemas de la nueva Cuba*, New York, 1935, p. 24.

Marqués Dolz, María Antonia: *Estado y economía en la antesala de la Revolución*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1994, p. 2.

Se hacía alusión al Inciso K de la Ley de Ampliación Tributaria, que destinaba fondos a

la educación. Por este concepto se financió a los grupos pandilleros y a la dirección mujalista. Fue una vía millonaria de malversación.

- ²¹ Ante la pérdida de respaldo electoral, Prío anunció este cambio de política, que contemplaba la inclusión de ministros más técnicos en el Gabinete y la ruptura con Ramón Grau San Martín.
- ²² International Bank for Reconstruction and Development: *Report on Cuba*, Johns Hopkins Press, 1951.
- ²³ Ibarra Cuesta, Jorge: *Cuba: 1898-1958. Estructura y procesos sociales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995. Tabla V.
- ²⁴ Centro de Estudios Demográficos, Ob. cit.
- ²⁵ Martínez Díaz, Dina (Comp.): *Selección de lecturas de Historia de Cuba IV*, ENSPES, La Habana, 1983, 1ª. Parte, p. 285.
- ²⁶ *Ibíd.*, p. 271.
- ²⁷ Castro, Fidel: *La Historia me absolverá*, Ediciones Políticas, La Habana, 1967, p. 29.
- ²⁸ *Ibíd.*, pp. 25-26.
- ²⁹ USA. *Department of State. Foreign Relations of the United States, 1958-1960, Cuba*. Vol. VI, United States Government Printing Office, Washington, 1991, pp. 323-329.

Tercera parte

La Revolución en el poder
(1959—1995)

Doctor Arnaldo Silva León

La Revolución cubana: proyecto social y plasmación histórica

Una pregunta resulta frecuente, aún hoy, entre los estudiosos de la Revolución cubana, sobre todo en el exterior. ¿Por qué el proceso evolucionario que se libró contra la dictadura de Fulgencio Batista en la década del cincuenta, condujo al socialismo?

El derrocamiento de la dictadura de Batista en la madrugada del primero de enero de 1959, no significó —como anhelaban el imperialismo norteamericano y las clases dominantes en Cuba— un retorno al 9 de marzo de 1952. Por el contrario, entrañó el comienzo del fin de sesenta años de dominación imperialista de explotación capitalista.

La historia del capitalismo en Cuba había demostrado fehacientemente, en la década del cincuenta, que la promoción del desarrollo económico y social orientado a satisfacer las necesidades del pueblo, no podía tener lugar en los marcos de dicho sistema. Esa historia demostraba, además, que el enfrentamiento con el imperialismo era un elemento explicativo fundamental de todo el quehacer políti-

co, económico y social de la vida republicana. Y fue así, porque el imperialismo no fue meramente el enemigo externo del país. La dominación imperialista en Cuba configuró toda la estructura económica, política y social del capitalismo dependiente cubano. Esta fue parte constitutiva del sistema de dominación y explotación del país, más que un agente actuante sólo del exterior.

Desde mucho antes de 1959, los objetivos de la liberación nacional y social se habían entrelazado en Cuba, de tal manera, que el logro de uno era imposible sin el otro. La débil burguesía cubana —como la historia lo demostró— fue incapaz de liderar, ni siquiera de sumarse, a un movimiento de carácter antimperialista; luego, el sujeto social de ambas revoluciones era el mismo: la clase obrera, la inmensa mayoría de la pequeña burguesía urbana y rural, y la intelectualidad progresista y revolucionaria del país. Sin el socialismo no habría sido posible, en el caso cubano, la conquista de la plena independencia nacional.

La necesidad del socialismo en Cuba estuvo determinada por factores socio-económicos que hicieron imperioso el cambio social. Pero ello no debe conducirnos a una interpretación teleológica de esa historia. La necesidad histórica requiere de la posibilidad de realización. Posibilidad y necesidad son dos categorías en la acción histórica de los hombres, pero no se identifican. En Cuba se daba un

conjunto de hechos que hacían posible el socialismo, y otros que lo hacían necesario. La unión de ambos provocó el estallido revolucionario del cual brotó el socialismo cubano, pletórico de autoctonía y cubanidad.

La política es el arte de hacer posible lo necesario y ese fue uno de los méritos mayores de Fidel Castro: encontrar los medios y los caminos de la posibilidad de lo que en los años cincuenta era ya una necesidad.

José Martí dijo: "En la naturaleza como en los pueblos, todo lo necesario se crea a su hora oportuna, de lo mismo que se le opone y contradice."¹ En este sentido —que genialmente señaló Martí— es legítimo afirmar que la necesidad del socialismo en Cuba surgió de lo mismo que se le opuso y contradijo: el imperialismo norteamericano.

Una totalidad de factores hicieron posible lo necesario: la correlación de fuerzas existentes a finales de la década del cincuenta, la política agresiva y torpe de los Estados Unidos hacia Cuba, la actitud solidaria e inteligente de la Unión Soviética, el liderazgo y su ideología revolucionaria.

La toma del poder político

Destruídas las maniobras golpistas promovidas por los Estados Unidos, las cuales pretendieron impedir el triunfo de la Revolución, se produjo la entrada triunfal del Ejército Re-

belde en pueblos y ciudades, apoyada por las milicias del Movimiento 26 de Julio y demás fuerzas revolucionarias que habían combatido a la tiranía. En su mensaje al pueblo, el primero de enero de 1959, Fidel Castro señalaba:

Al parecer se ha producido un golpe de estado en la capital. Las condiciones en que ese golpe se produjo son ignoradas por el Ejército Rebelde. El pueblo debe estar muy alerta y atender sólo las instrucciones de la Comandancia General. La dictadura se ha derrumbado como consecuencia de las derrotas sufridas en las últimas semanas; *pero eso no quiere decir que sea ya el triunfo de la Revolución.*²

Era necesario distinguir —desde un primer momento— que derrocamiento de la dictadura y triunfo de la Revolución no eran cosas idénticas. Esta última entrañaba un conjunto de transformaciones económicas, políticas y sociales, imposible de llevar a cabo si el poder político de la Nación no se encontraba en manos del pueblo. Luego, la garantía de esto último constituía un objetivo estratégico fundamental. Por ello, en el Mensaje de Fidel ya mencionado, se decía:

¡Escamotearle al pueblo la victoria, no, porque sólo serviría para prolongar la guerra hasta que el pueblo obtenga la victoria total!

Después de siete años de lucha la victoria democrática del pueblo tiene que ser absoluta para que nunca más se vuelva a producir en nuestra Patria un 10 de marzo. Nadie se deje confundir ni engañar. Estar alerta es la palabra de orden.³

La desaparición de la dictadura de Fulgencio Batista había tenido lugar en circunstancias diferentes a las de Gerardo Machado, veinticinco años antes. El movimiento revolucionario, en la década del cincuenta, se había desarrollado en disímiles circunstancias nacionales e internacionales.

El Ejército constitucional del país, al servicio del imperialismo y las clases dominantes nativas, a diferencia de lo ocurrido durante la Revolución del treinta, se había destruido militar y moralmente. Un nuevo ejército había surgido del seno del pueblo: el Ejército Rebelde, capaz de sustituir al anterior y garantizar el poder político en manos de las masas populares, como poder real de la Revolución triunfante.

La burguesía cubana y el imperialismo habían perdido toda capacidad para promover alternativas propias e independientes; por ello, oportunistamente, algunos sectores de las clases dominantes se habían distanciado del gobierno y acercado al Movimiento 26 de Julio, al Ejército Rebelde, a Fidel Castro, cuan-

do su triunfo les pareció inmediato e inevitable. Reinaba en ellos, además, la confusión. No alcanzaban a comprender el verdadero alcance político de lo que se gestaba. Jugaron su carta a la Revolución, en la convicción de que, más temprano que tarde, se regresaría a la misma Cuba anterior al 10 de marzo de 1952.

Los partidos políticos de la burguesía se habían desacreditado al punto de su virtual extinción. El primero de enero de 1959, muy poca o ninguna resistencia podían hacer a la Revolución las clases dominantes del país. Los instrumentos fundamentales de su sistema político, estaban destruidos unos, y sumamente deteriorados otros. Por ello, las maniobras golpistas de última hora fracasaron. Los traidores y procónsules norteamericanos actuaron, pero sin éxito. La entrada de Fidel Castro a Santiago de Cuba y de los comandantes Camilo Cienfuegos y Ernesto Che Guevara a la capital del país, desmantelaron los planes de los Estados Unidos, dirigidos a evitar el triunfo de una genuina Revolución.

El 5 de enero de 1959 entraba en funciones el gobierno provisional revolucionario. Tres días más tarde, hacía su entrada triunfal en la capital, al frente de la Columna no. 1 "José Martí" del Ejército Rebelde, el Comandante en Jefe y líder indiscutido de la Revolución: Fidel Castro.

Las características del primer gobierno provisional revolucionario dejaban traslucir las diferentes tendencias ideológicas que habían conformado la oposición a la dictadura, las cuales en un primer momento, no pudieron ser ignoradas por el poder real de la Revolución. De este modo, se constituyó un gobierno con tres tendencias: una conservadora, una reformista y otra revolucionaria. Ello dio lugar a un conjunto de contradicciones en el propio seno del gobierno, entre este y el poder real de la Revolución, representado por el Ejército Rebelde y sus reconocidos jefes: Fidel, Raúl, el Che y Camilo, entre otros.

Como presidente de la República se designó al magistrado doctor Manuel Urrutia Lleó; como primer ministro, al abogado José Miró Cardona, ambos de tendencia conservadora. Entre los ministros de corte reformista se encontraban, entre otros, figuras como: Roberto Agramonte, ministro de Relaciones Exteriores; Manuel Ray, ministro de Obras Públicas; Rufo López Fresquet, ministro de Hacienda y Felipe Pazos, presidente del Banco Nacional. El grupo revolucionario lo integraban hombres como: Armando Hart, ministro de Educación; Augusto Martínez Sánchez, ministro de Defensa; Raúl Cepero Bonilla, ministro de Comercio; Osvaldo Dorticós, ministro de Leyes Revolucionarias y Luis Buch, ministro de la Presidencia, entre otros.

El poder real de la Revolución encontró, en no pocas ocasiones, un obstáculo para la adopción de un conjunto de medidas revolucionarias impostergables, pues constituían reclamos fundamentales de las masas populares, y se inscribían, además, entre los objetivos del programa del Moncada, enarbolados en *La historia me absolverá*.

El día 5 de enero se disolvió formalmente el Congreso de la República y sus funciones pasaron al Consejo de Ministros. El 13 de enero, Fidel anunciaba la cancelación del convenio con los Estados Unidos mediante el cual se mantenía en Cuba una misión militar de ese país, asesora del Ejército cubano. Ese mismo día se renovó el Tribunal de Cuentas, despojándolo de infinidad de funcionarios corruptos, quienes al amparo de la dictadura se habían enriquecido a costa del tesoro público.

El día 14 de enero se publicaba en la Gaceta Oficial la reforma constitucional, se suprimía la inamovilidad de los funcionarios judiciales y fiscales, lo cual permitió llevar a cabo una amplia depuración de los Tribunales de Justicia y Fiscalía; se aprobó también la pena de muerte para los crímenes de guerra cometidos durante la tiranía y la confiscación de los bienes mal habidos, a favor del Estado cubano.

En el propio mes de enero, se modificaba la Ley de gobiernos provinciales y municipales, y

se procedía a la sustitución de todos los gobernadores provinciales y alcaldes municipales.

El día 13 de enero se dictaba una nueva Ley Orgánica de las Fuerzas Armadas, que permitía la total reorganización de estas y de todos los cuerpos represivos que durante la tiranía habían cometido infinidad de crímenes y torturas.

Algunas de las medidas mencionadas concitaron la oposición en unos casos, y la incompreensión en otros, de las tendencias conservadoras y reformistas dentro del gobierno. La primera crisis se presentó a mediados de febrero de 1959, con la renuncia del primer ministro, José Miró Cardona, cuya función fue asumida por el Comandante en Jefe del Ejército Rebelde, Fidel Castro. Con la entrada de Fidel al gobierno se fortalecía la tendencia revolucionaria en su seno; se debilitaba el ala conservadora y reformista, y las contradicciones entre el poder real y el poder formal —aunque no se resolvían totalmente— comenzaban un proceso acelerado de disipación, facilitando el avance de la Revolución.

Aun en medio de las complejas circunstancias prevalecientes, el poder político estaba en manos de la alianza de las masas populares, cuyo papel dominante correspondía a los intereses de la clase obrera y los campesinos trabajadores, representados por el Ejército Rebelde y su dirección revolucionaria. Sin embargo, el poder económico estaba aún en

manos del imperialismo y las clases dominantes del país. Luego, existía una contradicción por resolver: el poder económico en manos de unas clases y el poder político en las de otras.

La Revolución en marcha

Las primeras medidas económicas y sociales que adopta la Revolución durante 1959, excepto la primera Ley de Reforma Agraria, tienen un efecto distributivo de alto beneficio popular; pero no alteran, en lo esencial, ni las relaciones de propiedad, ni siquiera las de distribución de la riqueza. Sin embargo, ni al imperialismo ni a la oligarquía nacional les simpatizaban. Les parecía demasiado la similitud con lo ocurrido durante el gobierno de Grau-Guiteras en el año 1933, y experimentaban temor. No se sentían dueños de la situación.

Algunas medidas levantaban las sospechas, incluso de los más reformistas. Un ejemplo de ello ocurrió con la creación de un sector estatal de la economía, mediante la recuperación de bienes malversados por los funcionarios del gobierno de Fulgencio Batista (1952-1958). Algunos ministros reformistas eran partidarios de transferir dichos bienes —mediante subasta pública— al capital nacional y no al Estado. La idea de una estatización de la propiedad les infundía pánico, pues, para ellos, era comunismo.

Las medidas tomadas tendían a lograr una mejor distribución de la riqueza a favor de las clases explotadas. No eran, en un principio, de carácter socialista, ni siquiera antimperialista, en el sentido estricto de la palabra. Los acontecimientos posteriores demostraron que no se trataba de un populismo demagógico para captar un respaldo popular, sino el comienzo de una revolución verdadera, de hondo contenido nacional y social. Dichas medidas despertaron las simpatías del pueblo hacia la Revolución, reforzaron la credibilidad en su programa, sus promesas, y la confianza en su líder, Fidel Castro.

El 3 marzo de 1959, se intervenía la Compañía Cubana de Teléfonos. El 6 del propio mes se dictaba una ley, mediante la cual se rebajaban en un 50% los alquileres, lo cual encontró un estricto respaldo popular. El 21 de abril se declaraba el uso público de las playas. El 20 de agosto se rebajaban las tarifas eléctricas, medida de alto beneficio popular.

A la vez, se crearon miles de empleos para elevar el poder adquisitivo de la población. En el sector educacional, se crearon miles de plazas y de aulas. Un gran plan de obras públicas sirvió para emplear a miles de desocupados existentes.⁴

Sin embargo, la medida más radical de esta etapa fue la primera Ley de Reforma Agraria, dictada el 17 de mayo de 1959. A diferencia

de las anteriores, esta ley sí alteraba la estructura de la propiedad y de las clases existentes en el país. La Reforma Agraria había constituido uno de los reclamos de mayor alcance económico, político y social de toda nuestra vida republicana. A tal punto constituía una demanda popular, que aún los sectores conservadores de nuestra sociedad —haciendo uso de la demagogia— solían incluir en sus discursos políticos el problema de la Reforma Agraria. Pero no todos los que hablaban de ella la entendían de igual modo. Para algunos, esta sólo debía limitarse a un simple reparto de tierras ociosas en estado jurídico de precariedad o pertenecientes al Estado, pero sin uso productivo.

La Revolución triunfante el primero de enero de 1959, no podía contentarse con ello; se requería una transformación del agro cubano que, por un lado, proscribiera el latifundio y, por otro, otorgara en propiedad la tierra a quien la trabajase. El latifundio constituía uno de los principales males de la agricultura; su abolición resultaba una necesidad imperiosa para el desarrollo económico y social. El más grande latifundista del país lo eran las compañías azucareras norteamericanas.

No era posible realizar en Cuba una Reforma Agraria verdadera sin afectar los intereses de las compañías imperialistas. Ni era tampoco posible llevar a fondo el

combate contra el dominio imperialista en Cuba sin afectar las enormes extensiones de tierra incluidas en los latifundios yanquis. Por eso en la primera fase de la Revolución Cubana el contenido agrario y el contenido antimperialista venían indisolublemente vinculados.⁵

La primera Ley de Reforma Agraria fijó el máximo de tierra a poseer en treinta caballerías (cuatrocientas dos hectáreas) a toda persona natural o jurídica. Este límite podía extenderse hasta cien caballerías, en aquellos casos en los cuales el rendimiento agrícola de algunos productos seleccionados estuviese por encima del promedio nacional. Por otro lado, la Ley otorgó el derecho de propiedad sobre la tierra a quien la trabajase. De este modo, se proscribía el arrendamiento, la aparcería y la precariedad sobre la tierra, lo cual permitió convertir en dueños legítimos de sus tierras a más de cien mil familias campesinas. La Ley permitió transferir a propiedad del Estado el 40% de las tierras cultivables, las cuales fueron convertidas en granjas estatales.

La Ley creó el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), al cual se le otorgaron las facultades requeridas para su aplicación. Pero la reforma agraria en Cuba no se limitó a la proscripción del latifundio y el reparto

de la tierra al que la trabajase; además, mediante otras leyes y decretos complementarios, otorgó al campesino créditos y muchas otras facilidades para la explotación de la tierra y la comercialización de los productos, lo cual contribuyó a la elevación de su nivel de vida.

Aunque la Ley no tenía un carácter socialista, pues permitía, de hecho, la existencia de una burguesía agraria, sí tuvo, en las condiciones concretas de Cuba, un carácter profundamente antimperialista y revolucionario. A partir de su promulgación, el enfrentamiento al imperialismo y a la reacción interna se hizo inevitable.

La revolución agraria puesta en marcha agudizó las contradicciones en el seno del gobierno. En junio de 1959 eran sustituidos algunos ministros reformistas y reemplazados por figuras revolucionarias. Pero la oposición al desarrollo del proceso revolucionario continuaba. El día 16 de julio, Fidel Castro hacía pública su renuncia al cargo de primer ministro, como consecuencia de las discrepancias surgidas con el presidente Manuel Urrutia, causadas por la actitud contrarrevolucionaria asumida por este. Al día siguiente, Fidel Castro comparecía ante la televisión para explicar al pueblo, en detalles, la causa de su dimisión. El pueblo se lanzó a la calle pidiendo, por un lado, la remoción de Urrutia y, por

tro, el retorno de Fidel a sus funciones de gobierno.

El día 18, Urrutia anunciaba su renuncia y era designado en su lugar el doctor Osvaldo Dorticós Torrado, hasta ese momento ministro de Leyes Revolucionarias. El día 26 de julio, en el acto con motivo del quinto aniversario del asalto al cuartel Moncada, Fidel, ante el reclamo popular, asumía nuevamente las funciones de primer ministro.

La salida de Urrutia asestaba un rudo golpe a los planes imperialistas y de la reacción interna, los cuales animaban la esperanza de frenar el proceso revolucionario, utilizando para ello la derecha reformista y conservadora dentro del propio gobierno. Pero la salida de Urrutia no resolvía la crisis, pues aún quedaban en puestos claves figuras moderadas, como Felipe Pazos, Rufo López Fresquet, Manuel Ray y otras.

Una nueva crisis se desataría en octubre de 1959, con la dimisión al cargo de jefe militar de la provincia de Camagüey del comandante Hubert Matos, hombre profundamente anticomunista y ambicioso, vinculado a importantes sectores de la oligarquía nacional, quienes lo utilizaban en sus planes contra la Revolución. En su carta de renuncia a Fidel, se emplazaba a definirse ideológicamente a favor o en contra del comunismo, en momentos en que no era lo más sensato por razones tácticas de muy diversa naturaleza. Su de-ja-

ción del cargo estuvo acompañada de la de otros dirigentes de la propia provincia, incondicionales de él en su mayoría. El arma del anticomunismo se esgrimía contra la Revolución. Se trataba, en los hechos, de una peligrosa sedición, en medio de la compleja circunstancia que vivía la Revolución.

El día 21 de octubre de 1959 era arrestado y posteriormente sancionado. Su salida puede considerarse como el hecho que marcó el fin de la reacción hacia el interior del gobierno, pues apenas unos días más tarde era sustituido el resto de los ministros reformistas, con lo cual quedaba frustrado el deseo de utilizar esta fuerza para frenar la Revolución.

Otro acontecimiento importante ocurrido en 1959 es la creación, en octubre de ese año, de las Milicias Nacionales Revolucionarias. De este modo, la defensa de la Revolución quedaba, no sólo en manos del Ejército Rebelde, sino del propio pueblo armado. Era un acontecimiento no sólo militar, sino también político, de enorme trascendencia. El año 1959 concluía con un saldo altamente positivo para la Revolución.

El año 1960 fue decisivo para el proceso revolucionario. Su radicalización respondía a la confluencia de factores internos y externos.

El 4 de febrero de ese año llegaba a Cuba el viceprimer ministro de la Unión soviética, Anastas Mikoyan, y al día siguiente quedaba

inaugurada la Exposición Soviética de Logros de la Ciencia y la Técnica. El día 13 se firmaba el primer convenio comercial cubano-soviético, mediante el cual, entre otros intercambios, la URSS compraría azúcar a Cuba y le vendería petróleo.

La visita del estadista soviético y el convenio firmado causaron profundo malestar a los Estados Unidos y a la reacción interna. ¿Cómo concebir un acto semejante de soberanía e independencia por parte de un país que hasta apenas un año antes había sido una neocolonia yanqui, y el anticomunismo, una especie de ideología oficial?

Un acontecimiento de esta naturaleza demostraba la existencia en Cuba de una verdadera Revolución, dispuesta a desafiar al imperialismo en todos los terrenos. Para que no cupiese la menor duda, el 8 de mayo de 1960 se restablecían las relaciones diplomáticas con la URSS, y el día 23 de julio de ese año se firmaban convenios comerciales con China y Checoslovaquia.

Todo ello —como era de esperarse— agudizó las contradicciones con los Estados Unidos. El día 29 de junio eran intervenidas las refinerías de petróleo propiedad de las firmas Esso, Texaco y Shell, por su negativa a refinar el petróleo soviético llegado a Cuba mediante el convenio firmado. El día 5 de julio, el presidente norteamericano anunciaba la

supresión de la cuota azucarera cubana en el mercado yanqui y, días más tarde, la administración estadounidense decretaba el embargo petrolero. El día 10 de julio, el gobierno de Cuba hacía público el ofrecimiento soviético de comprar todo el azúcar dejado de adquirir por los Estados Unidos, y suministrar el petróleo que el país necesitase. En medio de esta confrontación con los Estados Unidos y la actitud de la burguesía cubana, sumisa al imperialismo y hostil a la Revolución, sólo quedaban dos alternativas: la rendición, o la Revolución hasta sus últimas consecuencias.

La respuesta no se haría esperar. El 6 de agosto de 1960, el gobierno cubano dictaba la ley mediante la cual se nacionalizaban treinta y seis centrales azucareros norteamericanos, las compañías de teléfonos y electricidad de propiedad yanqui, y las refinerías de petróleo. Se hacían realidad las palabras de Fidel ante las amenazas de supresión de la cuota azucarera, cuando dijo que nos quitarían la cuota libra por libra y les quitaríamos los centrales uno por uno. El día 17 de septiembre se nacionalizaba la Banca norteamericana.

El 13 de octubre se dictaba la Ley 890, mediante la cual se nacionalizaban trescientas ochenta y tres grandes empresas nacionales. El 24 de octubre se transfirieron al Estado cubano las ciento sesenta y cuatro empresas norteamericanas que aún quedaban en el país. "El programa del Moncada se había cumpli-

do en lo esencial y la Revolución Cubana, en medio de épica lucha antimperialista, pasaba a la etapa socialista.”⁶

Ahora bien, en las condiciones de un país como Cuba, ¿podía la Revolución concretarse al simple objetivo de la liberación nacional, manteniendo el régimen capitalista de explotación, o debía avanzar también hacia la definitiva liberación social?

(...) Nuestra liberación nacional y social estaban indisolublemente unidas, avanzar era una necesidad histórica, detenerse una cobardía y una traición que nos habría llevado de nuevo a ser una colonia yanqui y esclavos de los explotadores.⁷

El conjunto de transformaciones llevadas a cabo resolvían el sistema de contradicciones que la Revolución había heredado de la sociedad capitalista. Con estas medidas, el poder económico y político se integraba en manos de las mismas clases sociales. Se iniciaba, a partir de ese momento, la construcción de una nueva sociedad.

Las transformaciones económicas estuvieron acompañadas de importantes cambios políticos. La depuración de los elementos conservadores y reformistas en el seno del Consejo de Ministros y otras instancias de gobierno, la depuración del poder judicial, el Tribunal

de Cuentas, la creación de las Milicias Nacionales Revolucionarias y otras medidas adoptadas a partir del triunfo de la Revolución, serían continuadas durante el año 1960, o sea, con vistas al fortalecimiento político e ideológico. Un proceso de unidad y formación de nuevas organizaciones revolucionarias tendría lugar, en medio de una gran creatividad y singularidad.

El 28 de enero de 1960 se creó la Asociación de Jóvenes Rebeldes, y el 21 de octubre de ese año, el resto de las organizaciones juveniles existentes se integraban a ella. El 23 de agosto de 1960 se producía la integración en una sola organización —la Federación de Mujeres Cubanas— de todas las agrupaciones femeninas existentes hasta ese entonces. El 28 de septiembre se creaban los Comités de Defensa de la Revolución, la más masiva de todas las organizaciones, pues militan en ella los revolucionarios mayores de catorce años, con independencia de sexo, edad, profesión u ocupación laboral.

En septiembre de ese año se creaba el Buró de Coordinación de Actividades Revolucionarias, en un primer paso con vistas a la unificación futura del Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y el Partido Socialista Popular en una sola organización política.

Los móviles de la transición al socialismo

Este constituye uno de los problemas que mayor interés ha despertado entre los estudiosos del proceso revolucionario cubano, desde el triunfo mismo de la Revolución hasta nuestros días, tanto en Cuba como en el exterior. En este último ha despertado una gran atención, lo cual explica la profusión historiográfica sobre el tema. Se trata de los móviles de la transición al socialismo de la Revolución, de su carácter autóctono o foráneo, de la conjunción de factores que hicieron posible el milagro de la Revolución socialista en uno de los países que parecía ser de los eslabones más atados a la cadena del imperialismo en América Latina.

El debate en torno al carácter de la Revolución iniciada en la década del cincuenta y la alianza de factores que hicieron posible su conversión al socialismo, ha estado asociado, desde sus orígenes, a tres grandes problemas en discusión: uno, los efectos de la política de los Estados Unidos hacia Cuba; el segundo, la ideología del liderazgo revolucionario, más exactamente, la de Fidel Castro y su influencia sobre los acontecimientos que tuvieron lugar y, tercero, la Revolución como necesidad histórica o como casualidad.

En el justo medio de la polémica han estado las raíces nacionales o foráneas del socialismo cubano; el cuestionamiento de unos y la con-

vicción de otros de que el socialismo en Cuba era una necesidad histórica que respondía fundamentalmente a imperativos internos, sin negar con ello la influencia de los externos, y la certeza de algunos y la incertidumbre de muchos de que una modernización o remozamiento del capitalismo dependiente cubano podía garantizar la independencia nacional y el desarrollo económico y social del país.

Para no pocos estudiosos de la Revolución cubana, sobre todo en el exterior, su evolución al socialismo estuvo determinada por factores externos, ajenos por completo a un requerimiento de orden nacional. Para los sostenedores de esta tesis, fue la política agresiva e intolerante de los Estados Unidos hacia Cuba, después del triunfo de la Revolución, el elemento desencadenante del conjunto de acontecimientos que, de manera incontrolable, tuvieron lugar y propiciaron el advenimiento del socialismo, cuando lo esperado era una supuesta revolución democrática y nacionalista que reacomodara los diferentes intereses de clase, diera un mayor espacio económico y político a la burguesía cubana, mejorara sustancialmente el nivel de vida de la población y, todo ello, por supuesto, sin afectar la dominación imperialista, ni la explotación capitalista del país.

Según esta proposición, la inflexibilidad de los Estados Unidos y su acoso a la Revolu-

ón, obligaron al liderazgo revolucionario a encaminar sus pasos hacia la Unión Soviética y el bloque comunista, en busca de un amigo poderoso que le permitiera enfrentar a un enemigo igualmente poderoso. En estas circunstancias, la política amistosa, solidaria e inteligente de los soviéticos encaminó el proceso hacia lo inevitable: la adhesión de la Revolución al campo socialista y la adopción del socialismo y el marxismo-leninismo como precondiciones para tributar por la ayuda y el resguardo recibidos.⁸

De modo que con una política más tolerante, flexible y sensata el curso de los acontecimientos hubiera sido otro. Según los sostenedores de esta tesis, Cuba debe el socialismo a los Estados Unidos y su política. Por supuesto, en ello no deja de haber granos de verdad, pero no por las razones que ellos exponen, sino por causas más profundas y de mayor alcance, ya vistas en la segunda parte de este breve ensayo histórico, que nos remite a ese gran momento de inflexión de nuestra historia que es 1898.

La discusión en torno a la política de los Estados Unidos hacia Cuba, enmarcada desde el período 1959 en lo adelante, ha sido cuestionada por algunos, quienes ven en el error de esa política, desde mucho antes de esa fecha, las causas fundamentales de los acontecimientos cubanos posteriores a 1959. El mayor reproche lo hacen al intento obsesi-

vo del imperialismo norteamericano de cerrar toda puerta de entrada al nacionalismo reformista; a negarse a convivir con él; a no otorgarle a la burguesía cubana no azucarera un mayor y más decoroso espacio en la economía y en la política; a no tolerar reformas que mejoraran la situación del pueblo, sin que ello pusiese en peligro sus grandes intereses en Cuba, y en la convicción de que algo semejante hubiera evitado la radicalización de la protesta social y nos hubiera resguardado del comunismo.

El segundo problema móvil, es el liderazgo revolucionario y su ideología. Para algunos analistas, la evolución al socialismo de la Revolución fue una mera determinación ideológica del liderazgo; para no pocos, una decisión de Fidel Castro. Ninguna Revolución es obra exclusiva de los factores objetivos; sino que a ellos deben sumarse los de orden subjetivo. El liderazgo revolucionario y su ideología desempeñaron, en el caso cubano, un papel protagónico de indudable relevancia, pero ello, por sí solo, no puede explicar el curso de los acontecimientos ocurridos.

La formación marxista de Fidel Castro y del núcleo fundamental de hombres que lo acompañaron desde los días del 26 de julio de 1953, cuando el ataque al cuartel Moncada, es un elemento esencial para entender el proceso revolucionario cubano, pero de ello no

debe inferirse que esta sería la causa de la transformación al socialismo de la Revolución. Sin negar el papel de las personalidades en la historia, ni el de las ideologías, sabemos que el carácter de una revolución no se determina por la formación ideológica de sus dirigentes.

Una proposición de esta naturaleza sitúa las causas del socialismo cubano en el ámbito interno, pero limitándolo —erróneamente— a un problema de liderazgo e ideología, prescindiendo o subestimando los componentes objetivos. Afirmar —como lo han hecho algunos— que el rumbo socialista de la Revolución le fue impuesto por la voluntad política y la ideología de sus principales líderes, sin tener en cuenta en qué medida ello reflejaba una necesidad histórica impostergable, es confundir la esencia con las apariencias.⁹

Los hombres no hacen ni pueden hacer la historia a su capricho. Tales parecerían los acontecimientos de Cuba si prescindimos de la interpretación científica. Pero el curso revolucionario de las sociedades humanas tampoco es independiente de la acción del hombre; se estanca, se atrasa o avanza en la medida en que las clases revolucionarias y sus dirigentes se ajustan a las leyes que rigen sus destinos.¹⁰

El tercero es el de la necesidad histórica del socialismo. El asunto cobra hoy mucha vigencia. En el exterior, no pocos desengavetan viejas tesis acerca de la remodelación del capitalismo cubano de la década del cincuenta; exageran sus bondades y nos dibujan la sociedad soñada por ellos, no la que realmente existió. Los proyectos nacionalistas, de tono reformista, de la burguesía cubana y sus ideólogos, los frustró todos el imperialismo, reacio a toda convivencia con ellos. Los malogró, por primera vez, cuando en enero de 1934 liquidó por la fuerza al gobierno nacionalista de Grau-Guiteras; lo repitió contra el propio Grau, después de su triunfo electoral en 1944, cuando ya en la posguerra detuvo por completo cierta ínfula nacionalista de algunos de sus seguidores y, por último, los tronchó definitivamente con el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, al evitar así el triunfo del nacionalismo ortodoxo. Luego, la burguesía cubana tuvo en el imperialismo norteamericano su peor adversario.

La presencia imperialista en Cuba fue parte constitutiva del sistema de dominación y explotación. No puede ser entendido únicamente como un factor externo, como parte solamente de la dominación foránea, sino también de la explotación capitalista de que eran víctimas la clase obrera y el resto de las masas populares. Por ello, la Revolución contra el

dominio extranjero era, a su vez, parte de la evolución contra la explotación del hombre por el hombre, es decir, la Revolución socialista.

Una totalidad de factores hicieron posible el socialismo en Cuba. Unos determinaron su necesidad histórica, otros su posibilidad. La conjunción de todos ellos dieron a luz lo que muchos creían un imposible, dado el dominio y poderío de los Estados Unidos.

La necesidad del socialismo estuvo determinada por un conjunto de factores socio-económicos y políticos, que a lo largo de varias décadas habían ido agudizando, por un lado, las contradicciones entre el imperialismo y la nación cubana, y, por otro, las existentes entre las clases explotadoras y el pueblo explotado. Sin embargo, estas circunstancias, aunque necesarias, no eran suficientes. Esas mismas realidades existían y existen hoy en muchos países del mundo, y la Revolución socialista no se produce.

Una conjunción de factores hicieron posible lo necesario, entre otros:

a) La correlación de fuerzas favorable al socialismo existente en el mundo en ese entonces. Sobre todo la que existía entre la Unión Soviética y los Estados Unidos.

Yo pienso que si hubiéramos liquidado a Batista en 1953, el imperialismo nos hubiera aplastado, porque entre 1953 y 1959 se produjo en el mundo un cambio

de la correlación de fuerzas muy importante.

Y el Estado soviético era relativamente débil en esa época. Y hay que ver que a nosotros nos ayudó decisivamente el Estado soviético, que, en 1953, no lo habría podido hacer...¹¹

2) La política hegemónica, agresiva e intolerante de los Estados Unidos contribuyó a forjar en el pueblo una conciencia antimperialista que no existía. Contribuyó a acelerar y matizar el proceso; fue, a despecho de los imperialistas, una forja de conciencia revolucionaria y de patriotismo.

Íbamos cumpliendo nuestro programa poco a poco. Todas estas agresiones aceleraron el proceso revolucionario. ¿Fueron la causa? No, sería un error. Yo no pretendo que las agresiones son la causa del socialismo en Cuba. Eso es falso. En Cuba, íbamos a construir el socialismo lo más ordenadamente posible, en un período razonable de tiempo, con la menor cantidad de trauma y de problemas; pero las agresiones del imperialismo aceleraron el proceso revolucionario.¹²

3) La actitud solidaria e inteligente de la Unión Soviética, nos permitió enfrentar las

gresiones imperialistas, por un lado, y, por otro, contribuyó a combatir los prejuicios anticomunistas que la propaganda burguesa había forjado en la conciencia del pueblo.

) El liderazgo revolucionario y su ideología marxista-leninista, en particular, el papel desempeñado por Fidel Castro. En el artículo publicado por el Che "Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha antimperialista?", este plantea, con respecto a Fidel:

(...)Analicemos pues los factores de este pretendido excepcionalismo. El primero, quizás, el más importante, el más original, es esa fuerza telúrica llamada Fidel Castro Ruz (...) Fidel Castro hizo más que nadie en Cuba para construir de la nada el aparato hoy formidable de la Revolución cubana.¹³

En los factores antes mencionados, el socialismo no hubiera sido posible en Cuba por muy necesario que fuera; pero sin su necesidad, no hubiera podido tener lugar, por mucho que lo hubieran deseado el liderazgo revolucionario y la Unión Soviética, y por muy agresiva que hubiera sido la política de los Estados Unidos hacia Cuba.

El diferendo Cuba-Estados Unidos

Si se quiere conocer hasta qué punto los Estados Unidos trataron de impedir el triunfo

de la Revolución cubana, y todos sus manejos posteriores para impedir su desarrollo, bastaría la lectura de los libros escritos por sus dos últimos embajadores en Cuba: *El Cuarto Piso*, de Earl Smith, publicado en 1962, y *Cuba, Castro y los Estados Unidos*, de Phillip Bonsall, editado en 1971. En ellos queda evidenciada toda la política de intromisión norteamericana en los asuntos internos de Cuba, y el afán obsesivo de destruir, a toda costa, la Revolución desde sus primeros momentos.

La presencia en el primer gobierno provisional revolucionario de prominentes figuras de la burguesía cubana, por un lado, y el apoyo popular mayoritario a la Revolución y a su líder Fidel Castro, por otro, creaba desconcierto en los círculos políticos estadounidenses. Muchas interrogantes existían. ¿Qué ideología inspiraban a Fidel Castro y al Ejército Rebelde? ¿Se trataba de simples soñadores utópicos, nacionalistas, como tantos otros, que una vez en el poder se corrompían y se vendían al mejor postor, o se trataba de verdaderos revolucionarios?

Las primeras medidas tomadas por la Revolución, y el rápido proceso de radicalización, comenzaron a despejar dudas. Al poder había llegado una Revolución auténtica, y era necesario evitarla por dos razones: una, la afectación directa a los intereses norteameri-

s en la Isla y, segundo, su ejemplo para
sto de América Latina. En lo adelante se
taría, hasta nuestros días, una guerra en
s los terrenos.¹⁴

El día 7 de enero de 1959, el Departamento
Estado, a nombre de la administración
eamericana, reconocía al gobierno revo-
ionario de Cuba. Decide la sustitución del
ajador Earl Smith —sumamente compro-
do con la dictadura de Fulgencio Batis-
por Phillip Bonsall.¹⁵ El nuevo embaja-
llegaba a Cuba creyéndose un nuevo
mer Welles. Traía en cartera —por ini-
va propia o del Departamento de Estado,
no ha sido nunca suficientemente aclara-
e un conjunto de reformas tendentes a
orar las relaciones entre ambos países.¹⁶
lan de Bonsall se avenía, en parte, a los
ectos reformistas de la burguesía cubana,
nos de cuyos representantes e ideólogos
aban parte del gobierno provisional.

ra sorpresa del nuevo embajador, su lle-
a al país no estuvo acompañada de la plei-
a y lisonjería oficiales, con que eran reci-
s antes los representantes diplomáticos
eamericanos. Pronto, Bonsall se quejaría
llo, pero infructuosamente. En la nueva
a ya no mandaban los embajadores yan-

ro ocurría que, mientras el nuevo emba-
r simulaba el deseo de mejorar las rela-

ciones, el gobierno de los Estados Unidos daba acogida y protección a los más connotados criminales y ladrones del tesoro público de la dictadura recién derrocada. Con la complicidad de la CIA y el Buró Federal de Investigaciones (FBI) se fundaba, tan tempranamente como el 28 de enero de 1959, la primera organización contrarrevolucionaria en territorio norteamericano: La Rosa Blanca, cuyo jefe era el reputado batistiano Rafael Díaz Balart. A ello se sumaban las campañas contra los juicios seguidos a los criminales de guerra y torturadores de miles de hijos del pueblo, muchos de los cuales fueron sancionados a la pena máxima. La prensa estadounidense presentaba la justicia revolucionaria como venganza, como baño de sangre. Esa misma prensa había silenciado los miles de asesinatos cometidos durante siete años de tiranía. Paralelamente, se lanzaba otra campaña: la llamada filtración comunista en el gobierno. Se trataba de confundir y dividir al pueblo, víctima aún de la venenosa propaganda que los Estados Unidos mismos les habían inculcado durante años.

Aún antes de dictarse la primera Ley de Reforma Agraria, se presentaron numerosas acciones de los Estados Unidos contra Cuba, las cuales, en lugar de mejorar las relaciones, las empeoraban. El 15 de enero de 1959, un grupo de congresistas de ese país, ante la pena de muerte aplicada a algunos criminales de

erra, solicitaron al Departamento de Estado su intervención en el asunto, sugiriendo, incluso, la posibilidad de enviar tropas a la isla o la rebaja de la cuota azucarera.

El 2 de febrero de 1959 era arrestado en Cuba, a bordo de una avioneta, el ciudadano norteamericano Allen Robert Mayer, el cual tenía con el objetivo confeso de asesinar a Fidel Castro. El 30 de marzo de ese año, el general Maxwell Taylor, jefe de Estado Mayor del Ejército norteamericano, declaraba que la revolución cubana podría ser el comienzo de una serie de convulsiones en América Latina, que darían oportunidad a los comunistas para ganar posiciones.

Después de dictada la primera Ley de Reforma Agraria, la situación —como era de esperarse— empeoró. Las agresiones de todo tipo se recrudecieron. Los planes reformistas de Bonsall se verían frustrados, no sólo por la oposición del gobierno revolucionario de llevar adelante las transformaciones económicas, políticas y sociales que dieran al traste con la dominación imperialista y la explotación capitalista, sino, además, porque los propios Estados Unidos cerraban todo espacio a cualquier proyecto reformista que hiciera menos dependiente el país y diera más espacio y protagonismo a la burguesía cubana.

Por aquella época no había un criterio unánime en los círculos gobernantes de los Estados Unidos con respecto a la conveniencia de

atacar abiertamente a la Revolución cubana. Phillip Bonsall cuenta en su libro que, en abril de 1959, se había efectuado en El Salvador una reunión de embajadores norteamericanos de los países del Caribe y Centroamérica, a la cual había asistido Roy Rubboton, subsecretario de Estado para América Latina y el Caribe. En dicha reunión se había suscitado una gran discusión, en la cual algunos embajadores acusaban a la Revolución de comunista y exigían acciones enérgicas similares a las adoptadas un lustro antes en Guatemala. Bonsall sostuvo el criterio de que cualquier política que se siguiera "debía marchar pareja con la opinión pública cubana, que en aquellos momentos seguía mayoritariamente a Castro".¹⁷

Como resultado del encuentro, se publicó una nota oficial, en la cual, entre otras cuestiones, se planteaba la necesidad de luchar contra el comunismo internacional y se hacían recomendaciones de cómo la OEA pudiera ayudar a restaurar una atmósfera más tranquila en el área del Caribe, en abierta alusión a Cuba.¹⁸

Los funcionarios y políticos realistas que recomendaban prudencia y sensatez, en la convicción de que de este modo se podría detener la radicalización del proceso revolucionario, eran minoría, y su protagonismo en el diseño de la política a seguir hacia Cuba era cada vez menor, cuando no totalmente nulo.

Las campañas de difamación, los planes de sabotaje y atentados a líderes revolucionarios, en particular a Fidel Castro, se irían incrementando paulatinamente. Los grupos subversivos aumentaban, nutriéndose de ex batistianos, antiguos explotadores y desertores de las filas revolucionarias, que, según el decir popular, querían Revolución, pero no tanta.

En los Estados Unidos eran cada vez más los funcionarios, congresistas y altos militares que exigían sancionar a Cuba por la implantación de la Ley de Reforma Agraria. Ya desde entonces, se presentaba lo que ocurría en la Isla como una amenaza a la seguridad nacional estadounidense, y de este modo trataban de justificar ante la opinión pública del país y de América Latina cualquier tipo de agresión a Cuba.

Durante el mes de octubre de 1959 se incrementaron las violaciones del espacio aéreo cubano por aviones que, desde territorio norteamericano, efectuaban sabotajes en centros económicos, llegando al extremo, el día 21 de ese mes, de ametrallar la ciudad de La Habana, provocando dos muertos y cincuenta heridos.

El 4 de marzo de 1960, explotaba en el puerto de La Habana el barco francés *La Coubre*, que traía un cargamento de armas procedentes de Bélgica. Se trataba de un evidente sabotaje, perpetrado por los servicios de inteligencia de los Estados Unidos, empeñados en evi-

tar que el país adquiriera los medios necesarios para su defensa, ante la negativa norteamericana de vendérselos, con el pretexto de que Cuba amenazaba la seguridad de otros países del continente. El trágico hecho ocasionó la muerte de setenta personas y más de doscientos heridos. Fue en el acto de despedida de duelo por las víctimas del criminal sabotaje, cuando Fidel lanzó la consigna de: "¡Patria o Muerte!"

Durante el año 1960, como ya vimos antes, el proceso revolucionario se radicalizó. Las agresiones norteamericanas eran, a la vez, resultado de dicho proceso y causa de su aceleración y matización. El imperialismo se movía en todos los terrenos para destruir la Revolución. En 1960, empezó a mover con fuerza los mecanismos diplomáticos, involucrando para ello, cada vez más, a la Organización de Estados Americanos (OEA). De este modo, se trataba de presentar el caso cubano como una fuente de litigio con todos los países del área, y no sólo con los Estados Unidos.

Durante los meses de febrero y marzo de 1960, el presidente Eisenhower había viajado por varios países latinoamericanos para promover la democracia, la receptividad a las inversiones y la creación de un frente común contra la injerencia comunista en el continente. Un objetivo fundamental para los Estados Unidos era lograr una resolución de

condena al gobierno cubano, por permitir la penetración del comunismo internacional y favorecer su extensión al resto de los países del área.

El 2 de agosto de 1960, comenzaba, en San José de Costa Rica, la Séptima Reunión de Consulta de Cancilleres de la OEA. El secretario de Estado de los Estados Unidos, Herter, en abierta alusión a la ayuda de la Unión Soviética a Cuba, expresó en su discurso:

...no sólo todo régimen comunista establecido en cualquiera de las repúblicas americanas constituye una intervención extranjera en América... sino que, además, un régimen semejante se convertirá, automáticamente, por su propia naturaleza, en una base de operaciones para la propagación de las ideas comunistas, de infiltración, subversión e interferencia en los asuntos internos de toda América Latina, destinada en última instancia, al derrocamiento por la fuerza de todos los gobiernos del hemisferio.¹⁹

La resolución aprobada, de carácter muy general, condenaba la penetración comunista en el continente, consideraba incompatible con el sistema interamericano toda forma de totalitarismo y, además, condenaba enfáticamente la intervención o amenaza de ello, de una potencia extracontinental en los asun-

los de las repúblicas americanas. El texto de la declaración final llevaba implícita una advertencia a Cuba de atenerse a la disciplina del sistema interamericano y a la carta de la OEA, con lo cual quedaban abiertas las puertas a una sanción posterior.

El pueblo cubano y su gobierno revolucionario respondieron la Declaración de Costa Rica, el 2 de septiembre de 1960, con un masivo acto en la Plaza de la Revolución y la aprobación de la Declaración de La Habana. Este documento no sólo rechazaba el planteamiento de Costa Rica, sino que defendía el derecho de los pueblos del continente a su plena independencia nacional, condenaba la larga cadena de intervenciones y agresiones de los Estados Unidos en el continente, defendía el derecho de Cuba a establecer con la Unión Soviética, o cualquier otro país, las relaciones que estimase conveniente, y condenaba, además, la explotación del hombre por el hombre.

Durante la etapa transcurrida (1959-1960), la Revolución había puesto fin al dominio imperialista en la Isla y, en lo fundamental, a la explotación capitalista en que este se había sustentado. Se había fortalecido el sistema político de la sociedad, y elevado la conciencia revolucionaria y la cultura política del pueblo. Un conjunto de factores había contribuido a esto último: la obra impresionante

de la Revolución; la agresividad de los Estados Unidos; la solidaridad de la Unión Soviética y otros países socialistas, y el magisterio político de Fidel Castro y su extraordinaria personalidad, que había sabido inculcar en el pueblo una fe absoluta en la justeza de la obra que defendía y una confianza plena en su victoria.

De este modo, la Revolución entraba en su etapa socialista, victoriosa ante todas las agresiones e intentos de derrocarla, con un pueblo unido y una vanguardia firme.

Nacimiento y desarrollo del socialismo

La Revolución inicia su etapa socialista con un impetuoso apoyo de masas. Por el camino habían quedado los oportunistas de todo tipo, quienes arribaron a sus filas sin imaginar ni remotamente lo que se gestaba. A este respaldo popular se unía una gran solidaridad internacional, a pesar de las campañas difamatorias del imperialismo contra ella.

Las masas populares se habían organizado en un formidable sistema de organizaciones, expresión de la unidad del pueblo y de su elevada conciencia revolucionaria. El gobierno había sido depurado —a todos sus niveles— de los elementos conservadores y reformistas. Sin embargo, el inicio del socialismo en Cuba presentaba una particularidad que lo distinguía de las experiencias de los socialismos europeo y asiático: al frente no se encontraba un partido marxista-leninista. Este aporte, que estudiaremos más adelante, va a constituir uno de los más ricos aportes de la Revolución cubana a la teoría y la práctica del socialismo.

El enfrentamiento ideológico —muy fuerte en esos años— no había dado los resultados que los enemigos esperaban. Las tesis de un capitalismo remozado como alternativa; la de los dos imperialismos —los Estados Unidos y la Unión Soviética—; la inviabilidad del Estado como propietario, y otras, fueron a corto plazo derrotadas.

La Revolución cubana transitó al socialis^{mo}mo, cuando el sistema capitalista agotó todas sus posibilidades de subsistencia. Las simples reformas por las que abogaba la burguesía cubana no azucarera y algunos sectores empresariales en los Estados Unidos, no podían dar solución a los problemas del desarrollo económico y social del país, y aún menos, garantizar la plena independencia nacional. La única posibilidad de supervivencia de la Revolución y la del logro de sus objetivos programáticos, era mediante la superación de los marcos democrático-burgueses.

La Revolución exigía profundización. Habiendo destruido la vieja sociedad capitalista, necesitaba construir una nueva. Contaba ya para ello, en 1961, con todos los instrumentos del poder político y la posesión de la parte fundamental de la economía industrial, agrícola y financiera del país.

La primera etapa había transcurrido de modo acelerado, en un proceso único. El poder político —problema fundamental de toda Revo-

lución—había sido resuelto, desde los primeros momentos, a favor de las grandes masas populares.

Los primeros pasos del socialismo cubano. El desarrollo económico y social

Los primeros intentos de una estrategia de desarrollo económico y social por una vía socialista, no estuvieron exentos de errores. Era lógico que así fuese. La inexperiencia por un lado, el bloqueo económico por otro, y la necesidad de una inserción de las relaciones económicas internacionales con los países socialistas, planteaban un conjunto de problemas nuevos no fáciles de prever y resolver.

Los intentos de cambiar la estructura productiva del país, poniendo en un primer plano el cese de la monoproducción azucarera, crearon —erróneamente— un sentimiento anticañá, que llevó a subestimar la importancia de producir azúcar en el país. Evidentemente, no se trataba de disminuir la producción del dulce, sino del incremento de otras producciones, al punto de que aun fabricándose más azúcar, no se dependiese de esta para el desarrollo de la economía. Pero para algunos, combatir el monocultivo significó eliminar la caña. La rápida rectificación no fue óbice para que la industria azucarera se afectara en los primeros años de la Revolución.

- La primera estrategia trazada fue industrialista a corto plazo, basada en tres puntos:
- a) Industrialización acelerada, a partir de la industria pesada.
 - b) Diversificación agrícola.
 - c) Sustitución de importaciones por producciones nacionales.

Esta estrategia va a estar influida por varias razones:

- 1) En aquellos primeros años, aún no se había alcanzado una efectiva inserción en la economía de los países socialistas, por lo cual se pensaba más en términos de autarquía que la de integración económica al campo socialista.
- 2) Por razones de seguridad nacional, ante un posible bloqueo militar, la idea de una economía que se autobasteciera, parecía lo más racional.
- 3) A las consideraciones anteriores se sumaba el hecho de que, tanto el pensamiento económico latinoamericano de corte desarrollista, como el proveniente de los países socialistas, tributaban un conjunto de ideas que justificaba el industrialismo como estrategia a seguir.

Las ambiciosas metas trazadas no se alcanzaron en corto plazo, y pronto se hizo evidente la necesidad de corregir el rumbo. Las causas:

- 1) Carencia de recursos financieros para planes de tal magnitud.

2) Pretensión de simultanear muchas y complejas tareas.

3) Subestimación de la agricultura, en particular, de la industria azucarera, como fuente de acumulación fundamental de desarrollo económico prospectivo.

A fines de 1963, se toma conciencia de la necesidad de cambios en la estrategia trazada, y se transita —de este modo— a una concepción agrícola-azucarera. De manera que, entre 1964 y 1975, esta será la estrategia que prevalecerá, a partir de las siguientes consideraciones:

1) Las grandes reservas de tierra de que disponía el país y la posibilidad de elevar los rendimientos.

2) Los coeficientes de insumos importables en la agricultura eran menores que en la industria.

3) Las inversiones agrícolas maduran a más corto plazo.

4) La agricultura era una vía más efectiva y rápida de sustitución de importaciones.

La nueva estrategia, al mismo tiempo, además de estas indudables ventajas debía enfrentar nuevos retos y dificultades, no siempre resueltas satisfactoriamente. Pero aún así, dio resultados positivos y permitió al país crear las bases para un futuro desarrollo industrial. Uno de los objetivos fundamentales fue la meta

de producir diez millones de toneladas métricas de azúcar en 1970.

Entre 1963 y 1975, se produce un desarrollo económico y social apreciable, si tenemos en cuenta el conjunto de factores adversos.

Entre 1961 y 1965 el producto social global aumentó solamente a un ritmo de 1,9% al año. Entre 1966 y 1970, este ritmo de crecimiento se elevó al 3,9% ⁸¹ al año. (...) Entre 1971 y 1975, alcanzó ya un promedio verdaderamente impresionante de más del 10% de crecimiento anual.²⁰

En octubre de 1963, ante la actividad contrarrevolucionaria asumida por la burguesía agraria, que virtualmente mantenía sus tierras ociosas, creando con ello grandes problemas al país para abastecer de productos agropecuarios a la población, y que ofrecía su colaboración a la contrarrevolución en sus planes por desestabilizar la economía, se dictó la segunda Ley de Reforma Agraria, mediante la cual se redujo a un máximo de cinco caballerías (sesenta y siete hectáreas) la tierra que podía poseer una persona. El resto fue nacionalizada a favor del Estado, que en lo adelante dispondría del 70% de la tierra cultivable.

Al concluir este proceso sólo quedaban, en calidad de propiedad privada, las pequeñas

fincas campesinas, trabajadas por sus dueños, y una parte del transporte de pasajeros y de carga, que continuó funcionando como propiedad personal de quienes lo explotaban directamente.

Si bien el desarrollo económico no pudo estar entre las prioridades de la Revolución en los primeros años, porque las necesidades de la defensa frente a las agresiones imperialistas ocuparon un primer lugar, los logros alcanzados parecen desmentir esta afirmación. Veamos algunas cifras de crecimiento hasta 1975, en el orden estrictamente económico.

La producción de níquel se duplicó; la refinación de petróleo se elevó, de 3,6 millones de tm en 1958, a 5,9 millones, en 1975; la generación de electricidad creció de 2 550 millones de kilowatts hora, 6 500 millones; la producción mecánica se triplicó; la producción de acero se elevó de 24 000 t a 240 000; la de fertilizantes creció de 199 000 toneladas en 1958, a un millón en 1975; la elaboración de herbicidas, de 120 t en 1958, a 2 800; la de tejidos se duplicó; la de calzado se triplicó; la de cemento se elevó de 743 000 t a 2 000 000; la de pastas alimenticias, de un estimado de 10 000 t a 50 000; la captura de pescado se incrementó seis veces; la superficie cultivada en 1975, es dos veces la de 1958; el número de tractores creció de 9 000 en 1958, a 54 000 en 1975; el área de riego cre-

ra Reforma Integral de la Enseñanza. En 1961, se llevaba a cabo la Campaña de Alfabetización. Una verdadera proeza. En un solo año fueron alfabetizados un millón de adultos, lo cual requirió de un gran ejército de alfabetizadores (cien mil), salidos de las filas de todo el pueblo, en particular de los jóvenes y adolescentes, que por miles llevaron el pan de la enseñanza a los parajes más recónditos del país, donde se concentraba, precisamente, el mayor número de personas a alfabetizar.

Inmediatamente después se inició la educación de adultos, y se crearon las facultades obrero-campesinas, que abrirían las puertas de las universidades a los trabajadores. El 6 de junio de 1961 se dictaba la Ley de Nacionalización de la Enseñanza, que proscribía la actividad privada, como afán de lucro, de la educación, la cual se declaraba derecho del pueblo.

De 811 345 matriculados en el sistema educacional en 1958, en 1975 había 3 051 060 alumnos. En dicho período, la educación primaria se multiplicó por 2,7 veces; la de nivel medio por 6,1; la universitaria por 5,5. En 1975, el índice de escolarización de niños aptos entre seis y doce años, era del ciento por ciento. El número de becarios era de seiscientos mil, entre internos y seminternos. En la educación superior, de quince mil estu-

diantes en 1958, en 1975 se llegaba a ochenta y tres mil. De menos de treinta mil graduados de sexto grado en 1958, se elevaba a cerca de ciento noventa mil en 1975. En ese año, el país invirtió en el sector educacional ochocientos setenta y cuatro millones de pesos, once veces más que en 1958.

La revolución educacional abría nuevos horizontes a la cultura. Antes de la Revolución, la intelectualidad se encontraba bajo un gran desamparo oficial. Miles de talentos se perdían en todos los ámbitos culturales. Las grandes figuras que el país dio, lograron sobreponerse a aquel medio y triunfar gracias a su genialidad y tesón personal. Salvo casos o momentos excepcionales, el Estado brindó muy poco apoyo y protección al desarrollo de la cultura nacional.

En 1961 se fundó el Consejo Nacional de Cultura, institución encargada de administrar los recursos del Estado, en aras de la promoción cultural y de aplicar la política de la Revolución en tan importante esfera. Se fundó la Escuela Nacional de Arte, y se estructuró una amplia red de escuelas de arte a través de todo el país. Se creó un amplio movimiento de aficionados que en 1975 contaba con dieciocho mil grupos.

Se crearon escuelas de ballet, el Conjunto de Danza Nacional de Cuba, el Conjunto Folklórico Nacional, el Ballet Nacional de Cuba, cuya

fundación dio impulso a una actividad que tanta gloria ha dado a Cuba y que, en 1958, había tenido que recesar por la falta de fondos, que el gobierno de Batista había negado. En 1958 sólo existía un grupo de teatro dramático; en 1975 existían trece. Se constituyó el Teatro Lírico Nacional, creándose grupos en otras provincias del país. Las instalaciones teatrales pasaron de catorce en 1958, a sesenta y cinco en 1974.

En 1960, se formaron la Orquesta Sinfónica Nacional y el Coro Nacional. En 1961, se fundó la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, y, un año más tarde, la Brigada "Hermanos Saíz", de artistas y escritores jóvenes.

En 1975 se contaba con ciento dieciséis bibliotecas, veintinueve museos. En 1962 se creó la Editorial Nacional de Cuba, y, en 1967, el Instituto Cubano del Libro. En 1958, el país produjo sólo un aproximado de un millón de ejemplares de libros. En 1967, se producían ocho millones y en 1975, treinta y cinco millones.

El cine nacional era prácticamente inexistente antes de la Revolución. El 24 de marzo de 1959 se fundaba el Instituto del Arte e Industria Cinematográficos, que ha propiciado la creación de un cine nacional con numerosas películas y cortometrajes de reconocido prestigio internacional. Otro logro en este

terreno ha sido el haber posibilitado que millones de cubanos puedan disfrutar de tan sana recreación, con la creación de cientos de salas a través de todo el país y mediante el cine móvil.

Otro terreno en el cual la Revolución puede exhibir grandes logros, es el de la salud. Antes de 1959, el presupuesto de salud pública era de veinte millones de pesos. El 61% de los recursos humanos y materiales destinados a la salud se concentraban en la capital del país, con el 22% de la población. En enero de 1960, se creó el servicio médico rural que establecía la obligatoriedad, de los nuevos médicos graduados, de prestar servicios en las comunidades rurales hasta dos años.

En 1958 existía un solo hospital rural en el país. En 1975 ya había cincuenta y seis y ciento dieciocho dispensarios. De ciento sesenta y una casas de socorro, en estado crítico, en 1975 se contaba con trescientos noventa y seis policlínicas. De los seis mil médicos que había antes de la Revolución, tres mil abandonaron el país, como resultado de la política de los Estados Unidos de estimular por todos los medios el éxodo de este tipo de profesional, por el daño que ello ocasionaba a la Revolución. En 1975, el número de médicos era de diez mil. El gasto de salud pública, que al triunfo de la Revolución era de veinte millones de pesos, se elevó, en 1975, a cuatro-

cientos millones, es decir, veinte veces más. En ese lapso fueron erradicadas numerosas enfermedades, y la esperanza de vida creció, de cincuenta y cinco años en 1958, a setenta en 1975.

Otra de las esferas en la que el país alcanzó, con prontitud, un desarrollo impresionante, fue el deporte. Antes de 1959, la actividad deportiva era insignificante, y sólo en el boxeo y la pelota se dieron algunas figuras de renombre internacional. Baste señalar que, antes de 1959, Cuba sólo había obtenido una medalla olímpica, y que en las olimpiadas de Munich, en 1972, obtuvo veintidós, y ocupó el lugar catorce entre todos los participantes.

También recibió una profunda transformación la seguridad social. En poco tiempo, fue virtualmente erradicado el desempleo, se elevaron los salarios y se dotó al trabajador de una adecuada protección ante cualquier enfermedad, asegurándosele, además, una decorosa pensión para los jubilados.

En otro orden de cosas, la Revolución erradicó la discriminación por motivos de raza, sexo o creencias religiosas.

En pocos años, la Revolución había conformado una obra que había incidido muy favorablemente, no sólo en el nivel de vida de la población, sino en su modo de vida.

Partido único y democracia en el socialismo cubano

El sistema político del socialismo cubano se formó en un proceso complejo y contradictorio, donde primó la creatividad, la originalidad y la autoctonía. Cierta dosis de mimetismo fue inevitable, pero no prevaleció.

Ya hacia finales de 1960, la Revolución se había dotado de un grupo de organizaciones —incompletas aún— y de un conjunto de principios —inacabados también—, que permitieron afrontar con éxito la construcción del socialismo. Es cierto que se trataba de una institucionalización precaria, carente de órganos representativos, pero que funcionaron a plenitud, en medio de circunstancias que no apremiaban los cambios que vendrían en años posteriores. Si la institucionalización, que se produciría a partir de 1976, llegaría con retraso o en el momento oportuno, es algo polémico carente de sentido discutir. Lo cierto fue que la dilatada provisionalidad no fue un obstáculo para que la Revolución llegara hasta 1975, pletórica de fortaleza y con un impresionante respaldo popular.

Dentro de la formación del sistema político cubano, uno de los problemas más originales ha sido el de la formación del partido único y, por ello, cómo conjugar democracia y unipartidismo. Según una lógica de pensamiento que identifica democracia burguesa

democracia en general, esta es imposible
pluripartidismo. De ahí que en Cuba, al
haber un solo partido, no haya democracia.
La democracia de que hablan los adversa-
rios políticos del socialismo cubano se asien-
ta en intereses de clase burgueses, para ser
ejercida en una sociedad capitalista en be-
nificio de sectores y para el pueblo, y clases
minoritarias dentro de la población, indepen-
dientemente de que esa democracia puede ex-
traer algunos beneficios políticos y sociales
para una parte del pueblo, en dependencia de
un conjunto de circunstancias coyunturales
que la mayor parte de las veces— que por razo-
nes de espacio no es posible tratar aquí.

La democracia que se ha ejercido en Cuba,
desde el triunfo mismo de la Revolución, está
al servicio de intereses de clase diferentes.
Se ejerce por el pueblo y para el pueblo, y
sus resultados sólo aconsejan su perfección,
su reemplazo.

En los países capitalistas, la democracia y
su ejercicio suele circunscribirse únicamente
a los procesos electorales que deben elegir a
un u otro candidato. La plenitud de estos
procesos sirve para medir una menor o ma-
yor democracia. La que se ejerce en Cuba no
se restringe al acto electoral, sino que está
presente en todos los procesos sociales que
se desarrollan a nivel microsocial: comunidad,
colectivo laboral o estudiantil, en el marco
organizacional, y otros.

La existencia de un solo partido en Cuba no responde a una regularidad del socialismo, cosa —dicho sea de paso— muy poco estudiada en el pensamiento socialista, sino a razones históricas. La unidad de las fuerzas revolucionarias que combatieron a la tiranía de Fulgencio Batista para dar lugar al actual Partido Comunista de Cuba, fue un acto consciente, voluntario, sin apremio del liderazgo revolucionario, a partir del principio de que en la unión está la fuerza. Pretender dividirnos ahora, para defender cada uno por separado los mismos objetivos sería, a todas luces, una insensatez que nos debilitaría frente a un enemigo cada vez más agresivo y prepotente. De mayor torpeza e ingenuidad sería otorgar la categoría de partido político a los grupúsculos contrarrevolucionarios que operan en Cuba, bajo el auspicio ideológico y financiero de los Estados Unidos, para de ese modo convocar a unas elecciones “libres” que supuestamente nos devolverían el capitalismo; ese capitalismo que tan minuciosamente la Ley Helms-Burton se ha encargado de esclarecer cómo tendría que ser para los cubanos.

Si bien dentro del período histórico que analizamos los procesos electorales estuvieron muy limitados a procesos microsociales de tipo organizacional, pues no existían órganos representativos electos mediante el voto popular, ello no significó una ausencia de de-

mocracia en la sociedad cubana de esos años. La participación popular en la toma de importantes decisiones, mediante la consulta a los trabajadores, estudiantes y pueblo en general, ha sido una práctica de la Revolución desde sus primeros momentos. Uno de los actos más democráticos fue entregar las armas al pueblo para la defensa de su Revolución, adjudicar al pueblo la propiedad de los medios de producción nacionalizados al capital nacional y extranjero, y convertir a miles de hombres y mujeres sencillos del pueblo en administradores de esos bienes.

Lo anterior no significa que, durante ese período, la democracia en Cuba haya estado exenta de insuficiencias que reclamaban su perfeccionamiento. La centralización excesiva de funciones asumidas por el Estado, burocratismo, verticalismo en la dirección, en algunos casos demasiado privilegio a lo social sobre la individualidad, entre otros, eran males a corregir.

El ejercicio de la democracia en Cuba, además de responder a peculiaridades nacionales y momentos situacionales, no ha podido desconocer las presiones externas, en particular, las agresiones de los Estados Unidos. La existencia de un solo partido no ha sido un obstáculo para la práctica de una democracia altamente participativa y representativa, aún con las imperfecciones ya señaladas.

La formación del actual Partido Comunista de Cuba, presenta un conjunto de particularidades, que han dado lugar a muy diferentes interpretaciones entre los estudiosos del proceso revolucionario cubano en el exterior, no pocas dirigidas a ver en los acontecimientos cubanos un mentís a la tesis leninista sobre la necesidad de un partido para construir el socialismo. La Revolución cubana es la confirmación de dicha tesis, salvo que lo hace de un modo original, diferente a las experiencias de los socialismos europeo y asiático que le antecedieron. "Este Partido es fruto de la Revolución misma. La Revolución trajo al mundo al Partido, y ahora el Partido lleva adelante la Revolución. El Partido es su vehículo por excelencia y la garantía de su continuidad histórica."²¹

A diferencia de las experiencias anteriores en que el Partido había hecho la Revolución, en Cuba los hechos habían transcurrido de modo contrario. La Revolución había hecho al Partido.

¿Por qué había ocurrido esto en Cuba?:

(...) Esta fue y tuvo que ser obra de nuevos comunistas, sencillamente, porque no eran conocidos como tales y no tuvieron que padecer en el seno de nuestra sociedad, infestada de prejuicios y controles policíacos imperialistas, el terrible aislamiento y la exclusión que padecían los

abnegados combatientes revolucionarios de nuestro primer Partido Comunista. Si bien este no era el pensamiento generalizado de todos los que iniciaron el camino de la lucha armada revolucionaria en nuestro país, sí lo era de sus principales dirigentes.²²

Otra particularidad que presenta la formación del Partido, es que él es el resultado de la integración de tres organizaciones: el Movimiento Revolucionario 26 de Julio, el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y el Partido Socialista Popular. De ellas sólo una era marxista-leninista. Ni el Directorio, ni el 26 de Julio eran socialistas, aunque entre sus principales dirigentes podía contarse con hombres afines a estas ideas.

Al triunfo de la Revolución, las tres organizaciones —entre las que habían existido divergencias y convergencias— mantuvieron su independencia. Las discrepancias entre unas y otras en cuanto a estrategia y tácticas para derrocar a la tiranía, no fue óbice para que primara la comprensión y colaboración, hasta llegar a una organización única.

Los contactos entre ellas se fueron haciendo más estrechos en la medida que la Revolución avanzaba y la unidad se tornaba un arma fundamental de la Revolución. De este modo, se llega a septiembre de 1960, cuando se acor-

dó crear el Buró de Coordinación de Actividades Revolucionarias a todos los niveles de dirección, lo cual permitió un trabajo más coherente y sistemático entre las tres organizaciones e ir creando las condiciones para la integración.

El 24 de junio de 1961, se efectuaba un pleno del Partido Socialista Popular, en el cual se acordaba disolver dicha organización, como paso previo a su integración a la nueva agrupación política que se crearía, la que llevaría el nombre de Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI). Pasos similares dieron el resto, y así se consumaba una unidad imprescindible para llevar adelante la Revolución y construir el socialismo. El 26 de julio de 1961, Fidel hacía público lo acontecido y anunciaba la futura creación del Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC).

Luego de un corto período de existencia, y de errores de sectarismo rápidamente corregidos, quedó constituido el PURSC, y las ORI fueron disueltas.

El 3 de octubre de 1965, en el mismo acto en el que Fidel daba lectura a la carta de despedida del Che, se acordaba denominar en lo adelante al PURSC, Partido Comunista de Cuba, y se creaba su primer Comité Central.

El Partido lo resume todo. En él se sintetizan los sueños de todos los revolucionarios a lo largo de nuestra historia; en

él se concretan las ideas, los principios y la fuerza de la revolución; en él desaparecen nuestros individualismos y aprendemos a pensar en términos de colectividad; él es nuestra conciencia y vigilante... en él nos sumamos todos y entre todos hacemos de cada uno de nosotros un soldado espartano de la más justa de las causas y de todos juntos un gigante invencible.²³

La búsqueda de un modelo cubano de socialismo

Gran parte de la década del sesenta es testigo, en Cuba, de la polémica en torno a dos sistemas de dirección de la economía: cálculo económico y sistema presupuestario de financiamiento. En el centro de la polémica va a estar el entonces ministro de Industrias, el Comandante Ernesto Che Guevara, creador de este último. El primero de estos sistemas estaba tomado de la experiencia soviética y de otros países socialistas europeos.

Las diferencias fundamentales entre ambos giraba en torno a:

- 1) Papel de la ley del valor en el socialismo.
- 2) Las funciones y espacios económicos entre el mercado y la planificación.
- 3) La ganancia o el costo de producción para medir la eficiencia económica.

él se concretan las ideas, los principios y la fuerza de la revolución; en él desaparecen nuestros individualismos y aprendemos a pensar en términos de colectividad; él es nuestra conciencia y vigilante... en él nos sumamos todos y entre todos hacemos de cada uno de nosotros un soldado espartano de la más justa de las causas y de todos juntos un gigante invencible.²³

La búsqueda de un modelo cubano de socialismo

Gran parte de la década del sesenta es testigo, en Cuba, de la polémica en torno a dos sistemas de dirección de la economía: cálculo económico y sistema presupuestario de financiamiento. En el centro de la polémica va a estar el entonces ministro de Industrias, el Comandante Ernesto Che Guevara, creador de este último. El primero de estos sistemas estaba tomado de la experiencia soviética y de otros países socialistas europeos.

Las diferencias fundamentales entre ambos giraba en torno a:

- 1) Papel de la ley del valor en el socialismo.
- 2) Las funciones y espacios económicos entre el mercado y la planificación.
- 3) La ganancia o el costo de producción para medir la eficiencia económica.

- 4) La mayor o menor autonomía empresarial y si debían existir o no relaciones mercantiles entre ellos.
- 5) El papel de los estímulos materiales y morales.

Es conveniente señalar que, en la concepción del Che, las funciones de la ley del valor y el papel del mercado se veían seriamente restringidos; que el indicador más adecuado para medir la eficiencia económica era el costo de producción, a diferencia del cálculo económico que sostenía que debía ser la ganancia; que el estímulo moral se consideraba el arma fundamental de movilización de las masas, a diferencia del otro sistema, que creía en el estímulo material para ello.

El Che era un defensor a ultranza de la necesidad de crear, junto a una economía desarrollada, el hombre nuevo: "Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material, hay que hacer al nombre nuevo."²⁴ El papel prevaeciente de la conciencia, de la moral, para construir la sociedad nueva, es otro de sus principios.

De allí que sea tan importante elegir correctamente el instrumento de movilización de las masas. Ese instrumento debe ser de índole moral, fundamentalmente, sin olvidar una correcta utilización del estímulo material, sobre todo de naturaleza social.²⁵

El temor que el Che sentía por el uso desmedido del estímulo material y las palancas del capitalismo para construir el socialismo, queda recogido en estas palabras suyas:

Se corre el peligro de que los árboles impidan ver el bosque. Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas del capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etcétera), se puede llegar a un callejón sin salida. Y se arriba allí tras de recorrer una larga distancia en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y donde es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta. Entre tanto, la base económica adaptada ha hecho su trabajo de zapa sobre el desarrollo de la conciencia.²⁶

Más que una discusión en torno a sistemas de dirección de la economía, estaban en juego dos maneras diferentes de concebir el socialismo y, por tanto, de vías para llegar a él:

Nosotros no concebimos el comunismo como la suma mecánica de bienes de consumo en una sociedad dada, sino como el resultado de un acto consciente; de allí la importancia de la educación y, por ende, del trabajo sobre la concien-

cia de los individuos en el marco de una sociedad en pleno desarrollo material.²⁷

En el año 1965, el Che se marcha a cumplir sus deberes internacionalistas. El intento de llevar a vías de hecho sus ideas, tropezó con no pocos errores, que no pueden imputarse al Che, en modo alguno. De este modo, el empeño por lograr un modelo cubano de socialismo, que nos resguardase de los defectos que ya se veían en la Unión Soviética y el resto de los países europeos, y que tomase en cuenta las peculiaridades nacionales y el pensamiento de Fidel y el Che, resultaba fallido. La inexperiencia y otros problemas no permitieron el logro de los objetivos propuestos. Gratuitad excesiva en la distribución, un igualitarismo a ultranza, subestimación a toda categoría económica mercantil en el control de la economía, fueron algunos de los fallos cometidos.

Las revoluciones suelen tener sus períodos de utopía en que sus protagonistas, consagrados a la noble tarea de convertir en realidad sus sueños y llevar a la práctica sus ideales, creen que las metas históricas están mucho más próximas y que la voluntad, los deseos y las intenciones de los hombres por encima de los hechos objetivos lo pueden todo...

Cuando podría parecer que nos estábamos acercando a formas comunistas de

producción y distribución, en realidad nos estábamos alejando de los métodos correctos para construir previamente el socialismo.²⁸

Aquellos costosos errores, sobre todo en la economía, comenzaron a ser rectificadas, acto seguido de concluir la zafra de 1970. El revés sufrido en ella, hizo evidente las fallas de una concepción y la necesidad de emprender con prontitud su reemplazo. De este modo, la década del setenta va a estar caracterizada por el reparo de los errores habidos y por la sustitución de una concepción por otra.

Un conjunto de medidas comenzaron a adoptarse previas al Primer Congreso del Partido, en el reordenamiento de la economía, en el fortalecimiento de las organizaciones de masas, en el perfeccionamiento del trabajo del Partido y de los órganos de la administración central del Estado, y en otras actividades, hasta llegar al congreso partidista en diciembre de 1975, que significó un punto de viraje en el mejoramiento de la sociedad.

El diferendo Cuba-Estados Unidos en acción

Entre los acontecimientos de mayor trascendencia en la confrontación Cuba-Estados Unidos en el período 1961-1975, están: la invasión de Playa Girón; la Crisis de Octubre

y el inicio y fortalecimiento del bloqueo económico. A ellos dedicaremos fundamentalmente esta parte de la obra.

El fracaso de socavar a la Revolución desde dentro, y el revés sufrido con las primeras agresiones económicas llevaron al gobierno norteamericano a la búsqueda de otras alternativas para derrocar a la Revolución. Una de estas vías, la que mayor expectativa y esperanza creó, fue la invasión armada a la Isla, por parte de los elementos contrarrevolucionarios cubanos, radicados en los Estados Unidos.

Para que la invasión pareciese cosa de cubanos anticastristas, el gobierno de los Estados Unidos no debía aparecer involucrado en el asunto, de lo contrario, la empresa perdería autenticidad y cubanía.²⁹

La invasión había comenzado a prepararse muchos meses antes de abril de 1961, siendo aún presidente Dwight Eisenhower, pero el 20 de enero de ese año, asumía la presidencia de los Estados Unidos el demócrata John F. Kennedy, quien hereda el plan y asume la responsabilidad histórica del fracaso.

A los invasores se les había hecho creer que el pueblo los secundaría, que se produciría una deserción en masa del Ejército Rebelde y de las Milicias para unirse a la invasión.

El día 12 de abril, el presidente Kennedy declaraba que su gobierno no permitiría que

se organizara una invasión a Cuba desde territorio de los Estados Unidos. Sus declaraciones eran la peor amenaza. Los preparativos de invasión eran un secreto a voces en Miami. La prensa hablaba de ello como del estado del tiempo.

El día 15 de abril, aviones procedentes de Nicaragua, usando las insignias de la Fuerza Aérea de Cuba, atacaron los aeropuertos de Ciudad Libertad en La Habana, San Antonio de los Baños y el de Santiago de Cuba, con el propósito de destruir la escasa y precaria aviación de combate con que se contaba en ese entonces. El día 16, en el entierro de las víctimas del criminal bombardeo, Fidel declaraba el carácter socialista de la Revolución.

El día 17 se producía el desembarco. A la orden de rendirse dada por los invasores mercenarios al pequeño grupo de milicianos que se encontraban en el lugar, la respuesta dada en nombre de todo el pueblo fue heroica: "¡Patria o Muerte!"

No se produjo la insurrección popular, ni la desertión de las Milicias y del Ejército Rebelde; fue todo lo contrario. La CIA había calculado mal. La invasión fue derrotada en menos de setenta y dos horas.

¿Dónde estuvo el error de los que tan meticulosamente habían realizado aquellos planes? ¿Dónde se equivocaron? Se equivocaron al medir a nuestro pueblo, se

equivocaron al medir la moral del pueblo; el valor de nuestro pueblo y la fuerza de una revolución."³⁰

Un breve examen de la composición social de la invasión, explica, por sí sólo, las causas de la derrota. En la brigada invasora venían: cien latifundistas; veinticuatro grandes propietarios; sesenta y siete casatenientes; ciento doce grandes comerciantes; ciento noventa y cuatro ex militares de la tiranía de Batista, entre ellos trece criminales de guerra, y treinta y siete magnates industriales. Eran ex propietarios de: veintisiete mil caballerías de tierra; cinco mil seiscientas casas y apartamentos; setenta industrias; diez centrales azucareros; tres bancos comerciales; cinco minas; doce cabarets, y otras propiedades.

El día 26 de abril, el presidente Kennedy, el mismo que el día 12 del propio mes había declarado que el gobierno no permitiría ninguna invasión a Cuba desde territorio norteamericano, aceptaba públicamente toda la responsabilidad por la derrota.

Para el imperialismo, la derrota significó un duro revés en sus planes contra la Revolución, y obligó a modificar estrategias y a elaborar nuevos planes. Para Kennedy, como presidente, la derrota fue aplastante. Criticado por la extrema derecha, por no haber brindado el apoyo directo con la Fuerza Aérea de

los Estados Unidos a la invasión, cuando era evidente su colapso, y por los moderados, por haberse dejado arrastrar por la idea de la invasión y haberla autorizado. Según los testimonios de varios de sus principales consejeros, Kennedy no era partidario de una acción de esa naturaleza, pero no tuvo otra alternativa, pues la presión de la extrema derecha, la CIA y el Pentágono era muy fuerte.

Para la Revolución, la victoria de Girón sirvió para fortalecer la conciencia antimperialista del pueblo y forjar la socialista. Girón llegaba en el amanecer del socialismo cubano.

El otro acontecimiento importante en la confrontación con los Estados Unidos fue la Crisis de Octubre. A pesar del fracaso de Girón y del virtual aniquilamiento de las bandas contrarrevolucionarias alzadas en varias zonas montañosas del país, los Estados Unidos no cejaban en su empeño de destruir por medio de la violencia a la Revolución. Los intentos de internacionalizar el conflicto con Cuba e involucrar a la OEA, habían fracasado. Luego, el peligro de una agresión armada directa de los Estados Unidos crecía. Entre fines de 1961 y principios de 1962, el gobierno norteamericano elaboró el llamado plan "Operación Mangosta", con treinta y siete tareas que debían concluir en octubre de 1962, con un alzamiento interno, que serviría como pretexto para una invasión directa del imperialismo a Cuba.

En enero de 1962, se convocó la VIII Reunión de Consulta de Cancilleres de la OEA, la cual se celebró en Punta del Este, Uruguay. En dicha reunión, Cuba fue suspendida como miembro de la organización, por una supuesta incompatibilidad del marxismo-leninismo con el sistema interamericano. Cuba respondió a esta nueva agresión de los Estados Unidos con la Segunda Declaración de La Habana, proclamada por el pueblo de Cuba, en acto solemne en la Plaza de la Revolución, el día 4 de febrero de 1962.

En el año 1962, dado el recrudecimiento de las agresiones de los Estados Unidos contra Cuba, el peligro de una agresión directa se hizo altamente probable.

En tales circunstancias, era lógico el fortalecimiento de las Fuerzas Armadas de Cuba. En mayo de 1962, el gobierno soviético propuso al de Cuba la instalación, en territorio cubano, de cohetes nucleares de corto y mediano alcance, como un medio de preservar la seguridad del país y evitar una agresión. Para Cuba, su instalación respondía más que a un problema interno, a la necesidad de fortalecer el poderío militar del campo socialista. A partir de agosto, comenzó la instalación de dichos cohetes.

El 23 de agosto de 1962, el director de la CIA informaba al presidente Kennedy que, de acuerdo con fuentes de Inteligencia, los so-

viéticos se proponían instalar armas nucleares en Cuba; sin embargo, el informe fue desestimado. A la desconfianza que al presidente le causaban los informes de la CIA con respecto a Cuba, se unía la creencia de este de que los soviéticos no se atreverían a algo semejante.

El 14 de octubre de 1962, un avión espía U-2 que sobrevolaba el territorio nacional, fotografió una de las bases de emplazamiento. Nuevos vuelos, ordenados por el presidente, confirmaron la existencia de otras bases.

Los sectores de extrema derecha se sintieron a sus anchas. Este era el momento para la anhelada agresión. No veían otra alternativa. En esta posición se alinearon la CIA y el Pentágono. Otros sugirieron prudencia y sensatez, al punto de proponer hacerse los de la vista gorda con el pretexto de que los Estados Unidos tenían instalados cohetes nucleares en territorios próximos a la Unión Soviética, también. Otros proponían llevar el asunto al Consejo de Seguridad y presionar diplomáticamente a los soviéticos. Pero estas dos últimas proposiciones fueron rechazadas por el presidente.

El día 17 de octubre, según atestiguan varios consejeros del presidente en ese entonces, el gobierno se hallaba dividido con respecto a los pasos a seguir. En medio de una gran tensión se decidió el bloqueo naval a la Isla, a lo que eufemísticamente se le llamó

Cuarentena. El bloqueo no descartaba la agresión, pero permitía ganar tiempo y quizás evitarla.

El 20 de octubre, Kennedy anunciaba públicamente lo que estaba ocurriendo. El mundo se puso en tensión. Los Estados Unidos, Cuba y la Unión Soviética ponían sus Fuerzas Armadas en máxima alerta. El mundo estaba al borde de la catástrofe nuclear.

Tan inminente pareció al presidente Kennedy el fin de la Revolución cubana, que el día 26 de octubre ordenó que se hiciera un programa de gobierno civil para Cuba, como si esta fuera un estado más de la Unión.

El día 27 fue derribado un avión espía U-2 en suelo cubano. Los jefes de Estado Mayor estadounidenses insistieron en el golpe aéreo masivo y después la invasión.

El día 28 de octubre, las partes soviética y norteamericana, sin consulta alguna a la parte cubana, llegaban al acuerdo de retirar de modo inmediato los cohetes, a cambio del compromiso hecho por el presidente norteamericano de no atacar a Cuba. De ese modo la crisis llegaba a su fin.

Ese mismo día, el Comandante en Jefe, Fidel Castro, anunciaba públicamente el desacuerdo de la parte cubana por no haber sido consultada y por estimar que la verdadera solución consistía en la aceptación, por parte del gobierno norteamericano, de lo que se conoció como los cinco puntos:

1ro. Cese del bloqueo económico.

2do. Cese de todas las actividades subversivas, lanzamiento y desembarco de armas y explosivos por aire y mar, organización de invasiones mercenarias, infiltración de espías y saboteadores, acciones que se llevan a cabo desde territorio de los Estados Unidos y de algunos países cómplices.

3ro. Cese de los ataques piratas que se llevan a cabo desde bases existentes en los Estados Unidos y Puerto Rico.

4to. Cese de todas las violaciones de nuestro espacio aéreo y naval por aviones y naves norteamericanas.

5to. Retirada de la base naval de Guantánamo y devolución del territorio ocupado por los Estados Unidos.

La crisis concluía. Se había evitado una confrontación militar de imprevisibles consecuencias; pero la guerra contra Cuba no había cesado. Posterior a octubre de 1962, han sido innumerables las violaciones del espacio aéreo cubano, los sabotajes, las infiltraciones, los intentos de asesinatos a dirigentes, en particular a Fidel Castro, la preparación de actos que justifiquen una agresión a Cuba, unido todo ello a infinidad de medidas tendientes a recrudecer el bloqueo económico.

El día 18 de noviembre de 1997, fueron dados a conocer, en Washington, 1 500 páginas

1ro. Cese del bloqueo económico.

2do. Cese de todas las actividades subversivas, lanzamiento y desembarco de armas y explosivos por aire y mar, organización de invasiones mercenarias, infiltración de espías y saboteadores, acciones que se llevan a cabo desde territorio de los Estados Unidos y de algunos países cómplices.

3ro. Cese de los ataques piratas que se llevan a cabo desde bases existentes en los Estados Unidos y Puerto Rico.

4to. Cese de todas las violaciones de nuestro espacio aéreo y naval por aviones y naves norteamericanas.

5to. Retirada de la base naval de Guantánamo y devolución del territorio ocupado por los Estados Unidos.

La crisis concluía. Se había evitado una confrontación militar de imprevisibles consecuencias; pero la guerra contra Cuba no había cesado. Posterior a octubre de 1962, han sido innumerables las violaciones del espacio aéreo cubano, los sabotajes, las infiltraciones, los intentos de asesinatos a dirigentes, en particular a Fidel Castro, la preparación de actos que justifiquen una agresión a Cuba, unido todo ello a infinidad de medidas tendientes a recrudecer el bloqueo económico.

El día 18 de noviembre de 1997, fueron dados a conocer, en Washington, 1 500 páginas

de documentos desclasificados relacionados con la política de los Estados Unidos hacia Cuba entre 1962 y 1964. ¿Qué dicen dichos documentos? Pedían autorización para lanzar un ataque contra la base naval de Guantánamo y culpar de ello a los cubanos, o simular el hundimiento de un buque de guerra norteamericano en esa misma base y acusar al gobierno de Cuba. Otro de los proyectos estaba dirigido a fingir el derribo de un avión civil norteamericano y achacar la culpa a aviones militares cubanos. Muchos otros planes aparecen fraguados en dichos documentos, que prueban que la hostilidad de los Estados Unidos hacia Cuba no ha sido mera conjetura.

El tercer hecho relevante de la confrontación, es el bloqueo económico. A la supresión de la cuota azucarera y el embargo petrolero, se sumó, el 19 de octubre de 1960, la prohibición de venta de piezas de repuestos y maquinarias, con lo cual se perseguía paralizar la maquinaria agrícola e industrial y el transporte. La llegada de John F. Kennedy a la presidencia, el 20 de enero de 1961, agravó la situación. El 2 de marzo de 1961, antes de la invasión de Playa Girón, se anunció la posible aplicación a Cuba de la Sección 5, inciso B, de la Ley de Comercio con el Enemigo, que prohibía todo comercio de importación y exportación. En febrero de 1962, se llegó al

embargo total, por el Decreto No. 3447. Hipócritamente, se decía que se autorizaban medicamentos y algunos alimentos, sobre todo para niños. En la práctica, estos terminaron siendo prohibidos.

El 24 de marzo de 1962, se anunciaba la prohibición de entrada a territorio norteamericano, desde terceros países, de cualquier producto elaborado, en todo o en parte, con materias primas de origen cubano, y a fines de ese año, el Departamento de Comercio daba a conocer que se podría negar ayuda económica o asistencia técnica a aquellos países cuyos barcos transportasen a Cuba una larga lista de productos que el propio Departamento había establecido. Desde ese entonces, es legítimo hablar de bloqueo económico, pues se trata de impedir el comercio con otros países. La lista de agresiones económicas sufridas por Cuba, entre 1959 y 1975, resulta interminable. Las pérdidas para la economía cubana por dicha política se calculaban, en 1975, en treinta mil millones de dólares.

En 1964 se producía una nueva agresión, tendente, esta vez, a recrudecer el bloqueo político. En julio de ese año, en la IX Reunión de Consulta de Cancilleres de la OEA, efectuada en Washington, se aprobaba, bajo el auspicio y la presión de los Estados Unidos, una resolución que instaba a los gobiernos del continente a la ruptura de relaciones di-

plomáticas con Cuba, con el pretexto de que esta amenazaba la seguridad nacional de otros países. Con la honrosa excepción de México, todos los gobiernos rompieron dichas relaciones.

Las administraciones norteamericanas que sucedieron a Kennedy hasta 1975, continuaron, en rasgos generales, con esta política, aunque matizada por la influencia de un contexto nacional e internacional que no siempre les fue favorable para aplicarla. El fortalecimiento interno de la Revolución y su gradual integración a los países socialistas, la guerra de Vietnam, con su elevado costo material y político para los Estados Unidos, la solidaridad con Cuba a nivel internacional, el rechazo de los socios europeos del imperialismo norteamericano a sumarse al bloqueo, entre otros, fueron factores que desestimularon, al menos, una agresión directa.

Desde finales de la década del sesenta y principios de la del setenta, se produjeron en América Latina algunos acontecimientos que influyeron positivamente en el rompimiento del bloqueo. El triunfo de gobiernos progresistas en algunos países, como fueron los casos de Juan Velasco Alvarado, en Perú; Omar Torrijos, en Panamá; Salvador Allende, en Chile; Juan Domingo Perón, en Argentina, condujeron al restablecimiento, por parte de estos países, de las relaciones con Cuba.

Los fines de la administración de Richard Nixon y particularmente en la de su sucesor, Gerald Ford, se firmó con los Estados Unidos un acuerdo bilateral sobre secuestro de aviones, se establecieron contactos deportivos y se levantó la prohibición de que las filiales de empresas norteamericanas pudieran comerciar con Cuba. Pero estos pasos positivos van a ser interrumpidos por los sectores de extrema derecha, tanto republicanos como demócratas.

Durante el período que examinamos, Cuba prestó una gran ayuda al movimiento de liberación nacional en América Latina y África. Se trataba de un internacionalismo que recogía las mejores tradiciones del pueblo cubano y de los patriotas latinoamericanos, que hacía realidad los ideales de Bolívar y Martí. Esta colaboración se prestó, tanto a gobiernos como a movimientos revolucionarios, cuando ello fue solicitado para la conquista o preservación de la independencia nacional, lo cual explica la epopeya heroica de Che, primero en África, y después en Bolivia. Esta solidaridad se expresó, además, en el terreno civil. Miles de médicos, maestros y técnicos de muy diversas ramas, prestaron su colaboración en numerosos países que así lo reclamaron, en la mayoría de los casos absolutamente gratis.

Renovación y rectificación del socialismo cubano

El período histórico que media entre 1975 y 1995, se caracterizó por una suma de relevantes y trascendentales acontecimientos que actuaron en sentido muy contradictorio. En 1975, se produjo el Primer Congreso del Partido y se adoptó un conjunto de acuerdos importantes para el fortalecimiento del socialismo. Se experimentó un elevado crecimiento económico y social, y se llevaron a cabo gloriosas misiones internacionalistas, en las que participaron más de trescientos mil cubanos. - A partir de 1986, se inició un proceso de rectificación de errores y tendencias negativas, con el objetivo de renovar el socialismo cubano, de iniciar nuevamente la búsqueda de un modelo autóctono.

Desde 1989, se inició el derrumbe del socialismo europeo. En 1991, con la desaparición de la Unión Soviética, este proceso había concluido. Cuba se vio sola, sin la ayuda solidaria del otrora campo socialista, y obligada a una nueva re inserción de sus relaciones económicas internacionales en un mundo uni-

polar. El bloqueo económico se recrudeció. La crisis económica que sobrevino, nos condujo a lo que se ha dado en llamar Período Especial.

El Primer Congreso del Partido. Balance y reflexión

La celebración, en diciembre de 1975, del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, marcó un punto de inflexión en el desarrollo y consolidación del socialismo en Cuba. El Congreso fue el momento propicio para legitimar y aplicar, a escala de todo el País, un conjunto de experimentos que se venían realizando, y de plasmar en la realidad nuevas ideas y principios.

El Congreso aprobó el Informe Central —presentado por Fidel Castro en su condición de primer secretario—, en el que se hacía un excelente balance crítico de la obra de la Revolución hasta ese momento, además de los siguientes documentos:

- a) La Plataforma Programática, una especie de programa para los próximos años, en la que se hacían muy importantes reflexiones teóricas sobre el proceso revolucionario cubano.
- b) Las directivas para el desarrollo económico-social para el quinquenio 1976-1980, contentivas de un grupo de importantes indicaciones para todos los sectores y ramas de la economía, así como para todo el desarrollo social.

c) El proyecto de una nueva Constitución socialista.

d) El nuevo Sistema de Dirección y Planificación de la Economía, que debía sustituir la asistematicidad e irregularidades que en esta actividad habían existido en años anteriores.

e) La institucionalización del país, con la creación de los Órganos del Poder Popular, que pondría fin a la larga provisionalidad, normaría las formas de gobernabilidad de la sociedad y el funcionamiento de su sistema político.

f) La nueva división político-administrativa que elevaba el número de provincias de seis a catorce y creaba el municipio especial, llamado más tarde Isla de la Juventud, subordinado al gobierno central.

g) Un conjunto de tesis y resoluciones que abarcaban toda la vida de la sociedad, de gran valor para el desarrollo ulterior de estas actividades.

El Congreso ratificaba a Fidel Castro y a Raúl Castro como primer y segundo secretarios del Comité Central, respectivamente, y elegía a los miembros de este y a su Buró Político.

Una década de socialismo: 1976-1985

La década que transcurre entre 1976 y 1985 se caracteriza por la aplicación de los acuerdos del Primer Congreso y los emanados del Segundo, efectuado en 1980.

El día 15 de febrero, después de una consulta popular en la que se hicieron numerosas recomendaciones, la Constitución socialista era sometida a un plebiscito, en el cual el 97,6% de la población votó a su favor.

A partir de aprobada la Constitución y llevada a cabo la nueva división político-administrativa, se procedió a la creación de los Órganos del Poder Popular. El resto de los acuerdos fueron también llevados a vías de hecho.

Con la aplicación de lo acordado en el Congreso, toda la actividad económica y social del país recibió un considerable estímulo, lo cual se evidencia en los siguientes indicadores:

El producto social global creció a un ritmo promedio del 7,3%, las inversiones en el sector estatal civil, a precios corrientes, ascendieron en el periodo a más de treinta mil millones de pesos. La productividad del trabajo creció, en el quinquenio 1981-1985, a un ritmo del 5,2% anual. El 74% del incremento de la producción se debió a este factor. El consumo personal creció a un ritmo anual de 2,8%, y el consumo social lo hizo en el 7,1%. El salario medio mensual creció entre 1981 y 1985 un 26,4%. El consumo diario de calorías ascendía, en 1985, a 2,900 per cápita, y de proteínas a 78. En 1985, había por cada cien hogares electrificados cincuenta refrigeradores, noventa y un televisores, ciento cin-

cuenta y dos radios, cincuenta y nueve lavadoras y sesenta y nueve ventiladores. Entre 1981 y 1985 se crearon seiscientos treinta mil empleos y los gastos de seguridad social ascendían a más de mil millones de pesos anuales.

En el terreno de la salud se aprecian importantes logros en el período. La esperanza de vida al nacer era ya de setenta y cuatro años, el número de médicos por habitantes era de uno por cada cuatrocientos cuarenta y tres. Se instituyó el médico de la familia, garantizando un consultorio con médico y enfermera por cada ciento veinte familias a lo largo de todo el país.

En materia de educación, en 1985, casi el ciento por ciento de los niños entre seis y doce años y el 87% entre trece y dieciséis, estaban escolarizados. Funcionaban cuarenta y seis centros de educación superior, con una matrícula de alrededor de doscientos ochenta mil estudiantes.

Notables eran ya para esa época, los logros en el campo de la ciencia y la técnica, con una red impresionante de centros de investigaciones y miles de científicos, algunos con reconocimiento internacional.

En 1985, el país disponía de trescientas diecinueve bibliotecas públicas y tres mil doscientas escolares. En el quinquenio 1981-1985, se produjeron más de cinco mil títulos, con

una producción anual de libros de cuarenta millones; creció apreciablemente la producción cinematográfica, la teatral y la de otras ramas de la cultura.³¹

El proceso de rectificación

En el Informe Central al Tercer Congreso del Partido, después de examinar los importantes logros alcanzados, se planteaban, a la vez, un grupo de deficiencias y errores habidos. El problema esencial radicó en que no se creció donde más se requería, en la exportación y sustitución de importaciones. La aplicación del principio del pago según el trabajo, presentó innumerables problemas, debido al elevado porcentaje de normas elementales, no técnicas, que existían en la industria y en la agricultura, dando lugar a pagos excesivos por sobrecumplimientos. A lo anterior, se sumó la falta de integralidad en la planificación. En el trabajo científico no existió la suficiente correspondencia con las necesidades del país y se enfrentaron numerosos problemas en la introducción de sus resultados.

El Sistema de Dirección y Planificación de la Economía, en cuanto a la eficiencia de las empresas, puede ser un engaño completo si pretendemos resolver la rentabilidad de las mismas elevando los precios de los productos, la construcción y los servicios productivos.³²

Desde la aprobación del nuevo sistema de dirección, Fidel Castro había advertido que ningún sistema en el socialismo puede sustituir la política, la ideología, la conciencia de la gente, porque los factores que determinan la eficiencia en la economía capitalista son otros, que no pueden aplicarse en el socialismo, por lo que los aspectos políticos y morales eran decisivos.

Uno de los problemas fundamentales en la aplicación del nuevo sistema, fue precisamente el descuido de lo antes señalado. Era necesario rectificar de nuevo. No se trataba, únicamente, de enmendar uno u otro error; era imperioso replantearse la búsqueda de un modelo cubano de socialismo, que nos resguardase de los equívocos del socialismo europeo, tomase en cuenta nuestras realidades, y evitase, a la vez, incurrir en los mismos defectos de la década del sesenta.

La rectificación, como proceso, partía de los siguientes principios:

- 1) Los mecanismos económicos son instrumentos del hombre, y no este de los mecanismos.
- 2) El socialismo se concibe como una obra del quehacer consciente del hombre, que tiene como centro el trabajo político e ideológico.
- 3) El humanismo a plenitud. El hombre no sólo como objeto, sino como sujeto de su propia historia.
- 4) El rechazo a los mecanismos capitalistas, lo que el Che llamó las armas melladas, para la construcción del socialismo.

5) La propiedad estatal como forma superior y prevaleciente.

6) La conciencia como instrumento fundamental de movilización de las masas.

7) El Partido como fuerza rectora de la sociedad.

Hemos andado incluso un trecho importante en la construcción del socialismo; pero nos estábamos apartando del camino de la construcción del socialismo; estábamos comprometiendo el futuro ideológico de nuestro proceso revolucionario, estábamos debilitándonos.³³

De inmediato comenzó una amplia discusión con todo el pueblo, para explicar la esencia de aquel proceso. Paralelo a ello, se adoptó un conjunto de medidas en todas las esferas de la sociedad, con vistas a rectificar errores, y, sobre todo, viabilizar la nueva concepción. Pero el empeño iniciado a mitad de la década del ochenta, se interrumpió en sus primeros pasos. La desaparición de la Unión Soviética y el resto del campo socialista, nos condujo a una crisis económica y a un Período Especial que ha obligado a posponer sueños, cancelar otros y a encontrar, con gran prontitud, una nueva reinserción de nuestras relaciones económicas internacionales, en medio de un mundo unipolar y un recrudecimiento del bloqueo económico.

El Período Especial. Una crisis económica atípica

Hacia 1989, cuando cobró fuerza el proceso desintegrador del campo socialista, Cuba había alcanzado una integración plena a la comunidad socialista. Era lógico que la desaparición del socialismo en esos países ocasionara una grave crisis en el país. Algunas cifras ilustran la magnitud de lo ocurrido. En 1992, el intercambio comercial había disminuido en un 70% con respecto a 1989. El producto interno bruto, en un 24%; la utilización de la capacidad industrial instalada, en un 30%. En 1993, continuó agravándose, y así vemos que, en comparación con el año anterior, el comercio total decreció en un 23% y la capacidad industrial se aprovechó en solo un 15%. El producto interno bruto, indicador fundamental para conocer el estado de la economía de un país, llegó ese año a una disminución, con respecto a 1989, de un 34,8%. En 1994, se detuvo el decrecimiento, y comenzó una lenta pero sostenida recuperación, que se tradujo en un 0,2% en 1994; un 2,5% en 1995 y en un 5% en 1996.

Los siguientes cuadros ilustran muy bien la situación de dependencia de los países socialistas que existía en 1989, en renglones claves para la economía.

Cuadro no. 1

Exportación a países del CAME % del total exportado³⁴

Azúcar	63%
Níquel	73%
Cítricos	95%
Bebidas	80%
Piezas y componentes electrónicos	100%

Cuadro no. 2

Importación de países del CAME % del total importado

Alimentos	63%
Materias primas	86%
Combustible	98%
Maquinarias	86%
Productos químicos	57%
Manufacturas	70%

Es bueno señalar que la mayor parte de este intercambio se hacía con la Unión Soviética, sobre la base de un sistema de precios altamente ventajoso para Cuba. Cuando se produjo abruptamente la desaparición del socialismo en estos países, Cuba se vio privada de sus mercados tradicionales, sin los precios ventajosos para sus mercancías de exportación e importación, sin financiamiento exter-

no y en la necesidad apremiante de reinserirse en un mundo unipolar, con todos los inconvenientes que esto tiene.

El impacto sobre la economía no se hizo esperar, como ya vimos en parte. Agreguemos que, en 1989, el déficit presupuestario fue de mil trescientos noventa millones de pesos, y, en 1993, alcanzó los cinco mil millones. La liquidez monetaria creció de modo alarmante, de cuatro mil millones de pesos en 1989 a once mil millones en 1993.

Dos preguntas resultan frecuentes entre los estudiosos de la Cuba actual en el exterior, independientemente de sus afiliaciones políticas e ideológicas: ¿Cómo ha podido el país resistir y no seguir idéntico camino que sus antiguos aliados del campo socialista?; ¿cómo ha sido posible que la crisis económica no haya degenerado en crisis política y social?

La crisis económica que vive el país es atípica, de subproducción, diferente a las que tienen lugar en el capitalismo, y responde a la influencia de factores externos: desaparición del campo socialista —como causa fundamental— y bloqueo económico recrudecido. No se descartan componentes internos que agravan la crisis; pero no son sus móviles fundamentales. Su atipicidad consiste en que no se trata de una superproducción, por encima de la capacidad adquisitiva del mercado; sino de lo contrario, un déficit de la oferta

que no permite la satisfacción de la demanda solvente. Es una crisis, además, que por transcurrir bajo un régimen socialista plantea un conjunto de problemas que, por un lado, facilitan la solución y, por el otro, la entorpecen.

La búsqueda de los equilibrios en la economía cubana, no puede hacerse acudiendo a los métodos tradicionales y neoliberales del Fondo Monetario Internacional, pues su empleo, en nuestro caso, destruiría el consenso político con las graves consecuencias que ello acarrearía. He aquí la complejidad para una salida, preservando el socialismo y sus grandes conquistas. La economía cubana está enfrentada hoy a un conjunto de reformas que entrañan riesgos y costos que es inevitable enfrentar. La estrategia trazada para resistir y vencer tiene, entre sus componentes esenciales, los siguientes:

a) Un amplio desarrollo del turismo, aprovechando, al máximo, las condiciones naturales ventajosas que tiene el país para esta actividad.

b) El estímulo a la inversión extranjera, en forma de empresas mixtas y otras formas de asociación, haciendo surgir una propiedad compartida que coexista con la estatal.

c) Activación del trabajo por cuenta propia, empleador de la fuerza de trabajo que ha quedado temporalmente sin empleo debido a la contracción de la economía y que, a su vez,

ha demostrado una alta eficiencia en el empleo de recursos deficitarios en el país.

d) Despenalización de la tenencia de moneda libremente convertible y la apertura de tiendas donde estas puedan ser utilizadas y captadas por el Estado.

e) Autorización para el envío de remesas en moneda libremente convertible desde el exterior.

f) Entrega de la mayor parte de las tierras cultivables en usufructo, para la creación de las Unidades Básicas de Producción Cooperativa.

g) Reorganización del sistema empresarial, con la creación de corporaciones que operan con moneda libremente convertible.

h) Implantación de un riguroso sistema tributario.

i) Creación de los mercados agropecuarios, donde se venden a precios liberados los excedentes —después de cumplido el plan de entrega al Estado— de los sectores agrícolas estatales, cooperativas y campesinos privados.

j) Creación de los mercados industriales, donde se venden, a precios liberados, producciones del sector estatal y de trabajadores por cuenta propia.

La implantación de estas y otras medidas han dado ya positivos resultados, alcanzándose notables incrementos en las producciones de níquel, tabaco, fertilizantes, petróleo, captu-

ra de peces, viandas, hortalizas y otros renglones productivos.

El proceso de reforma económica se ha llevado a cabo en el país con una plena participación del pueblo. Existe en ello una diferencia fundamental con lo que ocurre en otros países del mundo, en que las medidas de corte neoliberal, o de otro tipo, se aplican con absoluto desconocimiento de los intereses de las masas populares y sin contar con ellas. La confianza del pueblo en el socialismo y en su liderazgo político tiene en Cuba un fundamento muy objetivo, y el Período Especial lo ha puesto a prueba. Se trata de una confianza mutua, sin la cual no habría sido posible enfrentar la grave crisis económica.

La discusión profunda, por parte de los trabajadores y el pueblo en general, de las reformas a aplicar, en lo que en Cuba se conoció como Parlamentos Obreros, permitió no sólo informar al pueblo de lo que se pretendía hacer, sino recoger un conjunto de criterios que, en muchos casos, sirvieron para corregir rumbos y enmendar errores, y en otros, cancelar propuestas. De este modo, el pueblo se sintió no sólo objeto de la reforma, sino sujeto de ella. Esto último era vital para que el consenso no se perdiera.

Por otra parte, las decisiones adoptadas —aunque forzosamente han afectado a la población— se han hecho procurando brindar

una protección mínima que garantice una subsistencia decorosa y no la prive de las grandes conquistas alcanzadas en salud pública, educación y seguridad social. Este cuidado, y el protagonismo en la reforma, han sido la clave de su comprensión y de que no se haya producido en el país un problema político, como hubieran deseado los adversarios de la Revolución.

Aún sin rebasar el Período Especial, ya desde 1994, se inició un proceso de recuperación, promisorio de una salida a la crisis, preservando el socialismo. El grado de reinserción que Cuba ha logrado de sus relaciones económicas internacionales, a pesar del brutal bloqueo, y los avances en la educación, la salud pública, el deporte y en la conciencia revolucionaria del pueblo, son las mejores pruebas de la poca credibilidad que inspiran los pronósticos de los profetas de la hora final de Castro y de la Revolución cubana.

Cuba-Estados Unidos. Período Especial y confrontación

Ya vimos con anterioridad que a finales de la administración de Richard Nixon, y durante una parte de la de Gerald Ford (1974-1976), se dieron pasos positivos —acorde con los informes Linowitz I y II— que consideraban la política de aislamiento a Cuba contraria a los intereses de los Estados Unidos y recomen-

daba el inicio de pasos con vista a una normalización de las relaciones. La extrema derecha se interpuso y el problema entró nuevamente en un callejón sin salida.

El 6 de octubre de 1976, se producía el horrendo crimen de Barbados, en el que perecieron cincuenta y siete cubanos, once guyaneses y cinco coreanos. Dos bombas, colocadas en el equipaje, estallaron e incendiaron el avión, momentos después de su despegue. Los autores materiales e intelectuales del hecho fueron arrestados y condenados por tribunales venezolanos. Se trataba de agentes de la CIA. Al poco tiempo a uno se le liberó, a pesar de las abrumadoras pruebas en su contra, y al otro se le facilitó la fuga de una cárcel de máxima seguridad.

En 1977, asumió la presidencia de los Estados Unidos el demócrata James Carter (1977-1981). Se trató de instrumentar hacia Cuba una política basada en las recomendaciones de los informes Linowitz. Fue así como se dieron varios pasos, positivos para ambos países. Se firmó un acuerdo sobre derecho de pesca y límites marítimos, se acordó intercambiar informes sobre actividades terroristas; visitó a Cuba el presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, Frank Church, partidario de un mejoramiento de las relaciones; se abrieron Oficinas de Intereses en ambos países, paso este de gran importancia. Pero la extrema derecha, nue-

vamente, se interpuso y las relaciones volvieron a empeorar. Con diferentes pretextos, como por ejemplo, la presencia en el país de aviones Mig-23, que supuestamente podían disparar cohetes atómicos, las relaciones se estancaron.

La contrarrevolución interna —estimulada desde los Estados Unidos— comenzó a actuar. La emigración ilegal fue alentada. Se asaltaron varias embajadas, hasta que, el primero de abril de 1980, un grupo de elementos antisociales penetró por la fuerza en la embajada de Perú, asesinando al custodio cubano. El gobierno de Cuba reclamó la devolución de los asesinos, a lo que se negó el de Perú. El gobierno cubano decidió, entonces, retirar la seguridad a la embajada, lo que motivó que miles de antisociales y contrarrevolucionarios penetraran en ella.

El 28 de abril de 1980, el gobierno de Cuba abrió el puerto del Mariel, para que las embarcaciones que lo desearan pudieran venir y llevarse a las personas que quisieran marcharse hacia los Estados Unidos. Por esta vía emigraron más de ciento veinte mil personas.

En 1981, asumió la presidencia el republicano Ronald Reagan (1981-1988). Durante su gobierno, las relaciones empeorarían. La nueva administración representaba la flor y nata de la extrema derecha. Las amenazas de invasión se recrudecieron, y ello obligó a Cuba a una intensa preparación para la defensa, creándose en ese entonces las Milicias de Tro-

as Territoriales, que agrupan militarmente cerca de dos millones de cubanos. También fundaron Radio Martí, una estación de radio conjunta a la Voz de los Estados Unidos de América, para promover la subversión internacional; se organizó la Fundación Nacional Cubanoamericana, integrada por la extrema derecha terrorista de Miami.

A Reagan le sucedió el también republicano George Bush (1989-1992), quien dio continuidad a la política anterior, hasta que, en 1992, llegó a la presidencia William Clinton. De acuerdo con las condiciones que los Estados Unidos habían impuesto para mejorar relaciones con Cuba, era de esperarse que la desaparición del socialismo europeo, con la Unión Soviética al frente, abriría las puertas a una sensible mejoría. Para esa fecha, las relaciones militares con la Unión Soviética, obviamente, no existían; Cuba no tenía fuerzas militares en África, no interfería en Centroamérica; sin embargo, ello no ocurrió, lo cual demostraba a las claras que tales exigencias eran pretextos. La condición verdadera que los Estados Unidos exige es que Cuba renuncie al socialismo y a su independencia nacional, para regresar nuevamente a su *status* de neocolonia yanqui.

El bloqueo económico se ha intensificado. En 1992, se aprobó la Ley Torricelli, que, entre otras cosas, autorizaba al presidente a

aplicar sanciones a los países que comerciaran con Cuba; prohibía el comercio con la Isla a las filiales norteamericanas, cosa que el conservador Nixon había derogado; disponía la prohibición de entrada a puertos norteamericanos, durante seis meses, a todo barco que arribara a Cuba, y establecía restricciones a las remesas de dinero a remitir al país.

La Ley Torricelli creó, indudablemente, dificultades a la economía cubana, envuelta en una crisis muy aguda. Sin embargo, no logró doblegar la voluntad del pueblo y, por el contrario, exacerbó el espíritu patriótico y revolucionario. Una prueba de ello fueron las elecciones efectuadas en 1993, cuando el 99,7% de la población electoral votó, y sólo el 7% lo hizo en blanco o anuló la boleta. En 1995, se efectuaron nuevamente elecciones, concurrendo a las urnas el 97,1%, y solamente el 10% votó en blanco o anuló la boleta.

Es precisamente en 1995, ante el fracaso de la Ley Torricelli, cuando se aprobó la Ley Helms-Burton, que incrementaba aún más el bloqueo. Un examen pormenorizado de la Ley —lo que no nos es posible, por razones de espacio— nos muestra su carácter abiertamente colonialista. Es improbable que el gobierno federal de los Estados Unidos, se atreva a aplicar hacia un estado de la Unión, lo que dicha Ley plantea con respecto a Cuba.

se le niega al pueblo de la Isla su derecho a ser libre e independiente, y diseña claramente el tipo de capitalismo dependiente que debemos asumir los cubanos.

El pueblo de Cuba se halla enfrascado hoy en una batalla heroica, atravesando la peor crisis económica de su historia en este siglo, sometida a una guerra y hostigamiento brutales por parte de la más poderosa potencia del mundo, en un proceso de innovación, pero con una firme voluntad de preservar el socialismo.

De este Congreso puedo decir, a título personal, aunque estoy seguro de que es también el estado de ánimo y el sentimiento de todos los compañeros y de ustedes, que salgo con más seguridad que nunca de que estamos siguiendo el camino correcto, con más seguridad que nunca de que nuestro pueblo preservará las cosas que más ama, los intereses que le son más sagrados; de que nuestro pueblo conquistará un lugar importante en la historia, esa historia en la que el Che va delante como símbolo, como abanderado, como profeta del mejor futuro de la humanidad.³⁵